



## **Jardines de Campo en Chile Central: Espacios habitacionales y sus significados**

Memoria para optar al Título de Antropóloga Social

Estudiante: Cecilia Vera Castillo  
Profesor Guía: Jorge Razeto Migliaro

2019

## Resumen

La presente memoria es una investigación cualitativa de enfoque etnográfico que buscó comprender los significados que tienen los jardines para sus habitantes, en contextos de campo de la zona central de Chile. Para esto, se profundizó en la forma en que se componen estos espacios habitacionales, las prácticas que ocurren en ellos y en los relatos de sus habitantes. Esto desde la comprensión de los jardines como lugares – espacios significados – que son intensamente habitados y que tienen la potencialidad de situarse en la discusión de la dicotomía de naturaleza y cultura. Los principales resultados apuntan a que los jardines estudiados poseen dos características fundamentales. Por una parte, son lugares en donde necesariamente se dan relaciones entre humanos y no humanos. En segundo lugar, son lugares ocupados intensamente en el día a día, y son habitados por las mismas personas por largos períodos.

De estas características se desprende, entre otros, que los jardines tienen relevancia en cómo experimentan la naturaleza en particular las mujeres que están a cargo de su cuidado, al generar vínculos importantes con plantas y animales, así como también son lugares capaces de almacenar memorias, marcar el paso del tiempo y actuar como ordenadores del mundo de sus habitantes.

Palabras Clave: Jardines domésticos – Naturaleza y Cultura – Espacios habitacionales - Habitar

## **Agradecimientos**

A las familias que me recibieron en sus casas por una tarde, por algunos ratos, e incluso por varios días, a las personas que compartieron conmigo un tiempo y sus vidas, que me mostraron un espacio que yo no pensaba podía ser tan importante e íntimo para ellos, y aun así me permitieron conocer sus memorias y día a día, les agradezco y espero haber expresado en estas páginas de forma acertada aquello que compartieron conmigo.

También agradezco a mis personas cercanas por la compañía y ayuda en todo este proceso. Consejos sobre cómo avanzar en el proceso, compañía en días de terreno o de biblioteca, conversaciones sobre la memoria, y tantas otras cosas. Gracias a mis amigos, a mi familia, y también a mi profesor guía por esto.

## Índice

<b>RESUMEN</b>	<b>1</b>
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>2</b>
<b>ÍNDICE</b>	<b>3</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>4</b>
1. ANTECEDENTES	4
2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	9
3. OBJETIVOS	11
4. MARCO TEÓRICO	12
5. MARCO METODOLÓGICO	18
<b>RELATO ETNOGRÁFICO</b>	<b>24</b>
1. LOS LUGARES	24
2. EL JARDÍN	30
3. HUMANA(O)S, PLANTAS Y ANIMALES; DE CUIDADOS FEMENINOS A INVOLUCRAMIENTO MUTUO	44
4. LOS TIEMPOS EN EL JARDÍN	65
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>85</b>
1. LAS CARACTERÍSTICAS DEL JARDÍN	85
2. NATURALEZA Y CULTURA EN EL JARDÍN	86
3. JARDÍN MARCADOR DEL TIEMPO	89
4. REFLEXIONES FINALES	92
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>95</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>95</b>

---

## Introducción

### 1. Antecedentes

#### a. Viviendas y espacios habitacionales

Los espacios habitacionales han sido ampliamente estudiados desde las ciencias sociales. De acuerdo con King (1984), habría dos líneas generales de estudio desde las que se abordan los espacios domésticos o ambientes construidos. La primera se enfoca en cómo éstos son construidos socialmente; con influencias y determinantes económicas, tecnológicas, sociales, políticas y culturales. La segunda apela a la función, propósito y significado de estos espacios, y las implicancias que tienen en la mantención y reproducción de la sociedad en que están insertas.

En este contexto, las viviendas se han comprendido como espacios construidos por sus moradores, cuyas estructuras y formas poseen propósito e intencionalidad, así como guardan las historias de quienes las habitan (Humphrey, 1988). A medida que sus moradores van viviendo en ellas, evolucionan y toman forma, así como guardan y reflejan las biografías de sus habitantes (Ingold, 2002). De esta forma, las viviendas tienen un sentido social que es necesario estudiar en conjunto con el resto de las prácticas sociales de sus habitantes para comprenderlo (Lawrence, 1993).

En antropología, las investigaciones sobre estos espacios tienen una larga tradición. El trabajo de Lewis Henry Morgan representa un clásico que analiza distintos tipos de casas entre los aborígenes americanos y las posiciona en su esquema evolucionista. Otra investigación temprana es la de Mauss y BaCHAT (en Fox, 1989); quienes analizan cómo las casas de la sociedad Eskimo varían a lo largo de las estaciones, pero aun así mantienen un diseño cultural común, lo que sería reflejo de un patrón colectivo. Sus trabajos representan uno de los primeros intentos de vincular lo habitacional a la vida social y la cultura. Sobre la base creada por estos autores, Lévi - Strauss posiciona la casa en el foco de la organización social y la actividad ritual, siendo ésta considerada como una estructura social intermedia (Fox, 1989) (Pérez, 2014).

De ahí en más, los espacios habitacionales han sido temáticas recurrentes en la disciplina. Si bien, actualmente presentan una mayor diversidad y se ha reemplazado el término de *casas* por viviendas u otros similares, debido a que muy pocas de las viviendas del mundo corresponden a este tipo de estructura (Coolen & Meesters, 2012) - para Fox (1989) todas las investigaciones en el tema se encuentran marcadas por las perspectivas planteadas por Morgan y la dupla de Mauss y BaCHAT.

#### b. El habitar y los jardines

Es posible comprender las viviendas como conjuntos de escenarios, de espacios parciales; como lo son el comedor, la cocina, el dormitorio, el patio, etc., en donde se cumplen funciones y sistemas de actividades; comer, dormir o relajarse, además de funciones socio - psicológicas, como dar lugar a la vida familiar, seguridad y privacidad (Coolen & Meesters, 2012).

Al estudiar los espacios habitacionales, la temática del habitar es inevitable. Esta refiere a las actividades que ocurren en la vivienda, a la vez que abarca la *performance* y las experiencias en la relación entre las personas y los elementos que componen el hogar (Coolen & Meesters, 2012). Se ha entendido así, a modo general, el habitar de espacios habitacionales como un conjunto de “prácticas culturales que en parte condicionan estos espacios, los significan por medio de símbolos y rituales” (González & Carrasco, 2016, pág. 94). De esta forma, es un concepto relevante para disciplinas como la geografía o la arquitectura, a la vez que desde la antropología se plantean múltiples definiciones y reflexiones que exploran el habitar como la forma de relación –cultural- con el mundo, mediada por el espacio (Giglia, 2012).

Las investigaciones antropológicas en el tema, en general, se centran en cómo un contexto social específico, una forma de vida o un sector geográfico particular se vincula con determinadas maneras de habitar los espacios domésticos (Pérez, 2014). En esta línea, al enfocarse en el habitar, “la vivienda, como objeto de estudio, debe apreciarse como parte de un sistema socio-espacial, compuesto por la casa, el asentamiento geográfico y los estilos de vida de los habitantes” (Jiménez & Verduzco, 2009, pág. 46). En relación con esto, se ha considerado que en las viviendas se puede

ver cómo desde el espacio doméstico es posible estudiar el habitar no sólo como proceso de ordenamiento del espacio, sino como fundación y reproducción de universos culturales específicos, compuestos al mismo tiempo de símbolos, de emociones y de relaciones de poder (Giglia, 2012, pág. 23).

Un elemento relevante asociado a esto, que se repite en estudios sobre el tema, es que la tarea de mantener el espacio doméstico, de producir y reproducir las condiciones para que este pueda ser habitado por todo el grupo familiar, ha quedado, hasta la actualidad, relegada casi exclusivamente a las mujeres, de modo que también funciona para reproducir las relaciones de género presentes en la sociedad, desde las labores domésticas (Giglia, 2012).

En una línea similar, existen estudios sobre el habitar que plantean que la *vivienda* se transforma en *hogar* solo cuando es vivida, donde quien, o quienes, la habitan participan en su elaboración y le otorgan sentido (Salvadó, 2014). Como resultado, el hogar aparece “como lugar de la existencia, de la construcción del sujeto, del sentir propio de la experiencia humana” (Sañudo, 2013, pág. 216). Se sostiene incluso que, al ser el principal espacio que las personas habitan, funciona como un ordenador del mundo del sujeto que la habita (Pérez, 2014) y de la forma en que las personas construyen y median la relación con su entorno (González & Carrasco, 2016); así como también es de importancia para la conformación de grupos lo comparten. Se destaca, en este contexto, que la antropología y sus métodos entregan herramientas para poder comprender esta dimensión de los espacios habitacionales (Salvadó, 2014).

Por otra parte, existen autores que vinculan viviendas y jardines con la noción conceptual de paisaje, concepto que también aparece en las discusiones sobre habitar. Ejemplo de esto es Berque, destacado geógrafo y filósofo francés, considerado uno de los primeros teóricos del paisaje, quien define cinco condiciones para que una sociedad pueda ser

entendida como paisajística. Estas condiciones son el que exista una reflexión explícita sobre el paisaje, que este se reconozca lingüísticamente mediante una palabra, que exista literatura que describa y aluda la belleza de los paisajes, que existan representaciones pictóricas de éste y, además, considera necesaria la existencia de jardines cultivados por placer que funcionen como representaciones del paisaje (Berque en Cano 2012). También es común encontrar investigaciones en donde las viviendas se conceptualizan como componentes del paisaje; ejemplo de esto es la investigación de Skewes sobre las residencias cordilleranas mapuche y la lógica de habitar presentes en ellas, entendidas como parte del paisaje de bosque en que se encuentran (Skewes, 2016).

Los jardines, por su parte, se entienden como parte del espacio habitacional y tienen, a su vez, características distintivas. Podemos comprenderlo “como una pieza más de la vivienda, continuidad de la casa, un recinto abierto al exterior y a veces totalmente externo, pero con funciones de inmediatez, estanciales y de uso cotidiano equiparables a las de cualquier sala interior” (Gómez, González, & Doña, 2014, pág. 75).

Los jardines tienen una característica que es considerada como su rasgo principal y transversal, y es que dependen de sus moradores humanos para poder existir como tal; son construidos por sus habitantes mediante actividades insertas en sus vidas cotidianas, que terminan por convertir a los jardines en espacios significativos para ellos (Kimber, 2004). Es en estas actividades intencionadas y cotidianas que se puede observar el habitar en estos espacios. Es posible estudiar su función social y construcción cultural, así como la experiencia de la naturaleza y las relaciones culturales específicas con el medio natural presentes en estos lugares, entre otras cosas (Kimber, 2004). El jardín, visto filosóficamente, al ser un punto de equilibrio entre el control humano y la naturaleza salvaje, se ha tendido a conceptualizar como un espacio que ha servido para pensar sobre naturaleza y cultura, y cómo estas dimensiones se influyen mutuamente (Hester & Francis, 1990). Así, los jardines se configuran como lugares complejos de interacción entre humanos, otros seres vivos y con el ambiente, partícipes de la vida cotidiana y cuyas dinámicas están insertas en un contexto cultural determinado.

### c. Jardines vernáculos y contextos de campo en Chile

Una línea importante de investigaciones sobre jardines se centra en aquellos denominados *vernáculos*, donde se excluyen los espacios de élite, diseñados por terceros como paisajistas o arquitectos. Estos jardines son producto de la vida cotidiana; artefactos del paisaje cultural, producto de la práctica y no de la teoría. Son espacios en donde “la costumbre manda, y las cosas son como son” (Longstaffe-Gowan en Kimber, 2004).

Más allá de la descripción propuesta por Longstaffe-Gowan, no existe un concepto que pueda englobar a todos los distintos jardines vernáculos, así como no existe una tradición en estudios de jardines vernáculos como tal. El término se vincula a investigaciones en extremo diferentes y deriva de la noción de arquitectura vernácula. Este tipo de arquitectura llamó la atención de arquitectos, paisajistas y científicos sociales, entre otros; donde el foco común está en la relación que jardineros establecen con el jardín y que

resulta relevante en términos económicos, ambientales y culturales de cualquier grupo de jardineros (Conan, 1999).

La antropología ha contribuido ampliamente al estudio de este tipo de jardines, que, al igual que en el caso de las viviendas, tiene investigaciones tempranas al respecto. El propio Malinowski estudió en profundidad los jardines de Coral de las islas Trobriand, lo que resultó en un libro al cual otorgaba la misma importancia que a *Los Argonautas del Pacífico Occidental* y *Vida Sexual de Los Salvajes*, y que tiene como punto de partida el que los Trobriand, “como quiera que puedan los demás verlos, se consideran en primer lugar y, ante todo, agricultores (...). Para conocerles, es preciso verles en sus huertos de ñames, en sus bosquecillos de palmeras, o en sus campos de tarros” (Malinowski, 1997, pág. 19). Su extenso estudio aborda las distintas dimensiones vinculadas a estos jardines; economía, orden político y vida doméstica de la sociedad, pero centrándose en la relación entre el trabajo netamente económico, racional y eficiente, con la magia. El antropólogo muestra así la profundidad que puede derivar de los estudios de jardines y de lo que ahí ocurre. Su investigación, así como el trabajo de Raymond Firth en el caso de los tikopia, Godelier con los baruyas y Descola con los jardines y huertos de pueblos del Amazonas, representan esfuerzos por describir estos espacios en sociedades hortícolas, en las cuales la antropología, en general, concentró su trabajo en lo que respecta a jardines durante el siglo XX (Conan, 1999).

Actualmente, podemos encontrar una gran variedad de estudios que abordan a los jardines como espacios sociales o culturales, con una amplia variedad de temas; las relaciones entre personas que viven en este lugar, su significado simbólico o el de las plantas como rasgos culturales, entre otros (Kimber, 2004). Pese a que existen distintos abordajes de los jardines vernáculos, con énfasis en que se han convertido en una actividad de ocio cada vez más importante en el mundo contemporáneo, aún existe una cantidad reducida de análisis sobre cómo los jardines domésticos se relacionan con procesos sociales, económicos y culturales más amplios, siendo que pueden ser espacios privilegiados para reflexionar por ejemplo, sobre relaciones de género de sus habitantes, así como sus formas de equilibrar el ocio y el trabajo (Bhatti & Church, 2000, pág. 184).

Longhurst, quien estudia los jardines como lugares paradójicos al no siempre dar cabida a distintas dicotomías modernas (como naturaleza y cultura u ocio y trabajo), atribuye esta falta de producción de conocimientos a dos razones. La primera razón la toma de ideas de la geografía feminista, que sostiene que los jardines corresponden a un tipo de paisaje que aparentemente es considerado demasiado banal y cotidiano, a diferencia de paisajes de tipo similar como serían parques; los jardines son espacios privados y feminizados, por lo que quedan desplazados por las investigaciones sobre espacios públicos y masculinos que captan mayor atención académica (Rose, Kinnaird, Morris & Nash en (Longhurst, 2006). La segunda razón tiene que ver con el hecho de que, tal como explica Kimber, efectivamente existen una serie de investigaciones sobre jardines, pero que se centran en determinados tipos; comunitarios, urbanos y *allotments*<sup>1</sup>, pero no sobre

---

<sup>1</sup> A falta de una traducción precisa, se mantiene el término en el idioma original. Los *allotments* corresponden a predios de tierra; usualmente parcelaciones, que se asignan o venden a una familia o individuo con el fin de

los jardines domésticos, privados e individuales. Para la autora esto tiene que ver con que se tiende a producir mayor volumen de conocimiento legítimo en disciplinas como geografía y ciencias sociales en el norte que en el sur. En el norte, especialmente en Europa, hay una larga tradición jardinera, pero como en la actualidad son países densamente poblados e industrializados, los jardines domésticos no existen en abundancia, en tanto en las áreas mayormente pobladas no hay espacio para cultivarlos. Por lo tanto, no es sorprendente que exista mayor investigación respecto a estos jardines de tipo público, que abundan en los países europeos, que sobre los privados. Así, para la autora, el centrarse en el estudio de jardines domésticos es también un ejercicio que contribuye a generar conocimiento sobre espacios que no han sido estudiados no por su falta de mérito o relevancia, sino que por razones políticas y de exclusión (Longhurst, 2006).

Un ejemplo de las investigaciones que sí se centran en jardines domésticos es la realizada por González y Carrasco, en la que estudian los patios de viviendas aymaras, distintos a los presentes en las zonas urbanas cercanas, y que son centrales en la vida doméstica de las viviendas tradicionales. El patio aymara tradicional no existe en las viviendas sociales en Arica, ciudad al que ha llegado a vivir gran parte de la población aymara migrante. Los patios tradicionales son replicados por las poblaciones que migran a la ciudad en sus nuevas casas, pues representan parte nuclear de la forma de habitar aymara, al ser aquello que media entre el interior y el exterior. Su importancia deriva, de acuerdo a los autores, del hecho que estos determinan la diferencia entre lo que se considera naturaleza y cultura, donde lo exterior – correspondiente al paisaje, los desiertos y montaña – se vinculara con lo natural, mientras que el interior hace relación a lo cultural (González & Carrasco, 2016). En este caso, se ve cómo el patio o jardín aparece como elemento mediador y ordenador del mundo para los sujetos, de gran importancia para su comprensión del entorno y de su experiencia de la naturaleza.

Este estudio, además, muestra cómo los jardines se estudian en vinculación con los contextos en donde se encuentran. En el caso del presente proyecto, este corresponde, de modo general, a las zonas rurales o de campo en Chile. En particular, se trabajó dentro del denominado valle central de Chile. De acuerdo con Bengoa, este 'valle', correspondiente a la depresión intermedia entre el río Aconcagua y el Biobío es el que mejor caracteriza al mundo rural en Chile (Bengoa, 2015). La denominada ruralidad ha sido conceptualizada teórica y técnicamente por distintas disciplinas. Referirse al campo, en cambio, si bien apela a los mismos espacios físicos, se vincula más al sentido común, frente a los criterios teóricos o demográficos que están detrás de la conceptualización de lo rural. Es por esto que, si bien, como se verá a continuación, las reflexiones sobre lo rural son pertinentes en este trabajo, se optará por referirse a los jardines de campo.

En la actualidad, para Hernández y Pezo, los grandes cambios que la ruralidad chilena ha experimentado en los últimos años son fundamentales para comprenderla y, en

---

convertirlo en un jardín o huerto. La mantención de este espacio, a diferencia de los jardines comunitarios, es individual o familiar (Van den Berg, Van Winsum-Westra, De Vries, & Van Dillen, 2010).

consecuencia, es la característica que guía gran parte de las investigaciones antropológicas sobre el mundo rural (Hernández & Pezo, 2009). Las reflexiones al respecto son variadas. Bengoa, por ejemplo, sostiene que “los criterios urbanos y del capitalismo extractivo se han impuesto sobre el mundo rural destruyéndolo. La ruralidad como modo de vida ha quedado reducida a una mínima expresión” (Bengoa, 2017, pág. 13). Para Hernández y Pezo, en cambio, en un contexto de creciente globalización “hay una revalorización de lo rural tanto en relación con los ambientes naturales como a los estilos de vida de sus poblaciones, provocando nuevos patrones de asentamientos humanos” (Hernández & Pezo, 2009, pág. 208). Reflexiones como esta muestran cómo la forma en que se vive en las zonas rurales hoy en Chile se ha visto sustancialmente modificada, y es por esto que representa un tema de interés y debate.

En particular, las investigaciones que se adentran en el hábitat rural en el país plantean que estos territorios determinan en gran medida los espacios habitacionales que ahí se encuentran (Urrutia, 2014). Estos estudios, en general, tienen en el centro otros elementos, como lo son problemáticas sociales de vulnerabilidad y de desarrollo presentes en estos territorios, además de estar situados en escalas residenciales mayores que la vivienda, como barrios o ciudades.

Respecto a los jardines en contextos de campo a nivel global, existen investigaciones que aluden al momento de diferenciación entre el espacio destinado al cultivo y lo que posteriormente aparecerá como jardín (Kimber, 2004). En la actualidad, en Latinoamérica los jardines rurales en general ocupan una superficie física considerablemente mayor a los urbanos y se presentan como un espacio que se reserva para múltiples funciones cotidianas familiares, a diferencia de otros lugares cercanos a las viviendas, característicos de espacios agrarios, que tienen una función focalizada en la producción agrícola especializada en las rentas (Gómez, González, & Doña, 2014, pág. 75). Aparece, entonces, el jardín como un espacio cuya actividad primordial y/o exclusiva es distinta al cultivo, a diferencia de los predios productivos y de las huertas.

Pese a lo anterior, es posible sostener que los jardines de campo no han sido estudiados de la misma manera en que se han investigado en otros contextos. Si bien son lugares que sin duda existen y en zonas rurales es común encontrarse con viviendas rodeadas por llamativos jardines, en general, las investigaciones se enfocan en la figura de los huertos rurales. Dentro de estas, una minoría se dedica a comprenderlos como fenómenos sociales (Hernández M. , 2010) (Núñez, 2014), como sí ocurre en estudios de espacios habitacionales y jardines en otros contextos. Las investigaciones sobre huertos tienen en su base el estudio de un espacio definido por la actividad hortícola que en ellos se lleva a cabo y, por consiguiente, privilegian temáticas como la importancia del huerto para la subsistencia y economía familiar, así como su potencial para resguardar la biodiversidad (Hernández M. , 2010).

## **2. Planteamiento del problema**

Basado en los antecedentes expuestos, es que, en primer lugar, cabe establecer que el jardín se va a comprender como un espacio habitacional en la presente investigación, es decir, un componente de las viviendas de las que forman parte. Este punto de partida trae

consigo una serie de características de los jardines que los convierten en espacios complejos e interesantes de estudiar.

En primer lugar, el hecho de ser un espacio residencial significa que es un espacio habitado, en donde las distintas maneras en las que este espacio se ocupa forman parte del cómo se habitan los jardines. Esto es clave para el jardín, pues es el proceso mediante el cual este se transforma en hogar (Salvadó, 2014), con lo que se convierte en un lugar que, además de tener función y propósito, adquiere significados para quienes lo habitan. Teniendo esto en consideración, el foco de la presente memoria estuvo puesto precisamente en descifrar esos significados existentes producto del habitar que se da en el lugar.

El indagar los significados de los jardines tiene una relevancia particular al considerar la característica de estos espacios domésticos mencionada anteriormente, en la que necesitan de sus habitantes como condición de su existencia y permanencia en el tiempo, y que los diferencia del resto de la vivienda. Esto hace que las personas trabajen en ellos de forma cotidiana, marcando las dinámicas de habitar de estos lugares, y a la larga los convierte en espacios particularmente significativos (Kimber, 2004), al ser lugares que existen como tal tan solo por la voluntad y dedicación de quienes los habitan. En otras palabras, un componente central del habitar de los jardines los vuelve espacios que serían particularmente significativos para quienes viven en ellos. Así, el poder indagar en cuáles serían estos significados derivados de aquello que ocurre en el jardín se vuelve pertinente al momento de indagar en estos espacios.

Sumado a lo anterior, se han vinculado los jardines a las experiencia de naturaleza que viven sus habitantes en estos lugares y la forma en que se relacionan con su ambiente (Kimber, 2004). Esto debido a que se puede presumir que en los jardines se dan una serie de interacciones y relaciones entre sus habitantes humanos y los no humanos, que derivan, en parte, de este cuidado que el lugar necesita. Así, el indagar en los significados que tiene el jardín implica explorar en los vínculos que sus habitantes establecen con lo natural y el ambiente al que se enfrentan.

Por otra parte, el abordar los significados del jardín vinculados a su habitar significa también situarse en un contexto social, cultural y geográfico particular, pues la forma en que los espacios se habitan no es arbitraria, sino que está en relación con el contexto más amplio en dónde se encuentran. El habitar de jardines domésticos y su dimensión social en general ha sido estudiada en variados contextos, atendiendo a la relevancia que tienen para sus dueños y a los distintos fenómenos que se dan en los jardines y que se vinculan con el lugar y la sociedad que los alberga, tales como roles de género presentes en el lugar, estructuración de tiempos de trabajo, procesos de conservación, entre otros (Bhatti & Church, 2000; Longhurst, 2006).

El contexto seleccionado en este caso es el de las zonas rurales de Chile central, en donde es común la existencia de jardines domésticos, y se puede suponer que son espacios que revisten alguna importancia para sus habitantes al ser parte de sus viviendas. Pese a esto, como se repite en investigaciones rurales en Latinoamérica, y particularmente en Chile, la producción académica más cercana a los jardines se centra

en los espacios más delimitados de huertas rurales, como espacios dedicados a la medicinal, alimentario u horticultura y no entendidos dentro de la esfera de lo habitacional, siendo así que los jardines domésticos no han sido estudiados en el contexto particular del campo en Chile.

De esta manera, la investigación se propuso estudiar los jardines domésticos, comprendidos como espacios habitacionales, en contextos de campo en el valle central de Chile. Estudiar los jardines de la forma propuesta se vuelve relevante al ser una realidad que existe de manera recurrente en los contextos de campo en el país, conformando lugares que pueden suponerse relevantes para quienes los habitan y, por consiguiente, puede aportar información respecto a los modos en que se habita la ruralidad en el país actualmente desde un enfoque que no ha sido abordado.

Existe entonces una vinculación entre los significados de un espacio habitacional y el habitar que se da en él, y esto a su vez está estrechamente vinculado con el contexto mayor en que se sitúa dicho espacio. A esto hay que sumar, como ya se ha mencionado, que los jardines, producto de la necesidad de mantención constante de sus habitantes que tienen para existir, se vuelven espacios particularmente significativos. Es por esto que indagar en cuáles son los precisamente estos significados que existen en el jardín se vuelve relevante, entendiendo que son significados que emanan de una forma de habitar estos espacios particular, que también se vincula con el contexto en que se encuentra el lugar. Teniendo esto en consideración, se planteó la problemática de investigación en torno a los significados que tienen **los jardines domésticos de campo para sus habitantes, en el contexto rural del valle central de Chile**. Es por esto que la pregunta por los significados del jardín aparece relevante, cuáles son estos significados particulares que aparecen en el jardín, sean o no producto de los cuidados que se le dan al lugar.

### 3. Objetivos

Con el fin de responder a la pregunta de investigación se ha formulado el siguiente objetivo general y objetivos específicos

#### a. Objetivo General

Comprender los significados que tienen los jardines para sus habitantes, en contexto de campo de la zona central de Chile.

#### b. Objetivos específicos

- Describir la composición – en tanto materialidad, habitantes y dinámicas temporales – de distintos jardines de campo ubicados en la zona central de Chile
- Caracterizar las prácticas que tienen lugar en dichos jardines de campo.
- Analizar los relatos que tienen los habitantes de estos espacios, respecto de sus jardines.

#### 4. Marco teórico

##### a. El jardín como lugar

Los jardines clásicamente se han comprendido como (1) idea; pues se han pensado filosóficamente como límite entre lo natural y cultural, (2) como lugar (físico); en relación fundamentalmente a los aspectos físicos del jardín, (3) y acción; considerando que es, necesariamente, una fuente de acciones (Hester & Francis, 1990) que se suelen denominar bajo el verbo de jardinear (*gardening*) (Bhatti & Church, 2000). Si bien cada abordaje tiene sus ventajas, para entender el significado de los jardines es necesario comprender que son simultáneamente idea, lugar y acción, entendiéndolos así como una ecología compleja de realidad espacial, proceso cognitivo y trabajo real (Hester & Francis, 1990). Un abordaje conceptual que permite comprender el jardín considerando estas complejidades es el de la noción de lugar, entendido como una idea compleja, distinto al lugar físico que sostienen Hester y Francis ha sido utilizado para comprender los jardines.

El concepto de lugar viene de la comprensión espacial del mundo, entendiendo que “el espacio nunca está vacío: siempre encarna un significado” (Lefebvre, 1991). En oposición a la noción más abstracta que representa el espacio se encuentra el concepto de lugar. Mientras que el primero hace referencia al movimiento, el segundo se relaciona con las pausas; el espacio se convierte en lugar a medida que se conoce mejor y se dota de significado (Tuan, 1977).

La noción de lugar ha sido trabajada por distintas disciplinas. Desde la antropología, Augé se posiciona como un referente que propone la idea de lugar antropológico como un espacio identificador, relacional e histórico (Augé, 2000). Si bien no es una definición contradictoria a lo que se busca en la presente memoria, se optará por comprender el lugar siguiendo la propuesta de Cresswell, quien, de manera sencilla, lo comprende como “una locación significativa” (Cresswell, 2011, pág. 128). Cresswell sostiene que todo lugar está compuesto por una combinación de materialidad, práctica y significado, como tres componentes que están vinculados entre sí (Cresswell, 2009). De estos tres componentes deriva la estructuración de los objetivos específicos planteados inicialmente, que apelan a la composición física de los jardines, a las prácticas que ocurren en ellos y a los relatos de sus habitantes que se vinculan a los significados que el lugar tendría.

La experiencia, en una concepción de raíz fenomenológica, está en el corazón de lo que significa el lugar. Las personas, en tanto sujetos conocedores y sintientes, somos en el mundo, y la relación entre personas y el ambiente está mediada por la experiencia (Cresswell, 2009); que es un conjunto de pensamiento y emociones, así como sensaciones y percepciones por medio de las cuales las personas conocen y construyen la realidad (Tuan, 1977), se relacionan con su ambiente y lo convierten en lugar (Cresswell, 2009). Por otra parte, los lugares tienen tres características fundamentales. Una locación, que se refiere a dónde está el lugar, en un sentido absoluto y medible (*local*). Además, el lugar es también un escenario material en donde se dan las relaciones sociales (*locale*). Por último, existe un *sentido del lugar*, que tiene que ver con los significados y emociones que están vinculados con un él (Cresswell, 2009; Agnew en Cresswell, 2011).

Esta última característica resulta de particular interés para esta investigación. Corresponde a un concepto difuso, que posee diversos nombres dependiendo del autor y la disciplina, como vínculo con el lugar en antropología o *topophilia* en geografía (Cross, 2001). Se puede entender como la relación formada por la gente que le otorga un significado emocional o afectivo a un lugar, que es culturalmente compartido, y entrega la base para la comprensión y relación con el ambiente del individuo y el grupo (Low, 1992). Así, el sentido del lugar se relaciona con su comprensión como un ensamble especial de historia y significado, que proviene de las experiencias de la gente y solo puede ser desentrañado a partir de la comprensión de los sentidos que se le atribuyen, donde la dimensión temporal cobra importancia, en forma de momentos pasados, presentes y futuros que se vinculan al lugar (Ramos, 2016).

De acuerdo con Cross se pueden distinguir dos dimensiones del sentido del lugar. Por una parte, se encuentran las relaciones que se establecen con el espacio, y por otra, las relaciones comunitarias vinculadas al lugar; la experiencia de las personas e involucramiento con la comunidad que se encuentra en él. En ambas dimensiones, distintos autores plantean tipologías para comprenderlas. Para el caso particular de las relaciones con el espacio, Cross propone seis tipos ideales; biográfica, espiritual, ideológica, narrativa, comodificada y dependiente. Cada uno representa un tipo particular de relación con el lugar, donde el primero resulta de particular interés en este trabajo, al ser el vínculo con el espacio más fuerte y que se encuentra típicamente en los hogares, ya que proviene de un lazo histórico y familiar que se genera al vivir en un lugar y que se desarrolla en largos períodos de tiempo (Cross, 2001). Esta categoría se corresponde en cierta medida con el sentido del lugar genealógico que propone Low, al ser el tipo de vínculo que se mantiene, fortalece y actúa sobre la base de vivir en un lugar, o al permanecer en una locación por un período prolongado de tiempo. El proceso de crear vínculos con el lugar es, entonces, la experiencia de vivir o ser en una locación (Low, 1992) que se considera hogar y que adquiere significado en ese proceso.

En relación a esto, por medio del trabajo de campo se observó que, al ser lugares habitados por largo tiempo con los que se generan estos lazos afectivos, los jardines aparecen también vinculados a historias pasadas. Por esto se vuelve útil también evidenciar el vínculo que tienen los lugares con la memoria, entendiendo que funcionan como el soporte físico que las memorias requieren (Giménez, 2009).

Por último, resulta pertinente tomar ciertas ideas respecto al paisaje, que puede funcionar como un enfoque complementario al comprender los jardines como lugar. Cabe destacar que, si bien en la formulación original del proyecto se pensó en abordar el jardín tanto como lugar y paisaje, finalmente se optó por desarrollar más el enfoque del primer concepto, convirtiendo así la aproximación desde el paisaje en una complementaria. Fundamentalmente, se entiende el paisaje como lo plantea Cano, siendo complejo debido a que

se sitúa en un terreno ambiguo entre lo físico y lo conceptual, entre lo territorial y lo representacional, entre lo geográfico y lo social. Estas dimensiones no son excluyentes, sino que se completan mediante la tensión entre lo próximo y lo lejano, lo habitado y lo observado, lo natural y lo cultural (Cano, 2012, pág. 133).

Al seguir lo que plantea Skewes -quien a su vez toma ideas de Bennett y Latour- la vivienda, y el jardín, vive, se transforma y muta por medio de un sinnúmero de interrelaciones abiertas al cambio. Los actantes encarnan procesos, existen de modo interrelacionado, se afectan unos a otros. Es por esto que se entiende a la vivienda como parte del paisaje, entendido como “aquella síntesis de biología e historia que permite a los seres humanos, en particular, engendrar sentidos a partir de su práctica residencial” (Skewes, 2016, pág. 137). Este paisaje es a la vez construcción cultural y medio físico; está imbricado con modos de vivir en el espacio. Su fisonomía persiste solo en la medida que las actividades que ocurren en él continúan. El paisaje está más relacionado con el estar en el mundo y con la actividad práctica de la vida que con una observación imparcial y desinteresada de un mundo lejano de la cotidianidad. (Ingold en Cano, 2012).

En suma, se considerará al jardín como un lugar en tanto está compuesto por materialidad, significado y práctica, donde la experiencia es clave para su formación. La noción de sentido de lugar permite comprender la generación de vínculos y dotación de significado que ocurre en el hogar y, por consiguiente, en el jardín. Además, se plantea la posibilidad también de comprender al jardín en su dimensión de paisaje, lo que permite entenderlo como una mezcla de construcción cultural y sustento físico que forma parte del paisaje mayor en que se encuentra, y que también puede funcionar como una representación o reproducción de este.

#### *b. Las relaciones persona – ambiente*

Para ahondar en la idea de habitar, así como en las reflexiones respecto a la experiencia de la naturaleza y relación con el ambiente que se da en el jardín, se plantea una perspectiva teórica proveniente del debate sobre la relación naturaleza y cultura, en la cual la antropología ha tomado parte (Ulloa, 2011, pág. 26). Desde fines de la década de 1980, críticas posmodernas a las concepciones occidentales han permitido la deconstrucción y reconfiguración de las oposiciones modernas como lo son naturaleza y cultura o cuerpo y mente, permitiendo concebir las nociones y representaciones sobre la cultura y la naturaleza como socialmente construidas. Así, autores como Descola y Escobar plantean que esto permite un nuevo entendimiento de estos elementos; en una relación interdependiente e interactiva, donde ambas se afectan mutuamente (Ulloa, 2011). En este contexto, está la corriente del materialismo vital, que busca un "reposicionamiento del ser humano en su relación con el mundo, al desplazarlo de la posición central que las filosofías humanistas le habían concedido a un lugar más modesto en la interrelación de los seres vivos" (Skewes, 2016, pág. 136).

Ingold se puede considerar cercano o inspirador de esta corriente al trabajar una ‘antropología ecológica’, en donde reflexiona sobre las relaciones humanas y el medio (Sánchez, 2009). El autor propone reemplazar el concepto de ‘naturaleza’ por el de ‘ambiente’, en el cual, así como no puede haber organismos sin ambientes, no puede haber ambientes sin organismos. De esta manera, “mi ambiente no es una realidad externa, es el mundo que existe en relación a mi persona y se desarrolla conmigo, formándonos mutuamente” (Ingold en Larrain, 2012, pág. 14).

En los jardines se puede presumir la presencia de humanos, plantas y animales. Si se sigue lo que plantea Ingold, hay que considerar que cada uno compone el ambiente de los demás organismos (Ingold, 2002). Así, tanto humanos, animales y plantas, y otros seres que se puedan encontrar en el jardín, deben ser vistos como compañeros participantes de un

mismo mundo, que es a la vez social y natural. Las formas que todas estas criaturas toman no son dadas de antemano ni impuestas desde arriba, sino que emergen en el contexto de su mutuo involucramiento en un campo único y continuo de relaciones (Ingold, 2002, pág. 87).

El jardín es un espacio privilegiado para aplicar esta noción, pues el involucramiento entre los seres que lo habitan; la relación entre plantas, animales, personas y otros seres que ahí se encuentren, es la base para que el jardín pueda existir como tal.

A través de la inspiración en ciertas corrientes de la biología; la psicología ecológica, principalmente aquella de James Gibson; y la fenomenología de Heidegger y Merleau-Ponty; Ingold propone un modelo sobre cómo personas – y otros seres vivos – se hacen a sí mismos habitantes del mundo.

En base a los cruces que Ingold rescata entre los tres, el autor genera las nociones base para su perspectiva, conocida como la perspectiva del habitar. En primer lugar, plantea el que la vida no es la revelación de formas preexistentes, sino que es ella misma el proceso por medio de la cual se genera esta forma y a su vez es puesta en su sitio. Para esto, en contraste a un individuo autocontenido que enfrenta al mundo de allá afuera, concibe a un 'agente en su ambiente', o lo que desde la fenomenología se conoce como ser en el mundo. Así, por medio de ser habitado, más que por medio de la asimilación de un diseño formal, el mundo se vuelve un ambiente significativo para las personas (Ingold, 2002, pág. 173).

La existencia de una vivienda así no es garantía que en ella haya un habitar. "No habitamos porque hemos construido, sino que construimos y hemos construido en la medida en que habitamos" (Heidegger, 1951, pág. 3). Las construcciones, físicas e imaginarias, nunca están completas, sino que constantemente bajo construcción; solo ocurren dentro de las actividades cotidianas de quienes las realizan, y tienen historias de vida, que consisten en el despliegue de las relaciones de sus habitantes (Ingold, 2002)

Se puede comprender entonces al jardín como en continua construcción, y en este movimiento donde en el habitar de sus moradores; en la "inmersión del organismo – persona en un ambiente o mundo como condición inescapable de la existencia" (Ingold, 2002, pág. 153), el mundo pasa a ser un espacio con significado para quien lo vive.

El mundo tiene, entonces, significados que no corresponden a formas culturales codificadas en el ambiente. Las "verdades que son inherentes al mundo son, poco a poco, reveladas o descubiertas (...). Los significados inmanentes en el ambiente –en los contextos relacionales del involucramiento con el mundo de quien percibe– no son tanto construidos como lo son descubiertos" (Ingold, 2002, pág. 22). En esta perspectiva, las tareas y las prácticas, llevadas a cabo por agentes con destrezas en el ambiente durante

sus vidas, son los actos constitutivos de habitar el mundo (Larraín, 2012) y fundamentales para descubrir sus significados.

Es posible vincular esta idea con aquella propuesta por Giglia, quien considera el habitar como una relación con el mundo, mediada por el espacio y que siempre es cultural (Giglia, 2012). En este contexto, toma el concepto de *habitus* de Bourdieu, en tanto saber con el cuerpo o saber incorporado, y lo aplica a la dimensión socio espacial, entendido como conjunto de gestos, de prácticas no reflexivas y semiautomáticas. Mediante la producción y reproducción de determinado *habitus*, los sujetos se hacen presentes en el espacio - o ambiente- y lo ordenan, y éste a su vez “nos ordena, es decir, nos pone en nuestro lugar, enseñándonos los gestos apropiados para estar en él, e indicándonos nuestra posición con respecto a la de los demás” (Giglia, 2012, pág. 16). Así,

El *habitus* permite el habitar y el habitar se hace mediante el *habitus*. Este último no está hecho solo de repetición y rutina, sino que es también un instrumento creativo de producción de nuevas maneras de habitar. Se trata de un proceso en dinamismo constante (Giglia, 2012, pág. 17).

Por otra parte, se puede decir que habitar la tierra es una forma de constituir los lugares. En este proceso se establecen relaciones de crecimiento no solo con el ambiente, sino también con todos aquellos seres, humanos y no-humanos, que lo habitan, siendo los lugares los focos de esta relación (Ingold en Larraín, 2012).

Esta conceptualización abre la posibilidad a comprender los elementos no humanos del jardín, como seres con los que es posible entablar relaciones y que adquieren cierta personalidad. Como plantea Descola, si los seres naturales son tratados como personas, con atributos similares a los humanos, no son más seres naturales (Descola en Núñez, 2014). Adquieren historias y se involucran con las redes de relaciones sociales en las cuales los objetos – y otros no humanos - están insertos y por las cuales acumulan historias y significados, de la misma manera de los seres humanos (Hermo & Miotti, 2011).

Esto se puede vincular con la idea de agencia y actante, propuesta por Latour. En términos de Bennett, un actante es una fuente de agencia, fuente de acción que puede ser humana o no humana, que tiene eficacia y puede hacer cosas, que tiene suficiente coherencia para hacer una diferencia, producir efectos y alterar el curso de los eventos, cuya competencia es deducida de su actuar, más que definida de antemano a su acción (Bennett, 2010).

Además, se puede enriquecer esta forma de comprender las relaciones entre los seres presentes del jardín con las ideas propuestas por Sahlins sobre la ‘mutualidad del ser’. El autor realiza una reflexión respecto al parentesco; sobre qué es y qué no es, y propone que este es una forma de relacionarse, como pueden existir otras, que se basa en una red de mutualidades de ser. La mutualidad del ser, que para el autor es lo que está detrás del parentesco y en ningún caso se reduce a este, tiene que ver son personas – o seres – que se pertenecen entre sí, que son parte uno del otro, que están co presentes el uno en el otro, cuyas vidas están ligadas y son interdependientes (Sahlins, 2013, pág. 21). Esta

forma de comprender las relaciones entre humanos puede expandirse y utilizarse para comprender también las relaciones interespecies que se dan en el jardín.

Por último, para abordar las relaciones entre humanos y no humanos que se dan en el jardín también se toman algunos de los postulados respecto a las teorías de crianza mutua provenientes del mundo andino y que son trabajadas e incorporadas a la producción académica por autores como Verónica Lema. En el contexto de estudios de domesticación y surgimiento de la agricultura, principalmente desde la arqueología, se plantea que existe un abordaje que tiene de fondo nociones vinculadas a dominio, control y jerarquías, propias del mundo occidental y sus formas de interactuar con la naturaleza, desde donde se comprenden los procesos de domesticación (Lema, 2017). La autora observa que esta forma de comprender la oposición de naturaleza y cultura, con una naturaleza ajena y salvaje que debía ser conquistada, no coincidía con las formas en que, en el territorio andino se daban las relaciones entre humanos y no humanos. Frente a esto, propone, siguiendo los planteamientos de Viveiros de Castro, el “llevar a serio las lógicas de (...) crianza mutua en nuestras investigaciones” (Lema, 2017). En esta lógica, la crianza incluye prácticas que en otros contextos se suelen considerar en categorías tales como domesticación, recolección y cultivo, entre otras, y es un modelo de sociabilidad entre humanos y no humanos que está presente en gran parte del mundo andino, y que implica cultivo, protección, aliento y amparo, ya sean entre humanos, humanos y no humanos, y no humanos, en una red de relaciones que se tejen en el espacio (Lema, 2014) y que incluye “relaciones recíprocas entre seres de múltiple carácter en donde se ve implicada la protección, amor y obediencia” (Lema, 2017, pág. 164).

Así, las teorías de crianza mutua, o uywaña, surgen desde el mundo andino, y autores como Lema las aplican en investigaciones sobre esas zonas. En el contexto de esta investigación no se busca plantear que los casos trabajados pueden entenderse como parte de este sistema de relaciones propio de la zona andina, en donde las relaciones y la realidad se dan en un mundo “donde la alteridad y la relacionalidad –entre diversos aspectos– se constituyen desde lugares muy distintos a los que estamos acostumbrados a frecuentar” (Lema, 2017), que emergen en una realidad muy distinta al mundo rural de la zona central. Si se consideran estos postulados, es en tanto plantean una forma de comprender las relaciones entre humanos y no humanos que pueden ser útiles para reflexionar sobre cómo se dan relaciones similares, pero surgidas en otros contextos, como lo son los vínculos que se generan entre humanos y las plantas y animales que habitan el jardín, en donde ambas escapan al entendimiento binario de las relaciones entre naturaleza y cultura.

Se puede pensar, entonces, al jardín como un lugar en el cual es posible encontrar distintos organismos partícipes del mismo ambiente. Sus moradores humanos los habitan y en ese proceso van haciendo y a la vez descubriendo los significados que el jardín tiene para ellos, al mismo tiempo que se relacionan con elementos típicamente considerados como naturaleza y, en ese contexto, es posible reflexionar sobre las nociones de naturaleza y cultura que tengan los habitantes humanos de los jardines.

## 5. Marco Metodológico

La presente memoria se inserta en el paradigma cualitativo de investigación social, en tanto espera comprender el fenómeno a investigar al explorarlo desde la perspectiva de sus participantes y profundizar en sus experiencias, perspectivas, opiniones y significados. Junto con esto, se trata de una investigación de tipo exploratoria, pues se busca indagar en un tema que ha sido poco estudiado (Hernández, Fernández, & Baptista, 2010).

Se plantea como una investigación de perspectiva etnográfica, pues se aspira a comprender los fenómenos sociales desde el punto de vista de sus protagonistas por medio de una conclusión interpretativa sobre la base del trabajo de campo, que no es sino el escenario donde el investigador pone en interlocución sus propias categorías teóricas y prácticas, con las nativas (Guber, 2013), con el fin de lograr una comprensión de los significados que el jardín adquiere al ser un espacio habitado, desde la perspectiva propia de sus habitantes. Para algunos autores, esta comprensión e interlocución aparece como la esencia descriptiva de la etnografía, que, más que un ajuste a los hechos, implica un ajuste a la propia perspectiva de los 'miembros' de un grupo social —en ese sentido coincide con lo que Geertz entiende como interpretación- (Guber, 2001).

Esta perspectiva etnográfica se complementa además con reflexiones sobre las denominadas cuasi etnografías, micro etnografías o estudios de tipo etnográfico, que problematizan la duración que debe tener el trabajo de campo. Esto debido a que, frente a la acostumbrada estadía prolongada y mirada holística de un fenómeno que representaría el quehacer etnográfico tradicional, se optó por un acercamiento al campo en donde se tiene por criterio que, en un tiempo reducido, es posible recabar información suficiente para dar cuenta de los objetivos planteados, en el contexto de un estudio que, además, no se aplica en un espacio único (Silva & Burgos, 2011).

En consecuencia, la investigación se llevó a cabo en distintos jardines que componen los casos abordados. Las visitas a estos lugares se planificaron de forma intermitente y selectiva, en tanto se realizaron cuando el contexto así lo permitió y además era apropiado para los objetivos de investigación. Asimismo, el trabajo de campo se centró en los aspectos concretos y focalizados que tuvieran relación con aquello que se busca investigar (Silva & Burgos, 2011). Esto significó que el trabajo de campo estuvo enfocado, en su gran parte, en aquello que ocurría en los jardines o lo que tenía relación con ellos, vale decir, en aquello que comprendía el habitar del jardín.

### a. Trabajo de campo y casos trabajados

El trabajo de campo tuvo lugar entre los meses de noviembre de 2017 y mayo de 2018. Los casos trabajados se distribuyen en localidades de dos comunas; Petorca, en la Región de Valparaíso y Chépica, en la región del General Libertador Bernardo O'Higgins.

Para el primer sector, las salidas a terreno fueron en los meses de octubre, noviembre y abril, mientras que para el segundo fue en enero y en mayo. Cada una de las salidas constó de aproximadamente 10 días. Durante los primeros días en cada comuna, el

trabajo estuvo centrado en la búsqueda y selección de casos, y los días siguientes en visitas reiteradas en las que se profundizó el trabajo de campo en los casos elegidos.

Desde un comienzo de la investigación se buscó trabajar con una muestra intencionada y no probabilística, cercano al modelo de casos – tipo, común en metodología cuantitativa, pero también utilizado en el mundo cualitativo cuando el objetivo de la investigación es la riqueza, profundidad y calidad de la información, siendo común en estudios donde el objetivo es analizar los valores, ritos y significados de un determinado grupo social y también en estudios de perspectiva fenomenológica (Hernández, Fernández, & Baptista, 2010, pág. 439).

Para la definición de los casos – tipos a estudiar, de un universo de jardines de campo de la zona central de Chile, se tuvo, en primer lugar, como criterio la autoadscripción de los habitantes como sujetos de campo. Esto debido a que los criterios demográficos para definir localidades rurales, en este caso, no eran de ayuda para cumplir con los objetivos de la investigación. Como lo que se busca es indagar en los significados que tiene el jardín de campo para sus habitantes, era necesario que estos sujetos considerasen a sus propios jardines como ‘jardines de campo’, independiente de si se encuentran en una zona tipificada como área rural o no. De todas formas, por razones logísticas, se seleccionaron comunas de alta población rural como punto de partida, para facilitar así la búsqueda de casos.

En segundo lugar, el factor temporal aparece como relevante en la construcción de la relación que tienen los sujetos con sus jardines. Es por esto que el segundo criterio fue el de considerar casos de familias que tuviesen una vinculación con la vivienda que habitan, de al menos una década.

Cabe destacar que la presente investigación no buscó alcanzar algún tipo de representatividad mediante la selección de la muestra, sino que se buscó generar una indagación exploratoria en base al estudio de casos determinados.

En total, se visitaron 26 jardines que cumplían con los criterios establecidos para los casos – tipo, de los cuales finalmente 22 se trabajaron en el proceso de análisis. Debido al número de casos, había diversidad en las edades y en la composición de los grupos familiares que habitaban los jardines en los que se trabajó. Se profundizó principalmente, como se detallará más adelante, con mujeres que tenían a su cargo los jardines, que siempre asumían el rol de dueñas de casa, y en una cantidad importante de casos además trabajadoras agrícolas, de entre 35 y 90 años. El resto de los sujetos con los que se compartió en el trabajo de campo varía dependiendo de cada caso, pero siempre son algún familiar de la mujer a cargo, siendo lo que más se repite en los casos las parejas, hijos/as y nietos/as de las dueñas de casa.

En algunos casos existió una primera y única visita al lugar, mientras que en buena parte de los jardines se trabajó sobre la base de visitas repetidas e intermitentes en donde se acompañó a las familias en los distintos momentos en que se encontraban en el jardín realizando distintas actividades en el lugar. Así, la muestra final se compone por una variedad de jardines, donde razonablemente, en algunos se alcanzó mayor profundidad en el proceso etnográfico, mientras otros fueron trabajados de forma más superficial.

A continuación, se presenta una tabla resumen de los casos trabajados e incluidos en la presente memoria. Están nombrados por la mujer dueña de casa y jardinera de cada jardín, y se acompaña con una aproximación del número de visitas que se realizó en cada jardín, la localidad a la que pertenecen y el número total de habitantes de las viviendas al momento del trabajo de campo. En todos los casos que fueron incluidos se aplicaron las distintas técnicas descritas a continuación en las distintas reiteradas realizadas en cada caso. Aquellos casos que se mencionó no fueron incluidos en el proceso de análisis, fue debido a que contaron con visitas únicas y de corta duración en donde no fue posible aplicar o profundizar de buena manera en alguna de las estrategias metodológicas propuestas. El número de visitas a cada jardín fluctuó, dependiendo de la disponibilidad de las familias, así como la afinidad lograda con cada familia y también debido decisiones metodológicas de profundizar más en algunos particulares en los esto era posible.

<b>Resumen de casos</b>		
<b>Nombre</b>	<b>Localidad</b>	<b>Habitantes totales</b>
<b>Norma</b>	Alto El Puerto	7
<b>María</b>	Calle Larga	6
<b>Carolina</b>	Calle Larga	3
<b>Catalina</b>	Calle Larga	5
<b>Blanca</b>	Callejón Los Pérez	2
<b>Rosa</b>	Chépica	4
<b>Ingrid</b>	Chépica	4
<b>Martina</b>	El Carmen	4
<b>Claudia</b>	El Carmen	4
<b>Edelmira</b>	El Carmen	7
<b>Dolores</b>	El Cuadro	5
<b>Francisca</b>	El Valle	2
<b>Roberta</b>	El Valle	2
<b>Rosario</b>	El Valle	5
<b>Isabel</b>	El Valle	3
<b>Milagros</b>	El Valle	1
<b>Luisa</b>	Los Briones	5
<b>Yolanda</b>	Los Briones	4
<b>Rita</b>	Rinconada de Jaúregui	6
<b>Gema</b>	San Antonio	5
<b>Sandra</b>	San Francisco	2
<b>Berta</b>	San Francisco	4

Tabla 1: Resumen de casos

### *b. Técnicas de recolección de información*

Como ya se mencionó, se abordó la investigación por medio un acercamiento etnográfico al campo que permitiera conocer el habitar de los jardines y los significados derivados de este. En esta línea, se aplicaron algunas de las técnicas complementarias que se entiende forman parte del método etnográfico (Rockwell, 2009; Guber, 2001).

La observación es la primera técnica a que se utilizó. Se entiende como un “proceso metodológico relativamente desestructurado mediante el cual un observador toma parte en las actividades cotidianas, (...) en que participa la gente estudiada, con el fin de aprender los aspectos implícitos y explícitos de su cultura” (Ferrándiz, 2011, pág. 87).

Es importante destacar que, si bien se planteaba realizar una observación participante, en donde llegar a integrar parte de la vida cotidiana se vuelve un horizonte ideal de participación, se entiende que esto difícilmente se puede alcanzar en un marco acotado de tiempo, por lo que el grado de participación y de observación fueron evaluados en el trabajo de campo mismo, llegando en algunos casos y momentos a mayores grados de participación y en otros siendo una observación más pasiva. Esta técnica se convirtió en la base del trabajo de campo de la investigación, partir de la cual se pudieron aplicar las demás técnicas. En los distintos grados de participación que tuvo, se incluyó como estrategia para poder conocer las prácticas que tienen lugar en el jardín (obj. Esp. 2), así como su composición (obj. Esp. 1). Se utilizó principalmente en el contexto de acompañar a las habitantes de los jardines en las tareas de mantención y cuidados del lugar, así como el participar de instancias cotidianas familiares que se daban en el jardín, especialmente vinculadas a los tiempos comidas familiares.

En el contexto de la observación, se utilizó la estrategia de recorridos comentados o hablados. Esta es una técnica de observación y recogida de datos en un territorio específico (Fragoso, 2010), para conocerlo de manera guiada por sus habitantes, entendiendo, como base, que los sentidos vinculados a estos lugares pueden emerger en plenitud, cuando aparecen en vinculación a sus circunstancias y su localización, de manera situada en el espacio (Campos & Soto-Labbe, 2016). Así, en todos los jardines que se trabajaron, dentro de las primeras visitas, se llevó a cabo el recorrido del lugar comentado por sus habitantes. Al ser aplicada de forma temprana en cada caso, funcionó para obtener un conocimiento inicial del lugar, a partir del cual fue posible profundizar y focalizar el resto del trabajo de campo en cada caso. Además, esta técnica en específico se incorporó como estrategia para alcanzar el objetivo específico 1, que tiene relación con describir la composición de los jardines, pero finalmente arrojó también información valiosa para el resto de los objetivos.

Por otra parte, se utilizó la entrevista etnográfica o no directiva. Se entiende que este tipo de entrevista, más que un espacio formal y delimitado de conversación, a diferencia de otro tipo de entrevistas, corresponde a las conversaciones, de las cuales se obtienen enunciados y verbalizaciones en el contexto de la observación directa y participación (Guber, 2001). Así, este tipo de entrevista fue la estrategia metodológica por medio de la cual se da relevancia y sistematicidad a las conversaciones sostenidas durante la observación. Estas conversaciones, sobre todo a medida que avanzaba el trabajo de

campo, tenían cierta intencionalidad respecto a las temáticas y preguntas planteadas, pero siempre en el contexto de las conversaciones surgidas durante la observación, y no como un momento independiente. Esta técnica fue relevante para acceder a los relatos que tienen los sujetos respecto a su jardín y a los momentos pasados vividos en este lugar, así como también información respecto a las actividades que se desarrollan en el jardín (obj. Esp. 3 y 2 respectivamente).

c. Estrategia de análisis y presentación de resultados

El principal método de registro fue el cuaderno de campo y, en la medida en que el contexto lo permitió sin resultar demasiado invasivo, grabaciones y fotografías. Con estos soportes se trabajó el análisis de los datos, entendiendo que este proceso ocurre durante el trabajo de campo, y no comienza tan solo cuando éste termina, sino que es transversal a todo el proceso investigativo (Rockwell, 2009). Una vez recopilada toda la información, se trabajó mediante la creación y conexión de categorías emanadas de la información obtenida para generar un salto cualitativo en la comprensión y concepción del fenómeno estudiado (Guber, 2013) (Rockwell, 2009).

Para su aplicación se utilizó una estrategia vinculada a las técnicas de análisis temático, que permite la creación de las mencionadas categorías para poder comprender y dar sentido a la información emanada del trabajo de campo. El análisis temático o de temas es un análisis utilizado en la metodología cualitativa, que busca encontrar patrones (temas) dentro de la información producida en el proceso investigativo (Aronson, 1995; Braun & Clarke, 2012). Esto se realiza mediante un proceso de análisis flexible que permite encontrar significados comunes dentro de la data recopilada durante la investigación, a través de un proceso de codificación y producción de temas (Braun & Clarke, 2012).

Para llevar a cabo el trabajo analítico, se leyeron y codificaron los cuadernos de campo; principal registro del trabajo de campo, así como las transcripciones de las entrevistas etnográficas que se grabaron. Luego de la codificación de todo el material, se construyeron los principales temas que agrupan estos códigos. Vale destacar que la construcción de códigos y temas emanó principalmente del material obtenido del trabajo de campo, pero, como es común e importante de explicitar en los procesos de análisis de este tipo (Braun & Clarke, 2012), la lectura de este y la generación de códigos estuvo inevitablemente influenciada por las concepciones teóricas y las interrogantes que guían la investigación, que en este caso estuvieron vinculados a los significados del jardín, emanados del habitar de estos espacios.

Una vez elaborados los códigos y temas, se trabajó en construir un relato etnográfico que los integrara y permitiera dar cuenta de los principales resultados del trabajo de campo y el posterior análisis de la información recolectada. Este relato introduce situaciones y fragmentos de entrevistas etnográficas relevantes para la reflexión que se busca dar, y que se presenta a continuación.

*d. Consideraciones éticas*

El desarrollo de la investigación implicó, en cierta medida, adentrarse en la vida cotidiana y privada de las personas con las que se trabajó y además se recopiló información perteneciente a las biografías de los sujetos, y en muchos casos correspondientes a momentos complejos o dolorosos de sus vidas. Es por esto por lo que fue relevante que los y las participantes estuvieran en conocimiento del trasfondo del estudio desde un comienzo, así como las implicancias de su participación en éste y la voluntariedad de participar del proceso. De igual forma, se conversó y acordó con los y las participantes cómo se trataría la información, en términos de anonimato y/o confidencialidad de esta. Debido al deseo de determinados sujetos de mantener su anonimato, así como la presencia de algunos relatos que son sensibles para quienes los vivieron, se optó por utilizar nombres ficticios al momento de identificar cada caso.

Estas consideraciones éticas, sus objetivos e implicancias, fueron comunicadas y aclaradas con las distintas personas con las que se trabajó.

## Relato Etnográfico



Imagen 1. El Carmen. Jardín de Martina al fondo

### 1. Los lugares

Esta memoria tiene como centro cuáles son los significados de los jardines, vinculados con el habitar de estos lugares en un contexto determinado; en este caso el campo en la zona central de Chile. Estos lugares se abordan entendiéndolos como componentes de los espacios habitacionales de los que forman parte. Los jardines, al ser abordados desde una perspectiva antropológica y centrada en el habitar que se da en ellos, se comprenden como parte de un sistema que no se limita en la vivienda, sino que incluye también las formas de vida y el contexto más amplio en donde se encuentra una casa (Jiménez & Verduzco, 2009, pág. 46), por lo que se hace necesario comenzar con una descripción general de los contextos en que se encuentran los jardines trabajados.

#### a. Calle Larga y el Valle de los Olmos

En la región de Valparaíso, el trabajo de campo se situó principalmente en las localidades rurales del Valle de los Olmos – o simplemente El Valle – y Calle Larga. Ambas se encuentran en la comuna de Petorca, en la cuenca del río Pedernal. El pueblo del Valle de los Olmos es el que concentra la mayor cantidad de población, servicios y actividades de dicha cuenca, teniendo también una mayor conexión con el resto de la comuna (Salazar, 1999), mientras que Calle Larga es un poblado más aislado, internándose en la cuenca, y de menor concentración de habitantes y servicios.

En una cuenca donde existen aún vestigios de las antiguas haciendas que existieron en la zona, y que dan nombre a las localidades cercanas de El Sobrante, Chalaco y Pedernal, tanto el Valle como Calle Larga son lugares que, en contraste, corresponden al régimen de pequeña propiedad agrícola que ha convivido con la gran propiedad rural a lo largo de la historia. El Valle se constituyó como un poblado en el cual principalmente se asentaron los campesinos libres que circulaban trabajando en las haciendas, tal y como se ha conformado la pequeña propiedad agrícola presente en Chile central, producto de grupos de diversas trayectorias – como pueblos de indios, familias libres que ocuparon tierras desocupadas o procesos de desinquinización tempranos – que llevaron a la aparición de

campesinos con pequeñas propiedades (Bengoa, 2015), y que en el caso de El Valle, se ha mantenido así hasta el día de hoy. Calle Larga, en cambio, de acuerdo con los relatos de sus habitantes, en algún momento fue parte del fundo de Chalaco o Pedernal. Dependiendo de quién cuente la historia, un pedazo de terreno fue donado a un privado, o adquirido como ganancia de una apuesta, y posteriormente parcelado y repartido entre algunas familias del sector, fundándose así el pequeño poblado a comienzos del siglo XIX.

En los últimos años, la comuna de Petorca en su totalidad ha tomado notoriedad debido a la escasez de agua y períodos de prolongada sequía que ha vivido. Si bien esta sequía tendría un origen en causas naturales, siendo un fenómeno cíclico no novedoso, se suma a esto un proceso de desertificación reciente, producto de causas bio físicas y humanas, que convierten a los ciclos de sequía acostumbrados en períodos más prolongados y agudos (Carrillo & Olave, 2011). Corresponde, además, a un fenómeno que se instala en una zona en la que hay una desigual apropiación del agua y con presencia de extracción ilegal de ésta, y que ha significado, entre otras cosas, la necesidad de abastecimiento de agua por camiones aljibes, así como dificultades a la pequeña la producción agrícola que, junto con la transformación productiva de la zona, ha derivado en que campesinos del sector deban desempeñarse como trabajadores dependientes en distintos rubros, tanto dentro de la comuna como en zonas cercanas (Panez-Pinto, Faúndez-Vergara, & Mansilla-Quiñones, 2017). Así, la sequía vivida en la provincia la afecta en diversos planos, desde las actividades productivas a las vidas cotidianas de los habitantes del sector, viéndose también afectados los espacios habitacionales y particularmente los jardines. Es importante destacar que la época en que se realizaron los terrenos coincidió con un período relativamente bueno de agua; los dos años previos al trabajo de campo, han sido de recuperación de un período de intensa sequía, con lo que jardines, así como todo tipo de plantaciones y actividades agrícolas, han estado reactivándose, pero siempre dentro de un contexto de continua escasez hídrica.

Si bien el Valle de los Olmos puede considerarse como una sola unidad si se piensa en oposición a poblados aledaños como Chicolco o El Sobrante, en su interior está compuesto por un conjunto de subsectores, dentro de ellos el propio Valle de los Olmos, pero incluyendo también otros, como el Callejón los Briones, Callejón los Pérez y Alto del Puerto. Cada uno de estos refiere a alguna calle o camino, que están conectados entre sí y que, o bien siguen la ladera del cerro del Cristo (o de la Cruz, entre otros nombres entregados al cerro en torno al cual se ha ido habitando la zona), o son callejones que nacen de los caminos principales. Es por esto que los distintos sectores están tan próximos entre sí que a veces se les trata como una sola unidad que se nombra homogéneamente bajo el nombre del Valle, pero para sus habitantes la distinción entre uno y otro lugar es importante; las personas que viven en los Briones, por ejemplo, no se consideran habitantes del Valle, pese a que estén a escasos pasos un sector del otro, y que parte de las vidas cotidianas de los habitantes de Los Briones, como acceso a locomoción, servicios, familiares y amigos, estén en El Valle.

Al ser una zona de pequeña propiedad agrícola, y de una relativa alta concentración de habitantes, hay casas próximas las unas de otras, con extensiones de terreno pequeñas y

medianas, y donde muchas de ellas, principalmente las del Valle de los Olmos y de Alto el Puerto, se encuentran construidas en la ladera de algún cerro. Las familias con las que se trabajó en esta comuna en general habían vivido gran parte de su vida en el Valle, ocupando las mismas viviendas por largos períodos. Por esta misma ocupación sostenida en el tiempo, es que es común que los habitantes se conozcan entre sí, manteniendo muchas veces relaciones de parentesco, amistad y/o laborales, entre otras.

Calle Larga, por su parte, es un sector considerablemente más pequeño y menos poblado, en donde las casas se distribuyen principalmente a los costados de la 'calle larga', que es un extenso callejón sin salida. Paralelo a este callejón, está el camino principal, que va hacia la localidad cordillerana de Pedernal, y hay dos callejones que unen a ambas calles principales (la calle larga y el camino a Pedernal). Calle Larga tiene límites claros; el río Pedernal, el camino hacia Pedernal ya mencionado, y el comienzo y fin de la calle larga que da nombre al sector, y es dentro de estos límites que se concentra la población del caserío.

Al igual que en el Valle, los habitantes del lugar se conocen entre sí, y los vínculos de parentesco son comunes, al ser un poblado pequeño, aislado y donde las mismas familias habitan el sector hace varias generaciones. Los únicos servicios e instituciones establecidas de Calle Larga son un pequeño almacén, la escuela, la capilla – en construcción y sin uso – y la sede de la Junta de Vecinos. El resto del poblado está formado por una pequeña plaza, viviendas y la ladera del cerro en donde algunas familias crían cabras que deambulan libres por la localidad. Al ser una zona de pequeña propiedad, además de tener límites de terreno muy claros y estrechos, las casas se encuentran cercanas unas de otras, pero aquí es más clara la presencia de parcelas para la pequeña agricultura que en El Valle, en las casas que deslindan con el río y que tienen terrenos mayores, pero estando estos terrenos productivos desde hace algunos años sin uso, debido a la sequía.

*b. Chépica, San Antonio, El Carmen, el Cuadro y San Francisco y Rinconada*

En la provincia de Colchagua, los casos se distribuyen en las localidades de Chépica, El Cuadro, San Antonio, San Francisco y la Rinconada de Jáuregui. Chépica es la localidad que da nombre a la comuna que alberga a todas estas localidades, y es también su centro urbano, mientras que los demás son pequeñas concentraciones de casas, que tienen su origen en la tradición hacendal del sector.

El pueblo de Chépica es la mayor concentración urbana de la zona, encontrándose en él una iglesia, escuelas, supermercados, un banco y cajero automático, recintos donde comer y distenderse, la municipalidad, biblioteca, transporte y colegios, entre otros servicios que hacen que las personas de toda la comuna estén constantemente yendo al pueblo. En las cuadras centrales de Chépica se concentran todos estos servicios, así como las casas más antiguas, de los tiempos de la hacienda de la familia Del Real. En las cuadras más periféricas aparecen más viviendas, algunas antiguas y la mayoría de origen más reciente – incluidas poblaciones construidas tras el terremoto – y es en estas afueras de Chépica donde empiezan a observarse jardines más llamativos que en el sector

central, así como también terrenos dedicados a la agricultura, que rodean por completo el pueblo.

Todas las demás localidades se encuentran al sureste de Chépica, y están distanciados entre sí por pocos kilómetros. Yendo desde Chépica, distante de 6 kilómetros aproximadamente por el camino que se dirige hacia sur, el caserío más cercano al pueblo es el Cuadro. Siguiendo el camino, se encuentra el cruce San Antonio, que conecta con un camino interior donde se encuentran el resto de las localidades. A pocos metros del cruce está San Antonio, y menos de un kilómetro siguiendo por el camino se encuentra la localidad de El Carmen. El único límite que permite diferenciar entre un poblado y otro está dado por un puente y por una bifurcación en el camino. San Francisco y la Rinconada se encuentran siguiendo la misma ruta de los poblados anteriores, siendo cercanos entre sí, pero a la vez son las localidades que más distanciadas quedan de la capital comunal.

Toda la zona está marcada por la tradición agrícola y la historia hacendal. De acuerdo a sus pobladores, los distintos poblados se encuentran en terrenos que solían pertenecer a las grandes haciendas que existían en el sector. Es por esto que los tiempos de las haciendas y el trabajo de inquilinato siguen siendo en un pasado reciente para los habitantes, que en algunos casos vivieron procesos de reforma agraria, y en otros los antiguos fundos desaparecieron por disputas familiares de los dueños. La reforma agraria y el fin de las grandes haciendas tradicionales rompió con las relaciones sociales de larga duración que existían en el medio rural, al terminar con el inquilinaje y traer grandes procesos de cambio (Valdés & Rebolledo, 2015). La mayoría de las familias con las que se trabajó corresponden a antiguos trabajadores de las haciendas que solían haber en el sector, y que en general se han mantenido viviendo en los mismos terrenos y viviendas donde vivían sus familias en aquellos años, por lo que crecieron en una realidad rural distinta y recuerdan este anterior régimen de vida, siendo así que los recuerdos y alusiones a estos tiempos surgen de forma cotidiana en las conversaciones que sostienen al hablar sobre los lugares que hoy habitan.

Posterior a esto, los procesos de contrarreforma agraria terminaron de reconfigurar el espacio rural, reordenando la estructura agraria, las relaciones laborales y las formas de poblamiento, donde además se promovieron la expansión de las empresas exportadoras, mientras que el Estado congeló sus políticas de promoción campesina y el mercado se transformó en el eje articulador del desarrollo agrario y rural que contribuyó a la concentración de la propiedad de la tierra (Valdés & Rebolledo, 2015). Así, nos encontramos con una comuna en la que actualmente, la principal actividad económica del sector es la agricultura, con una base económica agrícola, a cargo de grandes y medianos propietarios que se dedican principalmente a la exportación de productos agrícolas y a la vitivinicultura, siendo la principal fuente de empleo de la comuna (Berdegué, Jara, Modrego, Sanclemente, & Schejtman, 2010), lo que se traduce que una gran cantidad de sus habitantes se dedican al trabajo de temporada en las distintas faenas agrícolas.

Otro antecedente histórico relevante para hablar de los espacios habitacionales del sector es el del terremoto del 27 de febrero de 2010, que afectó fuertemente la zona, pudiendo verse hasta día de hoy casas abandonadas y derrumbadas, donde sus consecuencias

inmediatas fueron que “el 60% de las viviendas están inhabitables y del templo de San Antonio de Padua queda solo en pie la torre central. El acceso a agua potable se ha visto restringido tanto por problemas de ruptura de redes como por el impacto que los cortes de energía producen en los sistemas de bombeo a nivel rural” (CEPAL, 2010). Resulta relevante mencionar este sismo, pese a su lejanía temporal, debido a que en muchos de los casos trabajados, las viviendas sufrieron graves daños. Así, marca un hito en el cual viviendas de muchos años de historia se vieron parcial o totalmente destruidas, así como abre un largo proceso de reconstrucción que incluso hasta hoy no se ha finalizado y que ha modificado de forma significativa las viviendas. Este terremoto es un tema que hasta el día de hoy suele aparecer en los relatos de las personas al hablar de sus hogares y sus jardines.

Actualmente, todos estos lugares son pequeños asentamientos o caseríos, de pocos kilómetros de extensión de casas a los costados del camino principal, con la presencia de algunos callejones internos. En algunos de ellos, como El Cuadro, San Antonio o la Rinconada de Jáuregui, es posible encontrar una escuela y una capilla, y en todos existe algún almacén pequeño, usualmente un negocio informal dentro de la vivienda de alguna familia. Esos son todos los servicios a los que se puede acceder dentro estos poblados, por lo que sus habitantes están constantemente viajando a Chépica, Santa Cruz, Teno o Curicó, ciudades cercanas con las que existe bastante conexión, a excepción de las localidades de San Francisco y las Rinconadas, que, a diferencia de las demás, cuentan con poca frecuencia de buses hacia las ciudades cercanas.

Al igual que en el caso de la comuna de Petorca, es común que las personas conozcan a la totalidad de los habitantes de la localidad en donde viven, a excepción del pueblo de Chépica, y también conocen a los vecinos de los poblados aledaños, debido a que en su mayoría son familias que llevan habitando la zona desde hace varias generaciones y los vínculos de parentesco son comunes entre los habitantes de la comuna.

Ambas comunas en las que se trabajó pueden entenderse como sectores rurales, atendiendo a distintos criterios que son utilizados para definir la ruralidad. Se puede considerar, entre otros factores, la preponderancia de la producción agrícola para Chépica, y el aislamiento y densidad poblacional para Petorca, como criterios para considerarlas comunas rurales (Berdegué, Jara, Modrego, Sanclemente, & Schejtman, 2010). Pero también son dos zonas con mucha diversidad en su interior y con grandes diferencias entre ellas. Si bien la ruralidad, particularmente el territorio del denominado Valle Central, comparte hasta cierto punto una historia y forma de vida en común que lo convierten en uno de los principales representantes de lo rural en el país (Bengoa, 2015) no por esto representa una realidad homogénea en todo el territorio.

Frente a esta diversidad, se vuelve relevante que un criterio de selección de casos fuera el que las y los sujetos con quienes se trabajó se auto identificaban con la idea de ‘vivir en el campo’, sin adentrarse en la discusión sobre qué es efectivamente el campo y la ruralidad hoy, ni cómo se debe definir. Así, si bien la selección de casos estuvo intencionada por la elección de comunas rurales, el criterio de auto adscripción primó, y permitió la incorporación de cierta diversidad en los distintos contextos con los que se trabajó.

Independiente de esta diversidad, una de las constantes en todos los sectores visitados fue la presencia de jardines llamativos adornando las calles de las distintas localidades, así como personas pasando el tiempo en ellos. La presencia de jardines es una realidad en las zonas rurales, forman parte del paisaje visual con el que uno se enfrenta al recorrerlas y son uno de los tantos espacios que se habitan en estos paisajes, y toca ahora adentrarse en ellos y en lo que se pueda encontrar en ellos.

## 2. El jardín



Imagen 2. Jardín de María

Como se mencionó, en el campo, o al menos en los sectores que se visitaron, es innegable la existencia de jardines que, ya sea por lo colorido de sus flores o por algún aroma especial, capturan la atención de quién pase por fuera de ellos. Más de una vez, al preguntar por jardines interesantes de conocer, había algunos que eran la respuesta de más de un vecino, como el de Dolores (El Cuadro), el cual personas distintas me recomendaron ir a visitar, pues es famosa en el sector por el cuidado que daba a su jardín. Similar ocurrió con el caso de Martina, quien, al contarle qué estaba buscando jardines para conocer, respondió muy segura *“¡obvio que tenía que ser mi jardín entonces!”* (Martina, 35 años, El Carmen). Esto pues su vivienda es muy llamativa en El Carmen, al contrastar con sus vecinos por la gran cantidad de plantas y flores que adornan el lugar, y que fueron precisamente las que me hicieron acercarme por primera vez a esa vivienda y que hacen que sus vecinos y su familia reconozcan a la mujer por el cuidado que pone en su jardín y lo bello que es, no dejando indiferente a nadie que pase junto a él.

Pero también hay jardines que, por el contrario – y que han de ser la mayoría de los casos – se pueden pasar por alto fácilmente al pasar a su lado, pues no se diferencian ni destacan a simple vista, y otros que van más allá y parecen lugares vacíos o que no se utilizan mayormente. El jardín de María (imagen 2), en Calle Larga, es un ejemplo de estos últimos. Desde fuera, no pareciera que dentro del jardín existan mayores dinámicas ni componentes relevantes, más que un par de árboles descuidados que dan la idea de estar ahí por accidente al no diferenciarse de los que se podrían encontrar en la calle, algunas plantas en maceteros sobre el suelo de tierra, y una serie de materiales varios repartidos en la parte trasera del jardín.

Pero basta con pasar un tiempo en este jardín para darse cuenta, por ejemplo, que muchos de estos materiales corresponden a herramientas con las que María se dedica a hacer pan amasado, su principal fuente de ingresos, y que la hace conocida en las

localidades aledañas a Calle Larga. O que algunos de los maceteros que se utilizan para esas plantas son desechos que la familia recoge del río y convierte en decoraciones del jardín; como una taza de baño o un par de botas viejas. Conociendo cómo la familia utiliza en su cotidianidad el jardín es que una puede descubrir que uno de esos árboles que pueden resultar no muy llamativos es un espino. Este es muy apreciado por toda la familia, porque en primavera es el lugar favorito de todos para sentarse a esperar que esté listo el pan, por el aroma que desprenden sus flores. También se puede descubrir que otro de los árboles, un litre, es vital pues da sombra a la inmensa colección de plantas, cactus y suculentas de María y su esposo, Juan. Estas pasan desapercibidas por estar un poco camufladas por la pirca del terreno y, especialmente, porque las personas suelen alejarse de ese árbol por la alergia que produce en la mayoría de las personas. Al respecto, María asegura que este árbol no da alergia, pues *“no quiere”* (María, 67 años, Calle Larga), en un adelanto de los personajes no humanos que se pueden encontrar en los jardines y que se desarrollarán más adelante. También con pasar un tiempo en el jardín se puede entender que cerca de la mitad del terreno, un sector que parece abandonado y sin ningún uso, en realidad no se interviene pues está reservado para la yegua de la familia, que en algunos períodos del año trasladan a los terrenos de un familiar de María, siendo el único momento en que la familia ingresa a esa zona. En las épocas en que se dieron las visitas a esta familia, este sector era tratado con incluso más cautela, pues el animal estaba preñado, y luego acompañada de su cría de pocos meses, por lo que era aún más necesario darle su espacio. Así fue como la imagen que tenía de este jardín fue mutando en el tiempo, pasando de ser un espacio que no me parecía tuviera mayor llamativo y en donde la mitad del terreno parecía estar abandonado, a ser un lugar en donde los distintos elementos que existían ahí fueron teniendo una explicación o sentido del porqué de su existencia.

Así, si bien es cierto que muchos jardines tienen un atractivo estético y su belleza es una cuestión importante para las personas que los mantienen, estos lugares tienen también mucho más que tan solo un atractivo visual, y en todos los casos trabajados, al poder conocerlos de forma guiada por sus habitantes, fueron mostrando una complejidad mayor que aquella al momento de acercamiento inicial. Cabe destacar en este punto la importancia de la realización de una investigación situada y con enfoque etnográfico, que permitió poder acceder en cierta medida a esta densidad presente en los jardines. Fue precisamente el conocer estos lugares desde la perspectiva de sus habitantes lo que permitió relevar los distintos elementos y actividades que albergan, y que inicialmente eran invisibles. Se abren así estos lugares a la existencia de una densidad en ellos que no es posible detectar desde una mirada externa y desligada de cómo sus habitantes realizan sus vidas en el lugar, ni desde una estrategia metodológica que no haya estado situada en los mismos jardines, pues no habría permitido acceder a las experiencias etnográficas en ellos que escapan a otras técnicas como, por ejemplo, la información posible de recopilar a través de entrevistas sobre el jardín pero sin estar situadas en él.

a. Escenarios del jardín

Esta complejidad que comienza a aparecer se manifiesta en que en cada jardín ocurren muchas cosas, hay distintos sectores y actividades en juego en él, así como múltiples habitantes que interactúan en el lugar, y es importante poder tener una imagen de esto, comprender la composición de los jardines. Si bien fueron casos con alta diversidad entre sí, en los distintos jardines se presentaron ciertos componentes, actividades, funciones y sujetos, que se podían observar en todos o en una parte importante de los casos trabajados. Estos pueden agruparse y ordenarse bajo la figura de los *settings* del jardín; entendidos como los distintos escenarios o escenas posibles de encontrar en una vivienda, espacios parciales que permiten a sus habitantes cumplir alguna función (Rapoport en Coolen & Meesters, 2012). De este modo, son subsectores del jardín en donde se llevan a cabo determinadas actividades, que contienen componentes característicos y/o en donde están presentes e interactúan ciertos habitantes del lugar.

La identificación de estos escenarios sirve para dar orden a toda esta complejidad presente en el jardín, y a través de ellos se hace posible presentar los distintos habitantes, componentes y prácticas que están en juego en el lugar. A continuación, se describen los seis principales escenarios que se observaron en los distintos casos trabajados. En algunos cobran más importancia los habitantes involucrados en ellos, mientras que en otros sus componentes materiales o sus prácticas son aquello que más los caracteriza. En algunos casos son escenarios que están concentrados en un solo sector físico, mientras que otros están dispersos por el jardín. Pese a esta diversidad de cómo es cada *setting*, es posible comprenderlos como los grandes componentes del jardín y a través de ellos conocer cómo está constituido el jardín.

- Las plantas y animales

En primer lugar, la presencia de plantas y animales aparece como una realidad fundamental en los casos revisados, y puede entenderse como un primer escenario. Ningún jardín visitado escapaba a esta característica, y en más de una ocasión las personas medían o caracterizaban su jardín exclusivamente de acuerdo a cuántas plantas tenían, o que tan bonitas eran estas; con comentarios como *“no, si mi jardín es un jardín pobre, con poquitas plantas”* (Claudia, 34, *El Carmen*) o *“no, yo no tengo jardín, si no tengo casi flores”* (Sandra, 73, *San Francisco*). Tanta es la importancia de las plantas que, en los discursos de los habitantes humanos, su existencia solía aparecer como un elemento fundamental de los jardines y las viviendas. Si bien la variedad de especies, la distribución, las razones de por qué existen ahí, son muy variadas entre un jardín y otro, el tener plantas en estos lugares siempre se muestra de gran importancia para los hogares, pues *“una casa sin plantas es como una casa sin niños, es una casa sin vida”* (Rosario, 61, *El Valle*), *“es como que no viviera nadie si no hay plantas en el jardín”* (Claudia, 34, *El Carmen*). Las plantas son cruciales dentro de un jardín para que este pueda incluso ser considerado como tal; sin plantas no hay jardín.

Ocurre distinto con los animales en la mayoría de los casos. Si bien las plantas pueden estar disgregadas por todo el jardín, existiendo algunos sectores dedicados exclusivamente a ellas y otros en donde su presencia es menos predominante, los

animales domesticados o de compañía suelen estar relegados a un sector específico. Las gallinas y aves en general suelen estar en un gallinero, caballos atados o en un sector específico, perros y gatos – dependiendo de sus comportamientos – pueden tener mayor libertad de circulación. Las razones de esto varían, ya sea debido a que los animales interfieren y entorpecen con el uso del jardín si están circulando de forma libre, pueden ensuciar o destruir el lugar, pueden escaparse o son animales peligrosos que necesitan estar amarrados, son algunas de las razones de la restricción del uso de espacios que se permite a los animales del jardín.

Algo que destaca es que si los animales están libres circulando por el jardín, es inevitable que las plantas sufran las consecuencias, *porque “con los pollos imposible tener flores, se las comen todas” (Carmen, 65, los Briones)*, algo que muchas de las personas con las que se trabajó tenían claro. Animales – en particular las aves domésticas– con plantas no suelen ser buenos compañeros, por lo que, en los casos abordados, eran los unos o los otros los que tenían más peso en el jardín; o son jardines de plantas o son jardines de animales, en el sentido que uno u otro son lo que más abunda en el lugar, sin significar que sean de existencias totalmente excluyentes. En los jardines visitados, solían predominar las plantas – solo en tres casos los jardines estaban marcados por la mayor existencia de animales – lo que se puede vincular con lo fundamental de las plantas para la existencia del jardín, mientras que los animales son habitantes importantes del jardín, pero no pasa por su existencia en el lugar el que el jardín pueda ser definido como tal, como sí ocurre con las plantas, cuya existencia es condición de existencia para los jardines.

En otra línea, es importante introducir que la existencia de plantas y animales siempre está asociada a su necesidad de cuidados que entregan las personas que habitan la vivienda, como condición para poder sobrevivir. Este es un elemento que marca los jardines, y que necesariamente va de la mano con el compartir diario y cercano con las plantas y animales que se tienen a cargo, porque *“si uno no las cuida, se mueren, hay que estar todos los días haciéndoles algo, a lo menos un poco de agüita, como mínimo” (Carolina, 80, Calle Larga)*. Esto se traduce en prácticas de mantención del jardín tales como riegos, abono, podas, cuidados de la tierra, alimentar a animales, entre tantas otras que varían en cada jardín, y que significan actividad constante entorno a animales y plantas. Al preguntar qué tareas implica el jardín, en un comienzo las respuestas eran cortas, se reducían a respuestas del tipo *“regar y limpiar a veces” (Martina, 35, El Carmen)*. Rita responde que la única tarea que realiza en su jardín es regar, pese a que también reconozca que *“se tiene que pasar harto tiempo aquí, es harta pega el jardín”*, en especial uno como el suyo, que es amplio, con dos grandes jardineras llenas de plantas, árboles y arbustos que llenan el lugar. Pero cuando comienza a arreglar un macetero, empiezan a surgir las múltiples tareas además del riego que implica el jardín;

*hay que cambiar la tierra de los maceteros, porque se va gastando. Pa’ eso tengo que ir atrás con la carretilla a buscar la tierra. Y claro, también hay que picarla y moverla, en esas jardineras, por ejemplo, ahora me va a tocar hacer eso porque está toda apretada la tierra (Rita, 39, Rinconada de Jáuregui).*

Y así, a medida que Rita va realizando pequeñas actividades en el jardín, sigue llenándose la lista de labores que deben llevarse a cabo. Era común que las actividades de mantención que implica el jardín, y que varían caso a caso, solo aparecieran a medida que se realizaban; fuera del lugar y de los momentos de trabajo en el jardín estos trabajos parecen ser algo tan cotidiano o interiorizado que quienes los realizan no logran identificarlos fácilmente.

Por último, hay que destacar que, en general, estas labores de cuidado quedan a cargo de una mujer. En tres jardines esto no era así, sino que era una pareja la que declaraba que se hacía cargo de forma conjunta del lugar, mientras que en el resto de los casos, quien realizaba la mayor parte del trabajo de mantención del espacio era la mujer dueña de casa, ya fuera llevando a cabo la mayoría de las labores necesarias o distribuyendo y delegando algunas actividades a familiares u otros. De esta forma, en la mayoría de los jardines la existencia de plantas y animales está estrechamente vinculada a una persona, a una mujer en particular, quien vive una relación más intensa con los habitantes no humanos del jardín producto de esta interacción constante con ellos, que se distingue de las interacciones que el resto de los humanos relacionados sostienen con este escenario del jardín.

- El estar

Un segundo escenario que también se encuentra en todos los jardines visitados, es uno que si bien su forma varía caso a caso, tiene como elemento en común el hecho de ser un sector destinado a pasar tiempo en el jardín, de habitar el lugar; son áreas de reposo, de descanso, de estar. Como en el caso de la vivienda de Edelmira (83, El Carmen), que quedaba de camino a la casa que me recibía en mis terrenos en la zona, por lo que pasaba por ahí todas las tardes al volver. Todos los días ella y su pareja, Urbano, estaban sentados en su patio. Él sentado en una mecedora bajo la sombra de una parra de uvas, mientras Edelmira solía encargarse de regar y arreglar algunas plantas, o preparar la mesa para el té. Al verme me solían invitar a pasar y me quedaba a tomar once o a conversar un rato con la mujer y su marido, y con cualquiera de las visitas que solían pasar a visitar a esas horas. Durante todos esos días, me recibían a mí y a toda persona que llegara en el jardín, sin importar que fuera en los meses de verano o de invierno; y nunca llegué a conocer el interior de la casa más que el baño, y tampoco vi que nunca nadie fuera invitado a pasar.

Escenarios como el presente en el jardín Edelmira hay en todos los casos que conocí. Si bien cambia su forma, pudiendo ser un corredor, una mesa bajo una parra, sillas en algún lugar a la sombra, una terraza, entre otras, siempre existe un sector en donde poder instalarse en el jardín, reunirse con la familia y visitas o simplemente pasar el tiempo en él. Es un escenario que se define por el uso que se les da. Aquí es donde la mayoría de los habitantes de la vivienda pasan una parte importante del día, realizando distintas actividades que este escenario permite, como María (67, Calle Larga), que pasa muchas de las tardes en su corredor tejiendo o haciendo alguna manualidad, Yolanda (45, Los Briones) que se dedica a partir nueces en su terraza, Isidora (8, Calle Larga) que en el corredor juega y hace las tareas. Además, es común que este escenario funcione como

cocina y comedor en determinados momentos del día, convirtiéndose en el punto de reunión a las horas de las comidas, particularmente en los meses más calurosos.

Todas estas actividades, propias de este *setting*, dan cuenta de cómo es un sector del jardín, si bien es físicamente externo a la casa, funciona como si fuera parte de la vivienda misma. Es en este sentido que efectivamente se puede observar como el jardín funciona como una pieza más de las casas, que tiene funciones y usos cotidianos que lo hacen igual a cualquier cuarto interior de la casa, con los que solo se distingue por su condición de exterioridad (Gómez, González, & Doña, 2014, pág. 75), y, al menos en los jardines en los que se trabajó, se puede considerar que son una de las habitaciones de mayor importancia de la vivienda, pues el tiempo que se está en estos lugares es considerable en relación al uso del resto de la casa.

Además, al ser un punto de reunión y de compartir, que permite una serie diversa de actividades realizadas por los distintos habitantes – humanos – de las viviendas así como recibir a sujetos ajenos a la casa, se convierte en uno de los escenarios que acoge a la mayor cantidad de habitantes y visitantes – humanos – dentro del jardín y de la vivienda. Es un sector que se caracteriza por acoger a todos los miembros de la familia que habita la casa y sus visitas, en las distintas labores que requieran o deseen llevar a cabo, sin existir limitaciones para quienes acceden, ya sea por edad o género, como sí ocurre en otros escenarios del jardín.

- Sectores de niños y niñas

A diferencia de los dos primeros escenarios, que están presentes en todos los casos trabajados, y que corresponden a sectores, actividades y elementos tan propios del jardín que su existencia parece obvia – siendo esto mismo lo que los convierte en elementos centrales de qué es un jardín – hay también otras escenas que, si bien no existen en todos los jardines visitados, cuando están presentes son relevantes para las dinámicas que se dan en cada lugar.

Entre estos escenarios podemos encontrar, en primer lugar, que en las viviendas en donde viven niños y niñas, el jardín se convierte en espacio de juegos en donde los menores pasan parte de sus días y construyen sus propios sectores en el jardín. Por ejemplo, para Camila (11 años, Los Briones) su elemento favorito del jardín es una ‘casa’ que ha ido construyendo al costado de su propia vivienda. Este sector de juegos consiste en un par de pallets que son el suelo de la casa, y cortinas que sirven que hacen las veces de paredes y un techo de lona. Dentro hay una pequeña cama, electrodomésticos de juguetes, cajas y restos de madera varios que funcionan como muebles. Camila con el tiempo ha acumulado elementos para llenar su casa de juegos, que es donde pasa gran parte de sus tardes después del colegio, y es motivo de gran orgullo para la niña. Otra cosa en la que la pequeña ocupa su tiempo en su gran colección de bolitas, con las que juega entre los distintos desniveles del suelo de tierra frente a la casa de sus abuelos, que está en el mismo terreno y comparte jardín con la casa de Camila y su madre. Ahí mismo es donde alguna vez su tío abuelo Raúl, mientras excavaba en la tierra, encontró enterradas algunas canicas de piedra que pasaron a agrandar la colección de la niña, y

que su abuelo asegura que eran de él en la época en que era niño y vivía en la misma casa.

Cerca de su casa vive Norma (64, Alto el Puerto), junto a sus hijos y nieto, un niño de poco más de un año que en el momento en que lo conocí jugaba a martillar clavos en las sillas del patio, pese a que fuera tarde y ya hiciera bastante frío. Su abuela explicaba que el pequeño llora cada vez que lo hacen entrar a la casa, como efectivamente hizo cuando sus padres lo entraron para darle comida, pues el jardín es el único sector de su casa donde le gusta estar, jugando con cualquier entretención que pueda encontrar en él.

Varía cómo la presencia de niños y niñas puede evidenciarse en el jardín. Puede ser como el caso de Camila, en que un sector determinado concentra la mayoría de sus pertenencias y ahí es que la pequeña pasa gran parte del tiempo en que juega en el jardín, o como el caso del nieto de Norma, donde hay juguetes repartidos por el jardín que advierten que es un lugar habitado por niños. Ya sea con una bicicleta estacionada a la entrada del jardín, en verano la presencia de piscinas plásticas pequeñas, muñecas en el suelo o sobre alguna mesa o tantas otras pistas que el jardín entrega de la presencia de niños y niñas en él. De una u otra manera, niños y niñas dejan claro en el lugar su existencia, marcándolo con sus pertenencias, así como dándole usos y significados propios al jardín. Y así como dejan huella en el lugar, el jardín se vuelve relevante para los más pequeños, al ser en donde pasan una parte importante de su infancia, constituyéndose como un lugar significativo en su día a día, así como a futuro, los jardines en los que transcurrió la infancia suelen convertirse en lugares que tienen asociados significados y memorias especiales en la adultez (Francis, 1995, pág. 2).

#### - Altares y grutas

También fue común la constatación de pequeños altares o grutas dedicados, al menos todos los observados, a la virgen María. Ya sea dentro de una pequeña construcción de greda en el suelo, en un altar posicionado sobre una mesa o al interior de algún tronco hueco presente en el jardín, se puede encontrar una estatuilla de la virgen, rodeada con flores, fotografías, velas y objetos varios que suelen tener que ver con las familias que construyen la gruta; como los juguetes de un hijo fallecido que Edelmira (83, El Carmen) tiene a los pies de la virgen de su patio.

Estos espacios también recaen bajo el cuidado de una persona en particular, la misma encargada del jardín y de toda la casa, que se ocupa de la limpieza de la gruta, la renovación de sus flores y su estado en general. Las prácticas vinculadas al culto y la dimensión religiosa que conlleva este escenario, en cambio, suelen involucrar a todo el grupo familiar o habitantes de la vivienda. Estas prácticas varían en cada familia, pudiendo ser rezos diarios para los que se reúne la familia en algunos casos, o familias en donde de forma independiente cada integrante tiene sus ritos individuales en torno a la virgen, de modo que su presencia incluso puede pasar desapercibida en ocasiones. En la casa de Luisa (65, Los Briones) ocurre esto. Cerca de la reja de entrada hay una gruta en el suelo de no más de medio metro de alto. Al estar ubicada cerca de la entrada no suelen haber personas permaneciendo cerca de la gruta, pues es un sector de tránsito dentro del jardín en donde la gente solo circula al entrar o salir del lugar, y además se encuentra

alejada de la casa. Pero no por esto la gruta deja de estar adornada con flores y velas. Luisa se preocupa constantemente del estado en que se encuentra el pequeño altar, pese a que no todos los días alguien se acerque a él a rezar o *“conversar con la virgen”* (Luisa, 65, *Los Briones*); que es para lo que la mujer explica que se van las personas a la gruta. De esta manera, no por ser muchas veces discretos esto significa que sean de poca importancia para sus habitantes, al ser elementos que están fuertemente vinculados con su vida espiritual.

Hay casos en donde estos escenarios cobran importancia mayor en determinados momentos, como ocurre en la comuna de Petorca, en donde cada año, desde el 15 agosto – en la festividad de asunción de la virgen – la Virgen Peregrina de la Merced de Chicolco circula por las localidades cercanas a Chicolco, quedándose cada noche en la casa de alguna familia, pasando así por las viviendas de todos quienes quieran recibir a la Virgen. Cada una de esas noches se celebran las veladas a la virgen, en donde las familias reciben en sus casas a la comunidad que celebra y acompaña noche a noche a la virgen, con rezos, bailes chinos, cantos tradicionales y alimentos. Hay veladas que se realizan dentro de las casas, pero muchas son afuera, momento donde el jardín se vuelve en lugar de encuentro y sobre todo de culto a la virgen, como ocurre en la misma casa de Luisa. El día que la virgen se queda en su vivienda, la pequeña gruta que puede pasar desapercibida el resto del año está especialmente decorada, y *“hacemos mote con huesillo para todos los que venga, se llena acá de gente, todos quieren venir cuando le toca a la virgen acá”* (Luisa, 65, *Los Briones*). Así, en los jardines también pueden encontrar su lugar las manifestaciones religiosas y momentos de veneración a lo divino, ya sea de forma cotidiana en los altares y grutas, o siendo el escenario de festividades como estas.

#### - Huertas

Dentro de los jardines es común la existencia de huertas rurales, que se pueden entender como *“un agroecosistema con raíces tradicionales donde habita, produce y se reproduce la familia campesina. Está integrado por árboles, además de otros cultivos y animales que ocupan espacios a menudo reducidos y, que están ubicados en las cercanías de las viviendas”* (González en Moctezuma, 2010). Está dedicada a la horticultura, donde se producen alimentos usualmente destinados al consumo del hogar, y en algunos casos para la venta a pequeña escala y/o el intercambio con familiares y conocidos del sector.

La presencia de las huertas se presenta como un escenario aparte, que no cabe dentro de aquel correspondiente a la presencia de plantas y animales en el jardín mencionado anteriormente, pues la huerta existe como un sector claramente delimitado dentro del jardín, en tanto conlleva actividades propias de su realidad que no se dan en el resto del lugar, así como siempre cuenta con barreras, como rejas o algún tipo de malla que la separan físicamente del resto del jardín y la vivienda. Así se transforma en un escenario que si bien se caracteriza por la presencia de plantas, se diferencia de las demás que hay en el jardín tanto por las prácticas particulares que ocurren en la huerta, y no en el resto del jardín, como por una delimitación física que la constituye como un escenario aparte, cuya realidad específica no se aborda completamente al referirse a la generalidad de las plantas del jardín.

Como se esbozó en los antecedentes, las huertas rurales son un espacio que ha sido ampliamente estudiado desde una gran variedad de disciplinas y temáticas, aunque con una minoría de abordajes que las comprendan como fenómenos sociales (Hernández M. , 2010; Núñez, 2014). De esta forma, se puede afirmar que los huertos son objetos de investigación en sí mismos, siendo que muchas veces su existencia es independiente y sin conformar parte del jardín, por lo que no se pretenden abordar de forma exhaustiva dentro del contexto de la presente memoria. Pero sí se abordan en tanto son un escenario observado en los casos trabajados, y que fueron descritos por los y las gestores de distintos jardines como un componente más de estos lugares, por lo que se incorporan de la misma manera que se hace con los demás escenarios.

En ese contexto, cabe destacar que en la huerta, si bien es posible identificar la misma dinámica del resto del jardín, estando al cargo de la mujer que cuida el jardín y mantiene el resto de la vivienda, es un sector en donde es posible apreciar más actividad masculina que en el resto del lugar en relación su cuidado y mantención. Esto se explicaría por la presencia de labores más 'pesadas' que requiere el huerto, y que se suelen asignar a los hombres de las familias. Así es, por ejemplo, en la casa de Gema (49, San Antonio), en donde, al fondo del jardín y separado por una reja se extiende la huerta. Cerca de la mitad del jardín está destinado a este escenario, en donde la familia produce mayoritariamente maíz, además de tomates, pimentones, zapallos y algunas otras plantas que varían año a año dependiendo de las decisiones y posibilidades que tenga el hogar cada temporada. Este es el único sector del jardín en donde participan todos los hermanos de Gema, pues el trabajo de picar y arar la tierra, así como cosechar todo *"es mucho pa' mí sola, ahí le digo a mis hermanos que me ayuden, si no se pierde todo porque no alcanzo a cosechar todo yo o a hacer la tierra"* (Gema, 49, San Antonio). Pero es siempre Gema quien indica los tiempos en que hay que sembrar y cosechar, así como las tareas que son necesarias de llevar a cabo durante el año.

Lo mismo ocurre en la casa de Ana, quien también tiene un sector del jardín que dedica a su huerta, en donde le gusta sembrar algunos vegetales de consumo común para la casa como lechugas y tomates, pero también le gusta experimentar con *"cosas más como exóticas, acá tengo hasta maní, otros años he probado con otras cosas, hasta piñas traté de tener una vez"* (Ana, 42, Calle Larga). Así, queda claro que Ana se considera la encargada de la huerta, siendo ella quien decide qué especies producir cada temporada. Pero

*me ayuda mi hermano, porque acá se necesitan hacer más cosas. De las flores y mis plantitas, eso lo veo yo, pero acá ya mi hermano, con el tema de mover tanta tierra y la fuerza que se necesita, ahí él ayuda (Ana, 42, Calle Larga).*

Esta es una de las principales diferencias entre el trabajo en la huerta y la mantención de las plantas del resto del jardín, donde en la primera implica actividades que significan la necesidad de mayor participación del grupo familiar en las tareas, mientras que en el resto es de exclusiva responsabilidad de la mujer jardinera.

- Bodegas y acopios

Por último, otro escenario presente en los jardines es el de sectores dedicados al acopio de materiales y desechos de todo tipo. Pueden tomar formas variadas, ya sean pequeñas bodegas semi abiertas o algún rincón semi cerrado que alcanza a estar cubierto por el techo de la vivienda. En estos mismos sectores es común que se lleven a cabo trabajos destinados a la mantención de la vivienda como carpintería, soldadura, y cualquier arreglo que la casa requiera, por lo que son *settings* que, además de servir como puntos de acopio, entregan las condiciones necesarias para poder realizar estas actividades.

Este es el único escenario observado en los jardines en donde se presenta una presencia casi exclusivamente masculina, siendo que el resto del lugar, como se ha descrito, suele estar asociado más bien a lo femenino, y a una mujer en particular, o es un espacio utilizado por todos los habitantes. Esto debido a que suelen ser hombres quienes se instalan en estos sectores a realizar las labores mencionadas en el párrafo anterior, siendo así el único espacio del jardín al que ingresan y ocupan mayoritariamente los hombres de los hogares.

De esta manera suele ocurrir que mientras algún hombre de la familia se siente cómodo en ese espacio, el resto, y en especial las mujeres a cargo de la casa y jardín, vinculan este escenario con ideas negativas de suciedad y desorden; *“en esa bodega el Fernando tiene puros cachureos, pura basura”* (Gema, 49, San Antonio), así como a visitantes indeseados, *“a este rincón llegan ratones, se llena, no hay qué hacer, si ahí tienen pa’ vivir y ni los perros se meten pa’ cazarlos”* (Martina, 35, El Carmen).

En consecuencia, es un escenario que suele quedar relegado en el jardín y que no se valora de forma positiva por todos los habitantes, ni tampoco se ingresa a él de no ser necesario. Solo se utiliza al momento de dejar basura o buscar algo que se necesite y esté ahí guardado, a excepción que por los hombres que trabajan en él, en donde pueden *“hacer mis cosas, ahí hago los trabajos pa la casa que me tocan hacer y guardo mis herramientas”* (Fernando, 53, San Antonio), como refiere Fernando a la pequeña bodega que tiene en jardín de la vivienda en la que vive junto a sus hermanas.

b. El jardín como lugar

Estos son, a grandes rasgos, los principales escenarios que uno puede encontrar en el jardín, así como los componentes materiales, habitantes y principales prácticas que se pueden encontrar en cada uno de ellos. A través de esta composición material, y de las prácticas y significados que le están asociados, es que el jardín se constituye como un lugar, entendido como un espacio con significado (Cresswell, 2011). Tal y como propone Cresswell, hay que recordar que todo lugar necesariamente está compuesto por aquella combinación de materialidad, práctica y significado, elementos que están imbricados entre sí; la materialidad del lugar está definida y es modificada por personas que ejercen prácticas en él de acuerdo a los significados que este tiene o desean que tenga en un futuro, y a su vez, los significados de un lugar vuelven persistentes por medio de la práctica constante que se da en él (Cresswell, 2009). Esta comprensión permite darles complejidad a los elementos observados en el jardín, entendiendo que los componentes

materiales que están presentes no están ahí de forma aleatoria, sino que están vinculados con las actividades que los sujetos realizan en el lugar y con los significados que este tiene, y por lo que deben ser considerados de forma conjunta, como parte del sistema que integran.

Por otro lado, los lugares tienen, además, tres características centrales. La primera, *local*; referida a la locación absoluta y medible del lugar, que en esta investigación está vinculada a locaciones en contextos de campo. La segunda, *locale*; que refiere a que los lugares son el escenario – ya no en el sentido anterior de escenarios entendidos como *settings* – material en que se dan las relaciones sociales, y por último el *sentido de lugar*; relacionado con los significados, sentimientos y emociones que determinado lugar evoca (Cresswell, 2009; Cresswell, 2011)

Teniendo en cuenta las segunda y tercera características, se entiende cómo el jardín puede volverse una realidad compleja, en tanto es ahí donde, primero, se constituye un conjunto de relaciones. Estas relaciones se dan en el contexto de un lugar que tiene por característica central – que se profundizará más adelante – la interacción entre distintos organismos de variadas especies, donde se incluyen tanto a los habitantes humanos de las viviendas como a otros seres que habitan y conforman el jardín, principalmente plantas y animales.

Segundo, al ser un lugar, significa que para los habitantes sus existe un determinado *sentido de lugar*. asociado al jardín. Se tiende a considerar que este es un concepto complejo, en tanto no tiene definiciones claras o acordadas en el mundo académico, en parte debido a que las múltiples existentes derivan de su uso desde distintas disciplinas que trabajan el concepto (Cross, 2001). No obstante, a grosso modo el sentido de lugar se refiere y es útil para poder indagar en la vinculación afectiva que se genera entre personas y lugares, profundizando en los afectos, emociones y sentimientos que están en juego, pero que también tiene que ver con conocimientos, creencias, acciones y comportamientos que se tienen en relación al lugar (Altman & Low, 1992). Así, esta tercera característica que aparece en los jardines en tanto lugares, quizás más amplia y difusa que las dos anteriores, se vuelve de utilidad al preguntarse por los significados que tiene el jardín para sus habitantes.

Otra elemento que se puede abordar desde la comprensión del jardín como lugar, es la existencia de normas. Estas hacen que sus habitantes puedan estar dentro o fuera de lugar, al realizar actividades que son o no aceptadas en él (Cresswell, 2009). Estas reglas quedan en evidencia al observar los distintos escenarios descritos. En cada uno es posible encontrar materialidades propias de cada uno, hay habitantes del jardín que se desenvuelven más en uno u otro escenario, con actividades específicas asociadas a los distintos sujetos y escenarios del jardín, como lo es que las mujeres son las encargadas de mantener el escenario de las plantas. Nada de lo que ocurre en el jardín se presenta de forma aleatoria, hay determinados usos y elementos que pueden estar y ocurrir en el lugar. Así como también hay cosas que no pueden ocurrir en él, y es ahí quizás donde más se evidencian estas normas que están implícitas en el habitar de cualquier lugar.

Por ejemplo, en días de verano Isidora (8, Calle Larga) muchas veces salía al jardín de su casa sin ponerse zapatos. Frente a esto su madre y abuela siempre la regañaban, ordenándole *“anda a ponerte los zapatos Isidora, que afuera no puedes andar a patá pelá, niña”* (Patricia a su hija, Calle Larga). La prohibición de estar descalza afuera, pese a que por esos días hacía suficiente calor como para poder no utilizarlos sin mayores inconvenientes, puede no ser fundamental en las dinámicas del jardín, pero sí está relacionada con características del lugar. Esta prohibición tiene que ver con el hecho de que estar en el jardín implica necesariamente estar en el exterior, fuera del refugio que significa la casa. El ejemplo de una norma sencilla como lo es el uso obligado de zapatos, habla de la condición de exterioridad de los jardines. Estos lugares, pese a funcionar como un espacio habitacional equivalente al resto de la vivienda, tienen como característica definitoria y que los diferencia de casi todos los otros espacios de una casa, precisamente esta exterioridad. En consecuencia, en esta oportunidad una norma simple, puesta en evidencia por la de una madre a su hija, está vinculada con una característica crucial del jardín.

Otro aspecto, tal vez más relevante de las reglas de un lugar, tiene relación con que la producción social del lugar permite reforzar relaciones sociales a través de sus normas, y se suelen vincular, a su vez, con relaciones de poder sistemáticamente asimétricas presentes en las sociedades en donde se encuentran los lugares (Cresswell, 2009). Las relaciones que se dan entre especies al interior de los jardines funcionan de esta manera, pues en ocasiones se pueden dar de forma asimétrica y ciertas normas en el jardín las refuerzan.

Por ejemplo, en el jardín de Carolina (80, Calle Larga), junto a la entrada de la casa y al abrigo de la sombra de unos árboles, hay un sillón, sillas y una mesa; correspondiendo a la forma que toma el escenario de estar, descrito anteriormente, en este jardín. Carolina durante el día deja a gran parte de sus gallinas sueltas por el jardín, teniendo barreras físicas como rejas y mallas que les impide a las aves comerse las plantas. Cuando la mujer está sentada en el sillón o en alguna de las sillas, no permite que las gallinas se acerquen, gritándoles que se alejen, dando pisotadas y arrojándole alguna piedra para que se mantengan lejos. Los perros que viven en la casa, en cambio, tienen permitido estar echados a los pies de la mesa, a excepción de una perra, pues *“es más salvaje”* (Carolina, 80, Calle Larga) que los otros, por lo que, si bien puede circular por el resto del jardín, no se puede acercar a la mesa. Esta prohibición de quiénes acceden a esta zona del jardín y quiénes no, muestra cómo este escenario en particular está reservado para los habitantes humanos de la vivienda, y para aquellos que cumplen ciertas condiciones de semejanza (el no ser salvaje), a diferencia del resto del jardín en que no existen restricciones similares en quiénes pueden o no acceder.

En normas como la anterior se evidencian relaciones asimétricas presentes entre humanos y animales. Existen nociones de quiénes son aceptados para ingresar al sector en que se comparte en familia y con visitas, en donde se conversa y se está con seres queridos. Las gallinas y la perra más salvaje no cumplen con lo necesario para poder ingresar, mientras que humanos y los otros perros sí. La prohibición de ingreso evidencia esa asimetría y la refuerza. A partir de esta norma, podría realizarse una lectura vinculada

a las nociones de naturaleza y cultura que están en juego en este jardín en particular; en donde no todas las especies son iguales, donde se da una relación asimétrica y diferenciada entre humanas/os, gallinas y perros/as, y que puede comprenderse desde concepciones dualistas sobre la naturaleza y cultura, en donde la naturaleza queda fuera en su gran parte y lo cultural puede ingresar sin problemas. Cabe mencionar que esto es algo que se presenta como ejemplo puntual del funcionamiento de las normas de un jardín y, como se profundizará más adelante, estas nociones de naturaleza y cultura no son necesariamente una constante para los jardines estudiados.

De todo lo anterior, se desprende cómo el poner atención a la composición de los jardines obliga a observar las actividades y los significados que se vinculan a la materialidad presente en el jardín, así como permite conocer cómo es el escenario en que se dan las relaciones presentes en el lugar, y a su vez permite un acercamiento a la comprensión de los sentidos que este lugar pueda tener. De la misma manera, se evidencia aquello que puede y lo que no puede ocurrir en los distintos escenarios presentes en los jardines. Se pueden conocer las normas del lugar, evidenciando que aquello que ocurre en los jardines no es azaroso, sino que está pauteado y normado por la constitución de este espacio como un lugar. De esta manera, el ejercicio de describir los distintos *settings* presentes en el jardín contribuye a evidenciar la complejidad presente en estos lugares y cuáles son sus principales características.

Al observar el jardín, sus escenarios y cómo son utilizados, es posible reconocer que existen dos elementos que destacan como aquellos más característicos de los jardines de forma transversal. Estos son, primero, que al albergar plantas y animales que conviven junto a los habitantes humanos de las viviendas, se convierte en un lugar en donde distintos individuos cohabitan. Debido a esto se generan interacciones y relaciones entre los distintos habitantes del lugar, destacando las relaciones interespecies y que son de gran importancia para quienes participan de ellas. Si los jardines han sido considerados como propicios para explorar la experiencia de naturaleza presentes en estos lugares (Kimber, 2004), es debido a que esta primera característica lo posibilita.

Por otra parte, el jardín es un lugar en donde las personas – humanas – están. Aquí es en donde pasan una parte importante del tiempo que están en sus viviendas, viviendas que a su vez han sido habitadas por largos períodos de tiempo por los mismos sujetos y las mismas familias. Esto significa que una parte no menor de la vida de sus habitantes transcurre en el jardín, debido al simple hecho de que las personas están mucho en él. Esto lleva a que en los jardines sea posible identificar marcas del paso de este tiempo; de los momentos importantes que se experimentan en el lugar, así como también de actividades cotidianas y rutinarias que se dan en ellos.

Ambas características se pueden observar de forma más clara en los dos primeros *settings* descritos anteriormente; aquel que hace relación al jardín como escenario de plantas y animales y el que refiere al estar y pasar el tiempo en el lugar, respectivamente, que son justamente los dos escenarios que se observan en todos los jardines. La relación de estos *settings* con las dos características descritas arriba es bastante directa y evidente.

Pero al ser donde más claramente se ven estas características, no significa que estos dos son los únicos escenarios en los que estas se pueden observar, ni tampoco significa que no se encuentran presentes en los demás escenarios del jardín. Por ejemplo, niños y niñas en sus sectores de juegos también conviven con plantas, y son zonas del jardín en que los niños pasan su tiempo. Por esto son características que, si bien están relacionadas de forma directa con los escenarios tanto de plantas y animales como con aquellos para estar y descansar mencionados, no se limitan a ellos, sino que son transversales a todo el jardín. El ser un lugar en donde se dan interacciones entre sus distintos cohabitantes; que incluyen distintas especies, y ser también un lugar que se habita por cantidades de tiempo importantes, son los dos elementos fundamentales de los jardines, presentes en todos los casos trabajados y por lo mismo son los ejes en torno a los cuales se ordenan las reflexiones acerca del trabajo de campo presentes en las páginas siguientes.

### 3. Humana(o)s, plantas y animales; de cuidados femeninos a involucramiento mutuo



Imagen 3: Jardín de Luisa 1

Una de las características que se reconoce como central para cualquier jardín, está en el hecho de depender de sus moradores para existir como tal, en tanto son lugares creados y cultivados por quienes los habitan, en un proceso en que convierten estos espacios en lugares significativos para sí mismos (Kimber, 2004).

Esto significa que en los jardines se dan una serie de prácticas enfocadas en el cuidado y mantención del lugar. Son prácticas que cambian de jardín en jardín, según las especies que se encuentren ellos y las atenciones que estas necesiten, las tradiciones familiares y locales con las que se acostumbra a mantener el jardín, los recursos y medios que se tengan para realizar estas labores, el sector y el contexto en que se encuentre la vivienda, de las expectativas que se tengan para el lugar, entre otros. Hay tantas rutinas de cuidados como jardines existen, pero es posible encontrar ciertas constantes en todos los casos observados, como por ejemplo ciertas tareas que se dan en todos los jardines, como lo pueden ser labores de riego y limpieza, comunes a todos los casos. En esta línea, hay un elemento vinculado a las labores de mantención del lugar que se repitió de forma evidente en los casos trabajados, que ya se ha mencionado en las páginas anteriores, y que se refiere a cómo estas labores son, casi exclusivamente, femeninas. Las encargadas de cuidar el jardín prácticamente siempre son mujeres.

#### a. Trabajo doméstico femenino en el jardín

Como ya se mencionó, fueron tres las parejas que aseguraron que se encargaban del trabajo en el jardín de forma compartida. Dos de esas veces compartí con estas parejas mientras trabajaban en el lugar. Uno de estos casos era el jardín de Francisca y Rodrigo (60 y 65 años respectivamente, Valle de los Olmos), que en su mayoría se empina en el cerro en torno al que se ubica el Valle de los Olmos.

Desde que se instalaron hace varios años en la casa, Rodrigo se ha dedicado a construir un sendero para que Francisca, que tiene más dificultades que su pareja para subir el cerro sin la existencia de un camino demarcado, pueda llegar cerro arriba. También construyó una banca junto a la llave de agua, que se encuentra a mitad de la subida del jardín-cerro, donde se puede admirar gran parte del valle en donde se ubica el Valle de los Olmos. Rodrigo la puso ahí para tener donde descansar de la labor de riego, que en este caso significa acarrear baldes de agua cerro arriba y cerro abajo, por lo que es particularmente agotador, siendo también un trabajo que lleva a cabo exclusivamente. Es también él quien tiene más dominio de cuáles son las especies presentes en este sector del jardín; principalmente árboles nativos de la zona, que en parte les fueron donados a la familia por Conaf mientras que varios se encontraban ahí desde antes de la llegada de la pareja al terreno, así como algunos árboles frutales como limones y naranjos. Es también Rodrigo quien ha ido decidiendo dónde y qué plantar respecto a estos árboles, y quien se encarga de toda la mantención que necesiten además del riego. Francisca, por su parte, se encarga de mantener plantas ornamentales, hierbas y algunas hortalizas que se encuentran en una jardinera a la entrada de la casa, así como de varios cactus, suculentas y plantas de varios tipos que se encuentran repartidas por la parte más baja del jardín. En estos sectores, es ella quien tiene la mayor parte de los conocimientos y poder de decisión sobre las distintas especies que hay ahí. Así, mientras Rodrigo se encarga más de la parte alta y Francisca de la baja, la mantención del jardín se ve como un trabajo compartido por la pareja.

A diferencia de este ejemplo y de dos casos más, todos los demás jardines siempre estaban a cargo de una mujer, que además era quien cumplía el rol de dueña de casa. Esto llega a ser tan notorio, que los jardines suelen conocerse o ser referidos como 'el jardín de...', dando a entender que es la mujer que los cuida quien, además, es reconocida como la dueña o propietaria del lugar, pese a que sea de acceso y uso de toda la familia que habita la vivienda. Esta mujer es quien se encarga de mantener el jardín, que además de labores de limpieza y orden, significa en gran parte el cuidar plantas y animales, de asegurar que el lugar se mantenga en las condiciones esperadas. Es por esto por lo que se suele considerar a esta persona como la dueña del lugar, sin que signifique que sea la única que utiliza o habita el jardín.

Que el trabajo en el jardín esté relegado a una mujer no significa necesariamente sea un trabajo solitario ni enteramente llevado a cabo por una persona. Martina (35, El Carmen) por ejemplo, tiene un jardín con una cantidad importante de flores muy variadas que se toman la mayoría del lugar; destacando un sector dedicado enteramente a rosas de distintos colores y proveniencias, y una colección de todo tipo de plantas decorativas, especialmente helechos, cactus y suculentas, que se incrementa cada vez que la mujer va a Curicó o a Santa Cruz y vuelve con una nueva adquisición. La gran cantidad de plantas que tiene Martina es la razón por la que contrata a dos hombres que el día que toca en su casa el agua de riego, una vez a la semana, van a su vivienda a trabajar en el jardín. Ellos se encargan de armar el sistema de mangas y dirigir el agua por el jardín, pues este es un trabajo que Martina prefiere no hacer, ya que lo considera muy pesado para poder realizarlo ella sola.

Recorriendo su jardín un viernes en la tarde, al día siguiente del riego, la mujer se paseaba mostrándome el lugar. Constantemente, como sin pensarlo y sin detener la conversación, se agachaba para recoger alguna rama, o arreglar alguna planta que al parecer estaba fuera de lugar. Al preguntarle qué era lo que arreglaba del jardín con esas acciones, me explicó que ese día el jardín se encontraba desprolijo, algo que posiblemente solo se notaba a los ojos de ella que conoce a la perfección cómo debería haber estado todo. Este desorden era debido a que el día anterior había sido día de riego, por lo que habían ido estos hombres a trabajar. Como si fuera algo obvio, la mujer me señaló que ellos no son tan cuidadosos, *“usted sabe, los hombres no son tan delicados como nosotras para estas cosas”* (Martina, 35, *El Carmen*). Deja claro con esta frase cómo las labores del jardín que se refieren a las plantas las considera como algo de dominio femenino; las mujeres tienen las habilidades para realizarlas de forma correcta y por lo tanto son quienes han de encargarse, una noción que se repite en más mujeres jardineras, que como Martina son reticentes a permitir que otros se involucren demasiado en el trabajo del jardín sin que ellas guíen estos trabajos.

Así, pese a que Martina no realiza la labor de riego más pesada, es ella quien gestiona su realización, y siempre es quien tiene el dominio sobre cómo deben ser las cosas en las plantas de su jardín. Si bien variaba en cada caso qué tantas tareas eran delegadas a terceros, esta forma de ‘compartir’ las labores del jardín apareció en más casos, pero prácticamente en todos era una mujer quien se llevaba la mayor parte del trabajo directo, y además se encargaba de gestionar y supervisar que efectivamente se llevase a cabo de buena forma aquello que no realizaba ella misma.

Podemos entender entonces los cuidados del jardín como una de las tantas tareas del espacio doméstico del cual las mujeres se han hecho cargo históricamente (Giglia, 2012). El hecho de que las tareas del jardín son un trabajo doméstico que se relega a las mujeres es algo tan notorio que no puede obviarse. Hay momentos en donde estas mujeres, quienes dedican parte importante de su tiempo a mantener este lugar, aluden a lo negativo que puede llegar a ser el tener que estar constantemente a cargo del jardín. Rosa representa uno de estos casos. Actualmente vive sola en su casa, pero comparte el mismo jardín con su sobrina y la familia de esta, pues ambas casas están en el mismo predio y la mayoría del terreno exterior funciona como un lugar que es compartido por los habitantes de ambas viviendas. Rosa tiene una única hija que se fue a vivir a Santiago hace algunos años, y si bien a ella le gustaría visitarla más seguido o por períodos más largos, no puede, en parte porque *“las flores amarran”* (Rosa, 57, *Chépica*). La mujer cree que no puede alejarse de su hogar por más tiempo del que sus plantas podrían estar sin sus cuidados, pese a que en el lugar hay más personas disponibles para cuidarlas, y que en efecto se hacen cargo del jardín los pocos días que ella se ausenta. Rosa no se siente con la libertad de alejarse de su jardín por muchos días, pues carga con la responsabilidad de hacerse cargo de sus flores.

Otro ejemplo es Gema, una mujer que vive con tres hermanos y una hermana, y que lleva la mantención del hogar y de su jardín en su totalidad prácticamente sola. Ella también resaltó lo negativo de las tareas del jardín, como se expresa en un comentario realizado en una ocasión en que nos encontrábamos regando sus plantas. Cuando ya llevábamos

un tiempo en esta actividad, al menos una hora de trabajo y con bastante de la tarea pendiente, Gema comenta, sin darle demasiada importancia que *“aburre regar, es tan fome”* (Gema, 49, San Antonio), como si estuviera dejando en evidencia la obviedad de lo tedioso de la actividad que estábamos llevando a cabo. En ese preciso momento, Gema no parecía estar disfrutando el trabajo del jardín, lo que se sumaba a otros comentarios que había realizado en las distintas ocasiones en que la visité, respecto a la cantidad de trabajo que significaban las labores del jardín y del resto de la casa también, que la mantenían ocupada y cansada gran parte del día. Solía decirme que siempre carecía de tiempo para ella, para poder salir y hacer *“mis cosas, no alcanzo ni a ir al pueblo a hacer trámites con todo lo que me toca hacer”* (Gema, 49, San Antonio).

A través de momentos y comentarios como los anteriores queda en evidencia que el hacerse cargo del jardín puede tener una dimensión negativa, vinculada con cómo las mujeres que lo hacen, en cierta medida se sienten obligadas a realizarlo y también dejan de lado actividades que les gustaría o necesitan realizar, para poder así cumplir con sus responsabilidades para con sus viviendas y sus familias.

Estas situaciones, entendidas en el contexto del espacio doméstico que es el jardín, permiten estudiar el habitar del lugar. Este conlleva tanto un proceso de ordenamiento del espacio, como el ser clave en la fundación y reproducción de universos culturales específicos, que están compuestos por símbolos, emociones y relaciones de poder, dentro de lo que se encuentra el hecho clave que la tarea de producir y reproducir la habitabilidad del espacio doméstico, incluso en la actualidad, es una tarea asumida sistemáticamente por las mujeres y que funciona como reproductor de las relaciones de género dentro de una sociedad (Giglia, 2012). Se puede afirmar entonces que el jardín forma parte de la producción y reproducción de los roles de género y poder presentes en las sociedades en las que se encuentran, a través de la feminización de las tareas que requiere este lugar. Si bien esta es una realidad que no puede pasarse por alto si se está observando la forma en que se habita el jardín, tampoco significa que todas las actividades vinculadas a su mantención puedan reducirse a tan solo un conjunto de tareas domésticas dentro de todas aquellas propias de la mantención de una vivienda. Aquellas que se dan en el jardín tienen particularidades en las que es necesario centrarse.

*b. Más que solo trabajo; vínculos con no humanos*

El trabajo en el jardín siempre se valoró de forma positiva por las jardineras con las que se compartió, incluso por las mencionadas anteriormente, que si bien expusieron sus aspectos negativos, también se refirieron a lo positivo que el jardín les entregaba. Yolanda, por ejemplo, es una mujer de 45 años, madre de tres hijos y casada hace 25 años. Vive en la misma casa desde que se casó, momento desde el cual, junto a su marido, han ido construyendo su hogar con el paso de los años, ampliándolo en la medida que la familia crecía.

Durante las mañanas, de 8 a 13 horas, Yolanda trabaja limpiando la capilla de Valle de los Olmos, y luego, cerca de las 16 horas, trabaja en un pequeño predio de nogales que tiene a su cargo, debiendo administrarlo y realizar los distintos trabajos que exigen estos árboles durante el año. De este trabajo no regresa a su hogar hasta al menos las 21 horas

cuando es época de cosecha de nueces, desocupándose algo antes en otras temporadas. En el tiempo entre sus dos trabajos, en las tardes que llega temprano y los fines de semana, se encarga de mantener la casa, y, por su puesto, su jardín.

El jardín de Yolanda concentra una gran cantidad de plantas frente a la casa, en un terreno en pendiente donde tiene árboles frutales y muchas plantas que crecen bajo su sombra. Además, sobre la terraza que la familia ocupa para pasar los tiempos libres, en todo rincón hay maceteros, y distintos contenedores utilizados para tal fin, con diversas plantas que van desde hierbas aromáticas hasta copihues. En los maceteros duermen siesta los tres gatos de la familia, y todo un sector del patio, al costado de la casa, está principalmente destinado a una perra que, si bien pasa la mayor parte del tiempo ahí, también circula por el resto del jardín.

Procurar que cada animal y planta tenga su cuidado adecuado es tarea de Yolanda, lo que en varios casos además de las tareas de riego, poda, abono, relleno de la tierra y otras comunes a la mayoría de las plantas de estos lugares, en este jardín también implica preocuparse de crear un pequeño ambiente que le de condiciones óptimas a algunas plantas; Yolanda sabe lograr que los copihues tengan más frío y humedad, mientras que se las ingenia para crear un microclima adecuado para unas plantas aparentemente tropicales, y que así puedan sobrevivir en el seco, y por temporadas frío, ambiente de Petorca.

Yolanda cuenta que dedica todos sus tiempos libres al jardín, y que cuando las personas conocen su casa, *“la gente se admira de mis plantas, se dicen 'cómo, cómo', si me ven que yo corro todo el día para todos lados. Esa es la dedicación, el amor a las plantas, me fascinan. Solo de tenerlas así soy feliz”* (Yolanda, 45, Los Briones). Ella asegura que, por muy atareada que esté, nunca descuida su trabajo en el jardín, y que todos sus tiempos libres se los dedica a este lugar, porque en esos momentos

*como que a uno la trasporta (el jardín), no sé, cuando está estresada, si uno anda muy estresada, muy choreada, se va al jardín y se olvida de todo. Se olvida de la pena cuando tiene ganas de llorar, se olvida de todo, una es feliz entremedio de las plantas* (Yolanda, 45, Los Briones).

Como Yolanda, las demás mujeres también hacían en muchos casos esfuerzos especiales para poder trabajar en el jardín, describiendo estas actividades como algo positivo en sus vidas, siendo para muchas una actividad que incluso consideran que es terapéutica, como los casos de Martina (35, El Carmen) y Claudia (34, El Carmen), que cuentan cómo el dedicarse a su trabajar en sus jardines fue clave en la superación de depresiones que ambas mujeres cursaron años atrás.

Así, si bien es un trabajo doméstico que está cruzado por una imposición genérica a las mujeres de hacerse cargo del hogar, estas actividades en particular no son equivalentes a otras tareas domésticas que también deben cumplir. Las del jardín son actividades especiales en la vida de las mujeres, quienes buscan el tiempo para poder realizarlas y muchas veces las consideran una actividad que forma parte de su tiempo libre, un pasatiempo o una terapia.

En consecuencia, el jardín se muestra como un lugar en donde hay un contrapunto o paradoja, en especial para las mujeres jardineras, entre el trabajo y placer (Longhurst, 2006); entre las actividades de trabajo y la forma en que el jardín entra a reproducir los distintos roles de género, y el constituirse como un lugar que de alguna forma se ve como placentero, de relajo y hasta descanso para estas mismas mujeres.

Esta complejidad del trabajo en el jardín ha sido discutida en estudios sobre estos espacios domésticos. Abundan las investigaciones en donde jardines, abordando tanto su dimensión geográfica y espacial como las actividades de 'jardinear' que conlleva la mantención del jardín, se consideran como un espacio doméstico de ocio, placer y de tiempo libre, donde el jardinear se comprende como un pasatiempo (Bhatti & Church, 2000). Ciertos autores han puesto en duda esto. El jardín, al ser un espacio poco estudiado, se simplifica como parte del mundo del ocio, pero en realidad también implica un trabajo que pasaría desapercibido al considerar que implica tan solo actividades que se realizan en el tiempo libre. Conviven ambas realidades en el jardín, al ser un espacio doméstico de ocio para algunos y de trabajo para otras; las mujeres que lo mantienen. Pero también para esas mismas mujeres es un lugar de ocio o placer, y de trabajo a la vez, donde ambas esferas se funden en torno a las actividades de mantención del jardín, que no son completamente lo uno o lo otro (Bhatti & Church, 2000) (Longhurst, 2006).

¿Por qué ocurre esta fundición entre el trabajo y el ocio en las actividades del jardín? ¿por qué el jardín y el trabajo que conlleva no es igual a mantener la cocina u otro espacio de la vivienda?, aparecen como interrogantes a responder en los casos trabajados. La explicación que daba Yolanda a la sorpresa de sus vecinos al ver toda la dedicación que daba a su jardín pese a su falta de tiempo, donde para ella es clave el amor a las plantas y la felicidad que estas le traen, puede dar alguna respuesta. El jardín tiene la particularidad de ser un lugar en donde parte de las acciones que ocurren ahí y que son fundamentales para la existencia del jardín como tal – como son las tareas de mantención y cuidado – implican, necesariamente, establecer relaciones con seres vivos como plantas y animales, y esto es clave en cómo se da el trabajo en el jardín. Porque el mantener el jardín no es solo mantener cualquier espacio, significa cuidar y convivir con seres con los que se terminan por establecer vínculos y relaciones que van más allá de una tarea de mantenimiento cualquiera.

En esto ya se puede observar cómo se está dando el vínculo con plantas y animales, y hay primeros indicios de que este implica una relación de cuidado y protección que permite la continuidad de la vida (Lema, 2014), que hasta aquí se ve como una atención unidireccional de las jardineras hacia los demás seres del jardín. Se empieza a ver entonces como en el jardín se están viviendo un conjunto de relaciones entre especies, entre las personas humanas y los habitantes no humanos del lugar, que son centrales en el jardín.

Esto hace que se vuelva importante poner atención en estas interacciones, por lo que la forma en que se dan estas relaciones se aborda a continuación. Las reflexiones al respecto están centradas principalmente en la relación que las jardineras establecen con plantas y animales, pues la experiencia de quienes están encargadas del jardín respecto

a su vínculo con las plantas y animales del lugar es lo más notorio, constante e intenso que se da en el jardín, en términos de las relaciones interespecies.

c. *A plantas y animales se les habla*

Si se observan las formas en que se dan las relaciones entre personas humanas, plantas y animales en el jardín, un primer elemento que puede llamar la atención es cómo las primeras se refieren, describen y tratan a los seres que son típicamente considerados como pertenecientes a la naturaleza. Es ahí donde se aprecian los primeros indicios de que plantas y animales ocupan un rol clave en este lugar. Se puede observar que sus distintos habitantes humanos, pero sobre todo las mujeres jardineras en su interacción más constante con este mundo *natural*, sostienen interacciones y tienen formas particulares de referirse a plantas y animales de su jardín. Por medio de estas aparecen las primeras pistas de que esta flora y fauna, o al menos una parte importante de ellos, son seres complejos, llegando a ser personajes que van mucho más allá de ser tan solo una parte de los componentes materiales del lugar.

La práctica más común que pone esto en evidencia, aquella que es más recurrente en los distintos casos, es la de hablarle a las plantas y a animales. Es muy frecuente que las mujeres les conversen, especialmente cuando se encuentran manteniendo el jardín e interactuando con alguna planta particular, con frases que apuntan a lo lindas que están, en pedirle a algún insecto que no moleste más, o pedirle a una planta que tenga algún comportamiento particular, entre otros.

Claudia, por ejemplo, siempre se entretiene cambiando las plantas de un punto a otro en su jardín, que por esto mismo está constantemente cambiando, en una constante búsqueda de la mujer de que este lugar tenga el aspecto que desea. Es una tarea que siente que nunca cumple a cabalidad con sus expectativas, y por eso siempre termina por trasplantar algún arbusto o flor desde un extremo a otro del jardín en reiteradas ocasiones. Cuando hace esto, una puede escucharla decirles a sus plantas que por favor se pongan bonitas, que no se enojen porque las va a cambiar otra vez. Al preguntarle por qué hace esto, dice que *“las plantas son como las personas, ellas entienden, y si una las trata con cariño, se ponen más lindas. También les pongo música cuando puedo, para que escuchen un poco, aunque sea del celular no más”* (Claudia, 34, El Carmen). Las explicaciones son similares en todas las mujeres que responden a por qué hacen esto; *“les converso, les hablo, y como que ellas saben, se me ponen lindas, obedecen”* dice Yolanda (45, Los Briones) y Rosario (61, El Valle) destaca lo importante de hablarles *“porque así ellas saben que uno está ahí, no se sienten solas”*.

Lo mismo ocurre con los animales. Un ejemplo es el jardín de Luisa. Aquí viven Luisa con su marido Santiago, así como su nieta Camila y la madre de esta; Yolanda. Pasan temporadas en la casa un hijo de la pareja, junto a su esposa y sus dos hijos. Además, la vivienda se caracteriza por tener una cantidad importante de aves de distintas especies en el jardín; gallinas, patos, faisanes, pavos reales – y estos últimos hacen conocida la vivienda de la familia, en parte por lo exótico de tener pavos reales, pero sobre todo por el ruido que hacen, que se escucha a varios kilómetros de distancia-, y también varias

tórtolas, que a diferencia de todas las anteriores, son aves no domésticas que llegan y se van de forma espontánea y libre del lugar.

Uno de los patos, el único macho de una de las dos razas de patos que la familia tiene, es reconocido por ser *“malo, si esos patos (machos de esa raza) son malos, mató a su pata y a los patitos que tenían, de puro malo”* (Luisa, 65, Los Briones). Por esta razón Camila, nieta de Luisa, ya no le habla al animal, no le dirige la mirada ni tampoco le da migas de pan o de otros alimentos que sí comparte con otras aves, mientras que le gusta ir a conversarles a los pavos reales y faisanes, yendo a visitarlos a las jaulas en donde se encuentran encerrados a ciertas horas del día.

En la vivienda de Sandra se puede apreciar también cómo ciertos animales reciben, sobre la base de sus acciones, atributos que también se entregan a los humanos. Unos meses antes de mi primera visita, una pareja de patos y sus tres polluelos habían llegado nadando por el estero a su jardín. Al poco tiempo, el pato macho *“mató a la pata, y con eso los patitos igual se murieron, si no pueden vivir sin la mamá. Es que era un pato parricida, por eso mató a su familia”* (Sandra, 73, San Antonio). Meses después, cuando volví a la casa de Sandra, la mujer me contó que el pato, a quien habían nombrado Charly, se *“juntó con otra pata, ojalá a esta no la mate, yo igual creo que ya se rehabilitó, donde debe haber visto que la vez pasada quedó solo después de la maldad que hizo, yo creo que ya aprendió”* (Sandra, 73, San Antonio).

Hay, además, determinados animales en donde es aún más evidente cómo el trato que se les da es similar al que se le daría a cualquier humano o humana. Este es el caso de perros y gatos, típicamente mascotas de las familias que habitan el jardín, y que en ocasiones incluso llegan a ingresar al interior de la casa, a diferencia de los demás habitantes del jardín. En muchas de las familias existían perros con los que los humanos mantienen una estrecha relación. En la misma casa de Luisa y Camila mencionadas arriba, son habitantes del jardín el Chico Mark, una perra y Tor. El primero es un perro adulto, de tamaño pequeño y pelaje blanco. La segunda es una perra vieja, sin ningún nombre que le sea propio, siendo conocida con genéricos como ‘la negra’ o ‘la perra’, y permanece amarrada constantemente pues se come las gallinas de las casas aledañas si se deja suelta y eso podría ser causante de conflictos con los vecinos e incluso que la envenenasen. El tercero había llegado a vivir a la casa poco antes de la última visita que realicé al lugar. Es un perro de meses que adoptaron luego de que falleciera otro cachorro que le había regalado su profesora a Camila, la niña que vive en la casa.

El Chico Mark constantemente recibe atenciones de parte de la familia, quienes además de atender a sus necesidades básicas de agua, comida y abrigo, le conversan, e incluso parecieran esperar alguna respuesta al realizar preguntas del tipo *dónde te fuiste a meter, Chico* cuando el perro llegaba con su pelaje lleno de pasto seco que había que dedicarse cuidadosamente a remover. Además, cada vez que llegan visitas a la casa, cosa que ocurre a diario, saludan al perro por su nombre y le dedican algunos segundos de caricias y conversación. Tor por su parte, al ser un cachorro recibe atentos cuidados y mimos, especialmente de parte de Camila, quien lo lleva en brazos a todas partes, lo arropa por las noches en la cama que tiene el perro instalada en el corredor, y le habla como si fuera un humano recién nacido o un niño pequeño. A la perra, en cambio, quien más atención le

brinda es Santiago, el abuelo de Camila, quien suele encargarse de su comida, de pasearla por el jardín cuidando que no se escape y además comparte algunos ratos con ella, mientras que el resto de la familia no acostumbra a interactuar con ella de la misma manera como lo hace con los demás perros.

Estos casos tienen en común que a todas las plantas y animales mencionadas se les habla, una práctica que es común y que puede parecer bastante simple; no es más sostener una pequeña conversación con ellos. Pero a través de esta misma es que queda en evidencia que estos seres naturales poseen características que se podrían pensar como atributos exclusivamente humanos. En primer lugar, el mismo hecho de que se les hable, que sean parte de una conversación, implica que plantas y animales son capaces de escuchar y comprender lo que se les comunica.

Y esto va más allá del solo ser capaz de participar en una conversación. En las interacciones descritas anteriormente se ve cómo las plantas pueden sentir soledad al quedar desatendidas o alegría frente a un elogio, y que además tienen formas de demostrar estos sentimientos. De la misma forma, tanto animales como plantas reaccionan a lo que les dice, como cuando las plantas hacen caso a las órdenes de ponerse bonitas. Tienen además comportamientos y conductas, como se ve en los patos que asesinan a sus parejas, que son narradas por las jardineras, e incluso evaluadas, de manera similar a como se haría en caso humano. Ejemplo de esto son los patos de Luisa y Sandra. Ambos tenían una pareja e hijos y su actuar se lee como el asesinato a su familia. Sus historias se cuentan y se juzga similar a cómo sería el actuar en humanos; los patos son malvados en su actuar, a uno incluso se le denomina parricida, su actuar es calificado de forma negativa. Si bien no se les castiga de la misma forma en que se haría con un humano, sí se puede entender como un ejemplo en donde los animales poseen las mismas características que los humanos, donde incluso uno de esos patos incluso habría aprendido de sus errores y se sentiría arrepentido.

Una observación relevante al respecto es que, en todos estos ejemplos, existe una forma de comprender los comportamientos de animales y plantas desde una perspectiva y calificación que tiene como medida la condición humana. Las jardineras y sus familiares leen en clave de comportamientos humanos aquellos de los seres que viven en el jardín al otorgarles sentimientos e interpretar sus acciones, dándoles características propiamente humanas, con los que terminan por ser humanizados. Es así como las plantas y animales que están participando en estas interacciones, como ocurre en los casos narrados, no son seres pasivos ni inertes del jardín. Poseen sentimientos, pensamientos, realizan acciones y establecen relaciones entre sí y con otros, y cuando los seres son concebidos y tratados de tal manera; como personas, dejan de lado el ser seres naturales (Descola en Núñez, 2014, pág. 21), y se pueden considerar entonces como seres poseedores de agencia – actantes – al tener eficacia y coherencia para generar efectos y alterar los eventos en los que participa, por medio de sus acciones (Bennett, 2010).

Así, animales y plantas del lugar tienen personalidad y agencia, pero esto no es algo que se dé de forma uniforme en todos los habitantes del lugar. Por ejemplo, en los perros de la casa de Lala queda esto claro, en donde Chico Mark es tratado de forma radicalmente distinta a la perra, el primero es un ser que se hace parte de distintas interacciones con la

familia de Lala y que es tratado por los visitantes de la casa como un integrante más del grupo familiar; mientras que la segunda está más aislada, sin siquiera tener un nombre propio, que deriva principalmente del hecho que la perra se comporta de tal manera que no le permite circular de forma libre, debiendo estar constantemente amarrada. En consiguiente, la competencia de estos seres – todos de la misma especie – en tanto actantes, para este caso, se desprende del actuar y de las relaciones que estos seres establecen, vale decir, depende de su actuar más que ser deducida de forma previa a su acción (Bennett, 2010)

Pero también hay casos en donde la forma sí precede al actuar de los seres al momento de definir su calidad de actantes. Esto ocurre con las diferencias que se marcan entre las distintas especies, donde hay algunas que parecieran ser más agentes que otras. Por ejemplo, generalmente perros y gatos son los animales que por excelencia reciben nombres propios en el jardín. En cambio, gallinas; el otro animal que está presente junto a los dos primeros en la mayoría de los casos, nunca tienen nombre. *“Para qué le voy a poner nombre, si no hacen juicio, no entienden si tienen nombre” (Sandra, 73, San Francisco)*, además de que *“son muchas, cómo le vas a estar poniendo nombre a todas las gallinas” (Ingrid, 65, Chépica)* son dos razones que explican por qué a estas aves no se les pone nombre y a otros animales sí; ya sea porque las gallinas no tienen la capacidad de responder al nombre o porque no tienen una individualidad fuera del conjunto de aves que les signifique tener un nombre. Así, si bien hay elementos de su conducta que no les permiten desarrollar agencia, también hay condicionantes a esto que están dadas por el solo hecho de ser gallinas, que no les permiten tener siquiera individualidad.

De esta manera, las especies y cada individuo presente en el jardín van teniendo distintos niveles de personalidad y agencia, siendo que no todos los habitantes no humanos del lugar son tratados como personas, no todos pueden ser considerados actantes al mismo nivel. Esto se define, por una parte, en base al actuar y las relaciones que estos seres establecen, pero, por otra parte, también tiene relevancia a qué especie pertenecen los individuos, como algo que puede predeterminar y limitar las acciones que realizarán, la valoración que tendrán, las relaciones que generarán, afectando a que distintas especies puedan ser consideradas como actantes o personas no humanas.

De esta manera, las especies y cada individuo presente en el jardín van teniendo distintos niveles de personalidad y agencia, siendo que no todos los habitantes no humanos del lugar son tratados como personas, no todos pueden ser considerados actantes al mismo nivel. Esto se define, por una parte, en base al actuar y las relaciones que estos seres establecen, pero, por otra parte, también tiene relevancia a qué especie pertenecen los individuos, como algo que puede predeterminar y limitar las acciones que realizarán, la valoración que tendrán, las relaciones que generarán, afectando a que distintas especies puedan ser consideradas como actantes o personas no humanas.

Considerando esto es que se vuelve útil y pertinente el comprender el jardín como un ambiente del tipo propuesto por Ingold, y que en este caso sirve de reemplazo del clásico dualismo naturaleza – cultura, que se convierte en una distinción cuyos límites en los jardines se vuelven difusos. En los ambientes, en lugar de esta comprensión dicotómica,

se entiende que los distintos organismos son mutuamente componentes del ambiente de cada uno, compañeros participantes de un mismo mundo en que comparten interacciones y relaciones (Ingold, 2002). Son justamente estas relaciones las que están en juego en el momento en que las personas mantienen su jardín o simplemente pasan tiempo en él. Por esto es que el jardín se vuelve idóneo para poder observar y reflexionar sobre cómo son los vínculos que se construyen entre los distintos organismos que conforman estos ambientes. De esta manera, el poner atención a esas relaciones es fundamental para la comprensión de este lugar, por lo que se revisan a continuación los distintos vínculos que se generan entre los habitantes del jardín, especialmente entre las jardineras y las plantas y animales que tienen a su cargo.

*d. Plantas y animales, sentimientos y relaciones*

Luego de comprender que en los jardines, plantas y animales no son sólo como componentes del lugar, sino que son personajes con agencia, es posible evidenciar cómo estos seres pueden movilizar sentimientos y recuerdos en los habitantes humanos con los que se relacionan. Esto se transforma en uno de los principales lazos que se construyen entre los habitantes humanos, especialmente las jardineras, las plantas y los animales del jardín.

Un caso que ilustra esto es el de Ingrid (65, Chépica). Durante el recorrido hablado de su jardín, la mujer solía indicar la procedencia de la mayoría de las plantas que tiene en él de forma espontánea, sin que yo le hubiese preguntado al respecto. La mayoría son regalos o 'robos' – siempre consentidos – a amigas que viven cerca. Otras son plantas que han estado en su vivienda desde hace muchos años, de los tiempos en que sus padres vivían en el lugar y se hacían cargo de la casa. Actualmente Ingrid vive sola, desde que recientemente debió tomar la decisión de internar a su hermana mayor, que padece alzhéimer, en el hogar de ancianos de Chépica, pues ya no podía cuidarla más. Hace unos años, además, falleció su otra hermana de forma sorpresiva.

Ambos hechos que han marcado de forma importante los años recientes de su vida no están desvinculados de su jardín. Es más, Ingrid los cuenta emocionada durante el recorrido hablado en donde me presentaba el lugar por primera vez, como historias que están incrustadas en el lugar. Luego de comentar que necesitaba podar unos árboles cuyo nombre no recuerda, pero que producen muchas hojas secas que ensucian el lugar, se detuvo en un mandarino que está junto a la reja de entrada a la casa. Me contó que ese árbol creció luego de que su hermana, un tiempo antes de morir, luego de comerse una fruta, decidió enterrar una de las pepas de la mandarina en la tierra, y como tenía "*buena mano y le crecía todo*" (Ingrid, 65, Chépica), brotó el árbol. Inmediatamente luego de contar esa historia señaló un palto, que fue regalo que le hizo su otra hermana hace muchos años, y que ahora que ella ya no vive más en la casa junto a Ingrid, se ha convertido en un recuerdo y compañía constante para la mujer, al traer un poco la presencia de su hermana al jardín.

Ambos árboles están marcados por las formas en que llegaron al lugar, y hacen que Ingrid se conmueva al narrar estas historias. Cuenta cómo estos árboles le hacen recordar a sus familiares cada vez que está sentada en el corredor de la casa desde

donde los puede ver. Tanto estos árboles en particular como el jardín mismo, significan para la mujer una conexión con estas familiares que ya no la acompañan de la misma forma que antes, por lo que ha formado un lazo especial con el mandarino y el palto, diferenciándolos, por ejemplo, de los demás paltos que se pueden encontrar en su terreno y que, al menos en su relato, no están asociados a ningún recuerdo o persona importante para la mujer que los hagan destacar de igual manera que aquel que le regalo su hermana.

Con las plantas que llegan por regalos o por algún tipo de intercambio ocurre similar. Aunque quizás no entran en juego emociones tan potentes como el caso de Ingrid, sí se da que la presencia de determinadas plantas o animales que fueron un regalo, son un recuerdo constante de quién lo regaló y del vínculo que existe con esa persona.

Por ejemplo, Claudia vive en El Carmen con sus hijos y su pareja, y ella es quien se encarga de todas las labores domésticas, incluido el jardín. Para ella este lugar es una parte fundamental de cualquier vivienda, *“siempre quise tener un jardín hermoso cuando me fuera a vivir sola, no puede ser una casa sin jardín, sin plantas”* (Claudia, 34, El Carmen). Este deseo nació cuando vivía en casa de sus padres. Ahí su madre, conocida en El Carmen por ser componedora de huesos, así como por las flores que adornan el frontis de su vivienda, le inculcó el amor por las plantas y la importancia de mantener un jardín en la casa. De ella también aprendió los conocimientos básicos necesarios para poder cuidar el lugar, que ha ido complementando con videos de la plataforma YouTube, y con cursos que son impartidos en la zona por algunas instituciones como Indap, sobre cuidado y manejo de plantas. Claudia y su madre viven actualmente a pocos metros la una de la otra y mantienen una relación cercana, viéndose todos los días.

El jardín de Claudia está constantemente siendo modificado, ya que la mujer siempre cambia de ubicación las plantas, así como permanentemente está probando con distintos tipos de flores que puedan quedar mejor en el lugar. Dentro de toda esta variación que puede haber en su jardín, de lo único que Claudia dice que se preocupa año a año de tener, son gladiolos,

*calculo siempre la fecha, por ahí si uno los siembra en septiembre, ya para navidad están en flor y se los llevo a mi mamá, y que decore la mesa pa' la pascua, eso de que me vine a vivir sola, porque son sus flores, le encantan, son sus favoritos* (Claudia, 34, El Carmen).

Su madre, por su parte, durante el año, y especialmente en el tiempo en que Claudia recién había llegado a su terreno en el Carmen y construía su casa le regalaba plantas. Este tiempo fue un momento complejo para Claudia pues estaba atravesando un divorcio, y su madre le hacía estos regalos para que así fuera haciendo su jardín, y con ellas fuera animándose un poco, y este intercambio hasta el día de hoy las mantiene en constante contacto, en un ir y venir de plantas.

Otro caso es el de María (67, Calle Larga), quien es conocida en gran parte del sector de Chicolco, el Valle de los Olmos y las localidades cercanas al río Pedernal por distintas razones. Hay quienes la conocen porque están emparentados de alguna forma con ella; tiene parientes en prácticamente todas las localidades de la comuna y además cada año

es madrina de confirmación de una o dos personas de la zona. Otros la conocen porque ha trabajado en distintos rubros en los distintos pueblos del sector, con lo que conoció gente en toda la comuna. Participa también de un círculo de artesanas y en un Club de Adulto Mayor en Chincolco, y además muchas de las familias de los pueblos van hasta su casa a diario para comprarle pan amasado.

Es por esto que la red de conocidos y conocidas de María es muy amplia. Muchas de las mujeres que la conocen saben que a María le gustan las plantas; especialmente los cactus y suculentas, y suelen ser mujeres que comparten este gusto por las plantas. María cuenta que *“todas a mí me dan plantas, como saben que me gustan, mis amigas viven dándome, pa’ cumpleaños, el santo, o porque sí no más”* (María, 67, Calle Larga). María también acostumbra a regalar o compartir de sus plantas a sus amigas y a quien le pida. Si llega alguien a su casa que no tiene alguna de las plantas que ella sí tiene, especialmente si se trata de alguna con propiedades medicinales, ella les entrega alguna patilla para que tengan puedan plantarlas y así tener en sus hogares. Varias de las mujeres a las que visité eran parte de las conocidas, amigas o familiares de María, y efectivamente tenían plantas que fueron regaladas por la mujer, y ellas mismas también acostumbran a regalar y compartir de las plantas de sus jardines con otras personas.

Este constante regalar plantas se relaciona con el hecho que tanto María como su red de conocidas con quienes realiza estos distintos tipos de intercambio de plantas, viven en un contexto en donde los habitantes de las distintas localidades se conocen entre sí; son las mismas familias que habitan el sector hace muchos años en zonas que no son tan densamente pobladas, por lo que conocerse es fácil, compartiendo así una historia común y compartiendo un territorio en donde inevitablemente se encuentran. Los regalos de plantas son entonces una forma más de vincularse con personas con las que se tiene algún tipo de relación. Estos son intercambios de plantas que se dan con personas con las que se tiene mucha cercanía, como familiares o amigas cercanas, así como con aquellas con las que no se tiene un vínculo tan establecido – incluso yo muchas veces terminé con plantas de regalo de parte de mujeres a las que había conocido solo un par de horas atrás – pero que necesariamente significan, al menos, que quien recibe la planta la va a tener en su jardín como un recordatorio de quién se lo dio.

En esa línea, el hecho de que las plantas funcionen como recordatorio tanto del regalo como de quien se la regaló, da el pie para vincular esto con las reflexiones sobre el don. Como planteó Mauss, dar, recibir y devolver regalos es tramposamente simple, el don no se limita a un intercambio – dar y devolver – sino que en estas tres dimensiones, y en la obligatoriedad que las envuelve, está la formación y existencia de una relación social entre quienes intercambian que requiere de las tres dimensiones y que nos indican la existencia de una relación social (Mauss en Argemir, 2017). Así, cuando María o Ingrid presentan su jardín, las plantas que tienen no son solo *una planta*, sino que es *una planta que fue un regalo de determinada persona*, a quien seguramente le han regalado plantas también. De esta manera, los regalos de plantas están generando y/o reforzando vínculos entre las mujeres jardineras que participan de estos intercambios.

A modo de síntesis, los casos expuestos en esta sección ilustran cómo las trayectorias y biografías de determinados habitantes no humanos del jardín se vinculan a recuerdos,

historias o personas significativas para los humanos del jardín. Las jardineras y los no humanos de estos ejemplos, tienen en común a una tercera persona o momentos de sus biografías, y a través de estos se generan vínculos entre estos habitantes del jardín. Constantemente se están haciendo referencias a los hitos importantes de los que los habitantes no humanos del jardín fueron parte, así como, en el caso de estar involucrados en algún tipo de regalo, funcionan activando los vínculos entre las personas que son parte del intercambio. De esta manera es que estos seres poseen biografías propias, estando insertos en las relaciones en torno a las que existen, llegando incluso a poder pensarse en existencia de redes familiares y de parentesco que incluyen a estos no humanos, adquiriendo así significados propios, tal como lo hacen los seres humanos (Herms & Miotti, 2011). En consecuencia, sumado a su condición de seres actantes, también son seres relevantes para los habitantes humanos con los que conviven. La razón de esta importancia puede encontrarse en sus trayectorias de vida y en cómo estas se vinculan con la de los demás seres con los que conviven, en particular con las de las jardineras.

Una cantidad importante de los habitantes no humanos del lugar son entonces estos seres con agencia y trayectorias propias que están siendo partícipes de la vida común en el jardín, en donde animales, plantas y humanos generan vínculos y relaciones que se vuelven sustancialmente relevantes para quienes participan de ellas.

e. Jardineras, plantas y animales; involucramiento mutuo

Además de los vínculos recién descritos las mujeres, plantas y animales, que se caracterizaron por estar siempre en relación con una tercera persona o con algún recuerdo, se da otro tipo de relaciones entre habitantes del jardín que no están mediados por otros, sino que tiene que ver con la relación directa que surge entre las jardineras con determinadas plantas o animales, o con el jardín en general.

Isabel es una de las mujeres que ha establecido un vínculo especial con ciertos elementos de su jardín. Vive, junto a su marido y su hijo, en una casa al final de un pasaje que se encuentra subiendo por el cerro central del Valle de los Olmos, el cerro del Cristo. Esto significa que llegar a la vivienda implica un esfuerzo físico considerable – razón que hace que la familia constantemente esté meditando la idea de cambiarse de casa – y también implica que todo el terreno en donde se emplaza la casa y el jardín está en pendiente, al estar enclavada en la ladera del cerro. Al entrar es difícil ver la casa, que se esconde detrás de arbustos y árboles que Isabel ha sembrado, y que considera que no es más que un pequeño terreno que ha tenido que saber aprovechar lo mejor posible.

Dentro de esta vegetación, un árbol llamó mi atención la primera vez que fui a la casa, y según Isabel, esto le ocurre a todo quien entra en su jardín; un matico. Si llama la atención es por su tamaño, siendo uno de los árboles más grandes y frondosos del lugar. La mujer cuenta que hace no mucho tiempo era un arbusto mediano, hasta que su esposo Pedro, sin preguntarle antes a Isabel, decidió podar ese matico y otro más que tenían, pues pensaba que ya estaban muy grandes. Ella cuenta que en el momento en que su marido se lo contó se enojó mucho, pues consideraba que él no tenía derecho a podar sus plantas. A su juicio, no correspondía que él decidiera solo el retirar plantas del jardín, y porque además había hecho mal el trabajo; el objetivo de Pedro era eliminar uno de los

maticos y podar el otro de los arbustos para controlar su tamaño, que si bien no se comparaba a cómo está ahora la planta, ya era grande y esto no le agradaba. En vez de dejar uno de los maticos bien podado y haber retirado el otro, Pedro había dejado los dos iguales;

*unos palitos listos para morirse (...), de pura rabia que tomé los palitos que dejó, y los trasplanté, puse uno allá abajo y este acá, y de mi pura rabia que tenía, que ellos crecieron así de grandes, con la rabia mía (Isabel, 42, El Valle).*

Esta es la explicación al gran tamaño que tienen ahora los maticos del jardín, que, de acuerdo a Isabel, han alcanzado ese porte de forma muy veloz, más rápido de lo que lo haría un matico normal, debido a los sentimientos que ella tuvo al momento de volver a plantarlos.

Carolina es otra mujer que tiene una relación especial con su jardín, en particular con las plantas que hay en él. Ella vive ahí con su hijo, quien trabaja en una mina en Santiago bajo un sistema de turnos, lo que significa que Carolina pasa gran parte del tiempo sola. Por su avanzada edad ya no tiene un trabajo remunerado, lo que significa que pasa parte importante de sus días en su hogar excepto cuando va a visitar a su madre, alguna amiga o hija; todas personas que viven, al igual que ella, en Calle Larga.

Su casa está justo frente a la plaza de la localidad, y tiene una pirca que la separa de la calle, desde donde se puede apreciar una concentración importante de flores justo frente a la casa, y que llaman la atención por su colorido a quien pase por fuera de su vivienda. Además, aunque no se vean desde fuera, la presencia de plantas se extiende por toda la propiedad, donde es posible encontrar árboles frutales y todo tipo de plantas que ha ido coleccionando con el tiempo, además de un espacio delimitado para la huerta, a lo que se suman cerca de 30 gallinas que circulan por el jardín libremente durante el día y dos perros. Así, las plantas que adornan la casa y que son visibles desde la calle, son una selección de las flores que Carolina considera más bonitas, y las pone ahí justamente para que embellezcan la casa, mientras que las plantas que no son visualmente tan atractivas ocupan todo el resto del lugar. Estas flores están ahí además por otras razones; justo detrás de ellas hay instalada una mesa, sillas y un sillón – que funciona como el escenario de estar de este jardín – donde Carolina pasa gran parte del día, por lo que esas flores cumplen con la función de darle un poco de privacidad a ese sector – no siendo posible de ver desde la calle, desde donde solo se ven flores – además de tener un efecto de proteger y reducir el calor, dándole sombra y frescura a quien se instale ahí. Todo esto se suma al rol estético que tienen, que hace el jardín llamativo para quien pasa por fuera, pero también para sus habitantes; *“desde acá, yo me gano en el sillón, y tengo las flores ahí así las puedo mirar, y ver todo bien bonito” (Carolina, 80, Calle Larga).*

Si bien en los tiempos en que la visité ella podía dedicarse a trabajar en su jardín, actividad que le ocupaba en general varias horas al día, poco antes de conocernos, Carolina había sufrido de fuertes dolores en una pierna. Para ella este fue un tiempo angustiante, pues sumado al intenso malestar que sentía, los doctores no podían diagnosticar certeramente qué era lo que la aquejaba, ni menos dar algún alivio ni cura a su dolencia. A esto se sumaba lo difícil que le resulta el acceso a servicios de salud, pues

implican trasladarse a Chincolco, Petorca e incluso a La Ligua. Los dolores eran tales que por períodos incluso la tenían inmovilizada en cama, y le impedían hacer parte importante de su vida cotidiana. No podía hacerse cargo de las tareas de la casa, ni visitar a sus familiares y amigas, y tampoco le permitían dedicarse a sus plantas; imposibilidad que duró varios meses debido al difícil diagnóstico y tratamiento de su enfermedad.

La razón por la que Carolina me contó todo este proceso fue en el contexto de una conversación sobre los cuidados que ella le da a su jardín. Al contar sobre su enfermedad, el foco que ponía estaba en las implicancias que tuvo para este lugar su enfermedad. En ese tiempo en que Carolina estaba imposibilitada de trabajar en él, como es de suponer, su jardín fue decayendo, y la mujer recuerda con tristeza como ella se sentaba a mirar sus plantas.

*Yo me ganaba acá mismo (en el sillón) a ver todas mis plantas, y veía como estaban tan tristes, todas muriendo y yo no podía hacer nada, con suerte darles un poco de agüita (...) me sentaba aquí y lloraba de puro verlas (Carolina, 80, Calle Larga).*

Para Carolina, era tal su enfermedad, que su jardín estaba decayendo también, en parte por la falta de cuidados, pero también cuenta que, así como ella estaba afectada, sus plantas también, “*de tanto estar enferma yo, ellas también se enfermaron po*” (Carolina, 80, Calle Larga). Su malestar fue traspasado a sus plantas, tanto por la falta de atención que sufrieron, así como también en un compartir las dolencias que va más allá de esta primera razón de desatención de los cuidados, sino que habla del fuerte vínculo que tiene la mujer con su jardín, en donde lo que a ella le ocurre, también afecta a sus plantas.

También en la región de Petorca, está el jardín de Milagros, quien hoy vive sola en la misma casa en la que ha vivido por más de 30 años, en una vivienda que está en la ladera del cerro del Cristo. Para poder entrar a la casa, al igual que en muchas casas del Valle, hay que subir una pequeña escalera que llega a la reja de calle. A Milagros la conocí justamente cuando se preparaba para subir estos escalones a la vuelta de comprar el pan, en una pausa que a su avanzada edad se hace necesaria hacer antes de emprender la subida. Le cuesta poder hacer ese pequeño trayecto, fundamental para poder habitar el lugar. Debido a esta dificultad para acceder a su casa, y la negativa de la mujer a la opción de cambiarse o irse a vivir con alguno de sus hijos, es que estos últimos están construyendo una rampa que reemplace la escalera, para dar solución a lo agotador y complicado que se le hace a Milagros poder entrar y salir de su casa ahora que la mujer cuenta con una movilidad cada vez más reducida.

La construcción de la rampa no es lo único que ha tenido que ir cambiando en la casa a medida que Milagros ha ido envejeciendo. Desde fuera, se puede observar como la reja está llena de plantas, y al entrar es un lugar dominado por lo verde. Pero este jardín tiene una particularidad. Actualmente está repleto de tarros y maceteros, donde se encuentra sembrada la mayoría de las plantas. A excepción de los árboles más viejos y grandes del lugar, todas las plantas del jardín se encuentran en maceteros, ninguna está directamente sobre la tierra, no porque no exista el espacio para hacerlo, sino porque Milagros ya no es

capaz de mantener plantas directamente en la tierra, *“ahora tengo un jardín de tarro, un jardín viejo como yo”* (Milagros, 73, *El Valle*).

Con el tiempo, Milagros ha tenido que ir trasplantando algunas plantas a maceteros, porque le demandan menos esfuerzo físico, o simplemente dejando morir aquellas que no fue capaz de traspasar, pero de las que tampoco pudo hacerse cargo. Tener plantas en la tierra requería el trabajo de picar el suelo y rellenarlo, pues el terreno del jardín de Milagros es casi enteramente de roca y necesita relleno de tierra. Esto significaba a la mujer en el pasado agacharse constantemente y trabajar con herramientas pesadas, actividades que de a poco se fue dando cuenta que ya no era capaz de hacer. En un primer momento esto hizo que necesitara de la ayuda constante de sus hijos, que no viven con ella, para poder mantener con vida a las plantas. Mantener los maceteros, todos de pequeños tamaños, en cambio, le permite tomarlos y trabajar en ellos a una altura cómoda sobre un mesón, así como manejar menores volúmenes de tierra con los que sí puede cargar, y trabajar con un material que es mucho más blando que la tierra dura y con piedras que hay en el terreno de su jardín.

Así es como, de forma paulatina, a la larga terminó por cambiar la mayoría de sus plantas a esta modalidad de maceteros, que le permite hacerse cargo del lugar de forma autónoma, lo que ha significado que su jardín haya ido cambiando completamente respecto a cómo era cuando ella era más joven. Esto Milagros lo cuenta diciendo que su jardín ahora es uno viejo, que ha ido cambiando a medida que la mujer lo ha hecho.

Otro ejemplo es el de Catalina (90, Calle Larga), que vive junto con su hija Ana y con sus nietos, así como con su hijo Marcos; quien trabaja en un sistema de turnos mineros en Santiago, ciudad donde pasa parte importante de la semana. La primera vez que visité esta casa, Catalina tenía una herida en la pierna que no lograba sanar y que estaba tratándose en el Centro de Salud Familiar de Chincolco, donde le dijeron que se debía seguramente a su avanzada edad. La dificultad de la cicatrización además hizo sospechar a sus médicos de un principio de diabetes, lo que les generó cierta preocupación adicional.

La explicación que da la mujer sobre la imposibilidad de que su herida cicatrizara era completamente distinta. Ella no se encontraba, a diferencia de los profesionales del Cesfam, en nada preocupada de su situación. Al contrario, para ella lo más lógico es que esa herida no cerrase. Resulta que el tiempo en que se hizo esa herida, coincidió con el inicio de la primavera. La mujer explicaba que ese es el tiempo en que las plantas brotan, por lo tanto, era absolutamente imposible que ella pudiera cerrar una herida, algo que para Catalina tenía era obvio y no daba mayor explicación al respecto.

Conversando con su hija Ana, le pregunté sobre esta explicación que daba su madre, y ella coincidía, *“claro, si con las plantas acá nosotros convivimos, vivimos en el mismo entorno, compartimos el agua, el aire, la tierra, todo po’, si estamos juntos. Si a ellas les toca una cosa, a nosotros también”* (Ana, 42, *Calle Larga*). De este modo, si las plantas están en tiempo de florecer, no es tiempo para los humanos cerrar heridas. Es importante aquí que esta idea de compartir procesos no es con cualquier planta, sino que con las que se comparte espacio, agua, aire, tierra; vale decir, se refiere a una convivencia cercana.

Es un compartir que se da con las plantas más próximas, que, si bien no son exclusivamente aquellas del jardín, sí las incluye. Ana cuenta cómo esta forma de comprender la relación que se tiene con las plantas es algo que aprendió de su madre. Ella no niega las explicaciones que dan los médicos como sí lo hace Catalina, sino que cree que es una explicación compatible con las razones estacionales, en donde el hecho de compartir la convivencia con plantas, lo que significa que necesariamente viven los mismos procesos, al ser parte de un mismo ambiente, en donde las fuerzas están concentradas en los procesos de brote y no en los de cierre.

Si bien los ejemplos anteriores varían bastante entre sí, todos tienen en común el vínculo de las mujeres con algún organismo de su jardín, o con el jardín en su totalidad, que llega a ser tan potente que ambos están sujetos a los mismos procesos; lo que le pase a uno, de alguna forma se refleja o también le ocurre al otro. En el caso de Isabel y sus maticos hay una continuidad entre sus emociones y el crecimiento de sus plantas, que más de una mujer repite en ideas como que *“si uno corta una planta con rabia, ahí no crece más, pero si se hace con cariño y amor, crece bonita”* (Claudia, 34, *El Carmen*) o que las podas tienen que ser *“con calma, tranquilas, y ahí la flor después da bonita como siempre”* (Edelmira, 83, *El Carmen*). En el caso de Carolina se puede ver una continuidad entre su cuerpo; sus ciclos de salud y enfermedad, y en cómo esto se ve reflejado en lo que ocurre en el jardín, y para el caso de Milagros se ve como a medida que la vida de ella avanza, también avanza la de su jardín. Con Catalina y Ana, el hecho de convivir con las plantas necesariamente las hace partícipes de un mismo ambiente, lo que significa el compartir procesos y recursos en donde todos los habitantes del lugar han de experimentar los mismos momentos vitales.

En todos estos casos se ve cómo están entrelazados los caminos de los distintos habitantes del lugar- y también el lugar mismo – entre sí. Esto puede tomar formas más sutiles, como la pena pasajera que sienten algunas mujeres al tener que podar alguna planta, o aquella que embarga a las familias en los tiempos de invierno donde el jardín está deteriorado, o la alegría de ver a las plantas florecer en los tiempos de primavera. Sin importar si son estas formas más sutiles o casos más llamativos como pueden ser los ejemplos descritos, este tipo de relaciones que se establecen entre jardineras y su jardín es el nivel más fuerte de los vínculos que se generan entre los habitantes del jardín y con el lugar mismo.

En cualquiera de esos ejemplos, por medio de observar la relación entre jardineras con plantas y animales es que se puede reafirmar el hecho que el jardín se convierte en más que un lugar donde se pueden encontrar elementos naturales en la forma de plantas y animales – sin descartar que también se den relaciones similares con otros habitantes humanos del jardín, pero de forma menos notoria –, siendo posible profundizar en qué significa la existencia de estos seres en el jardín.

Se comenzó exponiendo que los habitantes no humanos tienen una existencia más compleja que ser una naturaleza indiferenciada dentro del jardín, pudiendo algunos considerarse como actantes, seres o personajes no humanos. Teniendo esto como base, salen a la luz los fuertes vínculos que se generan entre humanos, plantas y animales. Estos dejan en evidencia cómo este lugar efectivamente funciona como un ambiente, en

tanto está constituido mutuamente por los organismos que lo componen; organismos que van generándose como tal por medio del mutuo involucramiento que comparten, siendo seres complejos que participan de forma conjunta en una vida común, proceso en cual la vida se genera y a su vez es puesta en su sitio (Ingold, 2002). Los habitantes del jardín desarrollan sus vidas de forma conjunta, en donde la existencia, por ejemplo, de las plantas, está completamente vinculada con la de su jardinera a cargo, y en casos como los descritos, el cómo se da la vida de las jardineras también depende, en cierta medida, de la existencia de estas plantas.

Teniendo esto en cuenta es que se puede plantear que en las relaciones entre humanos y no humanos no funciona, o al menos no siempre, la lógica binaria dualista de superioridad sobre lo natural, donde la condición de ser naturaleza o humano no es tan importante como la historia y existencia compartida que pueda haber entre dos o más seres.

Es desde esa lectura que se puede pensar en las ideas de crianza mutua, proveniente del mundo andino y que comienza a ser utilizado en el mundo académico luego de que autores notasen que estas concepciones dualistas y occidentales no se aplicaban al mundo andino que se estudiaba. Frente a esto se comienzan a utilizar las propias teorías andinas respecto a cómo estos pueblos se relacionan con no humanos (Lema, 2017). Es por esto también que en el contexto andino estas formas de relaciones existen en el marco de un mundo considerablemente distinto al de aquel donde se desarrolla esta memoria, y por lo tanto no es posible ni tampoco se busca plantear que entre las jardineras y sus jardines se da una crianza mutua en el completo sentido que esta tiene entre los pueblos andinos. Pero sí se plantea que la forma en la que se dan las relaciones en los jardines se aleja por momentos de la concepción dualista de naturaleza y cultura, con lo que se abre la necesidad de concebir otras realidades. En este contexto es que los puntos de encuentro que hay con las nociones de crianza mutua ayudan a iluminar y pensar cómo son las relaciones que se dan en los jardines, sin por eso considerarlas como completamente equivalentes ni buscando forzar la aplicación de un modelo andino en un contexto en que no es pertinente.

Como ya se mencionó anteriormente, se puede decir que las jardineras se dedican a dar cuidados a plantas y animales, entendiéndolos como un intercambio de flujos vitales entre criadoras y criados, con el fin que estos se reproduzcan y florezcan (Lema, 2017) Pero los vínculos entre jardineras y otros habitantes del jardín no se limita tan solo a una entrega de cuidados exclusivos por parte de las jardineras, sino que, como se ilustra en los casos descritos, por medio del compartir sentimientos, ciclos vitales y diversos acontecimientos, se puede pensar como estamos frente a relaciones que van más allá de estos cuidados unidireccionales. Entre jardineras y sus plantas y animales, y a veces con el jardín en sí, hay una relación que implica conversación, diálogo, entendimiento, pactos, negociaciones, reciprocidades, intercambios y acuerdos entre personas humanas y no humanas (Lema, 2017); expresados en elementos mencionados como el conversar con plantas y animales, considerar que tienen capacidad de raciocinio por lo que son seres con los que negociar, y en los relatos de las jardineras que dan cuenta de que aquello les ocurre a estos seres afecta su propia existencia y viceversa.

Es por esto que se puede plantear que nos encontramos con relaciones entre jardineras y los seres a los que crían, que son relaciones recíprocas; en donde hay flujos de energías hacia ambos lados, forzosas; siendo que para que los participantes y el jardín puedan existir es necesario que estas relaciones existan, y asimétricas (Lema, 2017); en tanto las reciprocidades están en relación a las particularidades de cada sujeto, y porque hay seres que necesitan ser criados por otros (Lema, 2014). Así, estas nociones provenientes de la crianza mutua sirven para conceptualizar aquello que ocurre en el jardín que no puede leerse como las jardineras llevando a cabo trabajo doméstico, o intentando dominar la naturaleza presente en su jardín.

Las formas de interactuar que tienen jardineras con los seres no humanos de su jardín, vistas de esta manera, logran producir estos vínculos de tal magnitud en que unos se ven afectados por lo que al otro u otra le ocurra. Se sostiene en una existencia compartida entre jardineras y no humanos, que se desenvuelve principalmente por medio de labores que pueden entenderse de cuidado y crianza, y que terminan por generar estos vínculos en tanto cohabitantes del jardín, que no se reducen a tan solo mantener vivas a plantas y animales. Al contrario, son relaciones significativas en la vida de los seres que son parte de ellas, como ilustran los casos descritos. En ellos es posible pensar en una constitución mutua de los seres del jardín, que puede comprenderse bajo las lógicas de la *mutualidad del ser* planteada por Sahlins. Si bien el autor introduce el concepto y lo discute principalmente en torno al parentesco, aquí no se busca sostener que las mujeres jardineras establecen relaciones de parentesco con plantas y animales, sino que se aplica el concepto en tanto la mutualidad del ser sirve como un marco bajo el cual comprender los vínculos que se generan entre estas humanas y los otros habitantes del jardín. Es posible afirmar que entre estos se da una “existencia conjunta (...) donde el existir es mutuo, la experiencia en sí es transpersonal, no es simple o exclusivamente una función individual” (Sahlins, 2013, pág. 44), ni en la que los habitantes del jardín tengan una convivencia que se limite tan solo a compartir un mismo lugar, sino que se comparte la vida a un nivel de existencia más profundo.

Los ejemplos descritos pueden comprenderse bajo esta noción, en donde podríamos hablar de mutualidades entre mujeres y plantas que se vislumbran en sentimientos, ciclos vitales y períodos de salud y enfermedad que se vuelven vivencias compartidas. Al compartir estos elementos, al experimentarlos de forma mutua, todos los seres involucrados no terminan en sí mismos, sino que continúan en los demás; la rabia de Isabel no termina en ella, sigue en sus maticos; la vejez de Milagros también es la vejez de su jardín y asimismo la enfermedad de Carolina.

Tenemos entonces que el jardín se muestra como un ambiente, concepto que sirve en tanto permite visualizar las relaciones entre los habitantes de estos lugares, poniendo estas interacciones entre los organismos componentes del ambiente en el centro de la forma en que el jardín se constituye. Dentro de dichas interacciones, hay algunas que pueden comprenderse como manifestaciones de la mutualidad del ser compartida entre los habitantes del jardín, y que toman la forma de cuidados y reciprocidades mutuas. Esto deja la puerta abierta a reflexionar respecto a que tanto hay del binarismo de naturaleza y cultura en los jardines.

En consecuencia, para retomar con la idea que abrió este segmento respecto al trabajo en el jardín como algo feminizado, queda claro que el trabajo en el jardín ha de ser entendido como trabajo doméstico. Pero esta idea se complejiza, pues en la práctica este trabajo se traduce en una mujer jardinera que riega el lugar, en los tiempos de podar alguna planta o de retirar los restos de otra que se secó, al llegar la hora de alimentar mascotas o quizás sacrificar alguna gallina. Todas son acciones que se realizan con plantas y animales, que, como se ha visto, son seres a las que se le reconocen sentimientos, que tienen historias de vida que son conocidas por las personas que las están cuidando y en ellos también reconocen parte de sus propias vidas. Es por esto que no puede ser considerado únicamente como trabajo doméstico, pero tampoco califica como actividades de ocio y recreación, típicamente atribuidas a los jardines, sino que pertenecerían a ambas esferas (Bhatti & Church, 2000), generándose vínculos entre las jardineras que llevan a cabo estos trabajos, y los seres que son cuidados, que exceden tan solo el marco de actividades de mantención del espacio doméstico.



imagen 4: Ingrid en su jardín

#### 4. Los tiempos en el jardín



Imagen 5: Jardín de Yolanda, sector donde la familia se reúne en las comidas

Si se abordó ya la característica del jardín de ser un lugar de convivencia de múltiples seres, ahora es momento de ahondar en la segunda característica que se definió como central para estos lugares; el jardín como un lugar en donde las personas humanas pasan su tiempo. En esta dimensión es posible centrarse en las distintas formas en las que sus habitantes se desenvuelven en el lugar y cómo este se vuelve significativo para los humanos que lo habitan; teniendo de punto de partida el simple hecho de que las personas están en el jardín. Así, el énfasis ya no está tan solo en las jardineras, ni en cómo se dan las interacciones interespecies en el lugar, sino que en cómo el tiempo en el jardín va pasando, algo de lo que todos sus habitantes – humanos en este caso – son parte.

El decir que las personas pasan mucho tiempo en sus jardines no es un dato menor o sin importancia. En muchas de las familias con las que trabajé, incluso antes de explicar a qué se debía mi visita, el recibimiento era en el jardín. Este es el lugar donde, sobre todo en los meses de verano, solía encontrarse la gente en las tardes, especialmente una vez finalizada la jornada laboral, y ahí se quedaban hasta altas horas de la noche, en alguna mesa del patio acompañados de un té. En los meses más fríos, si bien los ratos en el jardín se reducen por las condiciones climáticas y la falta de luz, sigue siendo uno de los lugares más utilizados de la vivienda. Sin importar el frío es común encontrarse con personas tomando once, cenando o simplemente conversando sentados en el patio hasta el momento en que se van a dormir, o cuando ya hace demasiado frío y se ven obligados a entrar.

Es por esto que, evidentemente, el jardín se vuelve parte importante en las rutinas diarias y vidas cotidianas de sus habitantes, con lo que también necesariamente está vinculado

con distintos momentos importantes de las vidas de las y los sujetos. Con esto, el jardín queda estrechamente vinculado con el paso del tiempo en distintos niveles; las personas viven sus días en el jardín, y es inevitable que vayan quedando marcas de uno u otro tipo que evidencian el paso del tiempo en el lugar.

a. El paso del día en el jardín

Una primera forma en que el paso del tiempo se puede ver en el jardín, es en como este lugar entrega pistas del avance del día. En verano, por ejemplo, después de todo un día de sol y calor, llega el momento en que la temperatura empieza a bajar. Al pasar un par de días en terreno, descubrí que esta era la mejor hora para acercarme a las viviendas en busca de casos. Luego de tardes tan calurosas en las que era difícil encontrar gente en sus jardines, a medida que el sol descendía, estos lugares se iban llenando de personas que, con la baja de las temperaturas, podían salir a pasar la tarde en el patio. Pero, sobre todo, aparecían mujeres que, manguera en mano, comenzaban la labor de regar sus plantas, que es quizás la única tarea que en todos los jardines se repite de forma diaria, siendo una hora que incluso se puede reconocer por el olor a tierra mojada y flores que llenan las calles en donde los jardines están siendo regados.

El comienzo de esta actividad marca el fin de las horas de calor, pues *“hay que regar con la fresca, cuando ya no hace tanta calor”* (Edelmira, 83, *El Carmen*). Esta es una costumbre que se repetía en todos los casos; excepto en una mujer, Dolores (66, *El Cuadro*), quien tiene la rutina de regar en la mañana antes de que comience el calor, siendo la actividad con la que inicia su día, antes de dedicarse a atender el negocio en el que trabaja.

Para Gema, en cambio, que riega de forma diaria su jardín cerca de las 7 de la tarde, incluso es *“que el calor se va cuando una empieza a regar, baja la temperatura con el riego”* (Gema, 49, *San Antonio*). Esta actividad aparece como un punto clave en el día de las personas, pues es lo que marca la división entre cuando no se puede estar afuera por el calor y cuando sí en verano. Pero, yendo más allá, también acompaña el término de las jornadas laborales, las tareas domésticas dentro de la casa; cuando comienza el riego comienza también la tarde libre, el sentarse en el lugar a tomar once y recibir visitas de alguna vecina o vecino. Estas pequeñas actividades en el jardín, que coinciden con la hora de ‘la fresca’, hacen saber indudablemente que el día está llegando a su fin, a las mujeres solo les queda regar y luego terminan sus actividades del día, y el resto de la familia ya puede también ir a disfrutar el tiempo libre afuera.

Hay otros momentos que marcan de forma clara el paso del día y que son particulares de cada vivienda. Por ejemplo, en el jardín de Sandra abundan aves de distinto tipo, especialmente varias especies de gallinas y patos que están sueltas por el patio y el canal que lo atraviesa. La mujer siente un profundo cariño hacia sus *pollos*, apodo con el que se refiere a todas sus aves de forma indiferenciada. Cuenta que en general han sido regalos, o que han llegado solos, como los patos que llegaron nadando por el canal. Sandra, a diferencia de muchos otros casos, no tiene estas aves para algún fin particular; no suele preocuparse de recolectar los huevos que ponen para usarlos como alimento, ni menos considera a futuro sacrificar alguna ave para consumirla, *“me muero de pena comerme*

*uno de los pollos, si yo a casi todos es como que los hubiera criado, si tengo muchos que hasta les he pedido de regalo a vecinos que los iban a matar si no” (Sandra 73, San Francisco).* Es por esto que la mujer tiene un número de aves que ni ella conoce a ciencia cierta, pero calcula deben ser más de sesenta, lo que le significa un trabajo y costos importantes de alimentación y limpieza asociado a sus aves.

El día de Sandra y su pareja, Carlos – y también el tiempo que me recibieron en su casa – siempre comienza con los cantos de todas estas aves que marcan la primera hora de la mañana, hora en que la pareja se levanta y se dispone a tomar desayuno. Luego, Sandra pasa toda la primera parte del día dedicada a mantener la casa, cocinar y atender a alguno de sus hermanos mayores que viven en las casas vecinas y que por su edad necesitan su ayuda durante el día. Su única pausa tiene lugar en el momento en que Carlos llega a medio día, y la pareja almuerza junta. La última actividad que realiza la mujer antes de sentarse a descansar, ver televisión o tomar once una vez que su pareja llega nuevamente del trabajo, es mantener el jardín. Todas las tardes se puede ver a Sandra regar las plantas de su jardín con una manguera en una mano, mientras que con la otra se dedica a dar comida a todos *“mis pollos y después los guardo para que se vayan a acostar, si ellos ya hasta saben que a esta hora les toca comida y ya llegan solitos, no hay que ni llamarlos” (Sandra, 73, San Francisco).* Una vez que las aves han terminado de comer guarda a algunas en el gallinero, a otras las traslada a un patio interior donde quedan encerradas las aves, y a otras las deja libres para que duerman sobre un par de troncos viejos. Luego de esto, Sandra dice que ha terminado su trabajo del día y es momento para ella de descansar. Sus jornadas comienzan y terminan marcadas por sus pollos.

Otra familia en donde un animal marcaba momentos importantes del día es la de Berta (60, San Francisco). Ella vive en la casa que en el pasado era de su suegra junto a su hija menor que trabaja en Rancagua, por lo que pasa poco tiempo en la casa y Berta vive prácticamente sola. Esto cambia en el verano, cuando su hija mayor se traslada a la casa de su madre junto a sus hijas gemelas. La primera vez que visité esta casa, nos encontrábamos conversando en el corredor con Berta y su hija mayor, también llamada Berta, mientras que sus dos nietas jugaban cerca. Entre regar y conversar avanzó la tarde, y en determinado momento el perro de la familia se acercó muy inquieto a nosotras. La hija de Berta con tan solo verlo en esa actitud se mostró muy sorprendida, pues algo le hizo notar de lo tarde que era, *“y seguimos acá, no hemos tomado ni once” (Berta, 40, San Francisco).*

Por supuesto, esta relación entre el comportamiento del perro y la hora, tan evidente para Berta y su madre quien estuvo de acuerdo con la afirmación de su hija, para mí no tenía ningún sentido. Al preguntar al respecto, Berta (hija) me explicó que por las tardes, cerca de las siete, siempre alguien se dedica a jugar con el perro. Ya sea ella, su madre o sus hijas le dedican un rato a jugar antes de entrar a tomar once, como parte de una estrategia de la familia para poder enseñarle a obedecer algunas órdenes y asegurarse que tenga algún tiempo de atención. Ocurrió en esta ocasión que ambas Bertas pasaron por alto la hora, y que las gemelas se encontraban concentradas en sus propios juegos. Es por esto por lo que el perro, al notar que nadie se acercaba a entretenerlo, se había

acercado él mismo en clara actitud de juego y llamada de atención; algo que hace cada vez que por alguna razón la familia olvida la hora de jugar, por lo que saben reconocer en él esa actitud y la vinculan automáticamente a una hora determinada del día.

El jardín funciona entonces, al igual que como podrían funcionar en otros espacios o lugares de las viviendas, como organizador del día de las personas. El riego como marca del fin o comienzo del día es algo común en los jardines. Las aves de Sandra o el perro de Berta que se vinculan con determinados momentos del día hablan de cómo ciertos elementos del jardín –prácticas vinculadas a determinados habitantes del lugar – que se vuelven rutinarios en el lugar pueden dar cuenta de qué hora es, cómo avanza el día y de qué actividades corresponde realizar.

Esta organización del tiempo no es algo que para los habitantes del lugar aparezca como algo explícito o que tengan presente de forma consciente. Es más bien una consecuencia observable de la rutina que se genera en el jardín, de realizar siempre las mismas actividades a horas similares. Gracias a estos elementos es que se podría hacer una analogía entre estos lugares y un reloj, que puede dar indicios sobre el momento en que se está para aquellos que sepan leerlo. Para quienes están inmersos en las distintas actividades del jardín y conocen las señales que en el lugar están asociados a una hora en específico, este lugar les da sentido de ubicación respecto al paso del tiempo día a día mientras que para quienes no habitan el lugar de forma más permanente, lo que ocurre en el jardín no entrega ninguna pista al respecto.

Además, estas rutinas diarias que se dan en el jardín juegan un rol importante en la construcción del hogar. Los procesos de construcción del hogar, o *home-making*, refieren a cómo se crean los hogares, y también se vinculan con cómo por medio de estos se genera un espacio doméstico desde donde se contribuyen al cumplimiento de un 'proyecto de vida' de sus habitantes, creando la esfera doméstica través de un proceso activo y dinámico. Este proceso está vinculado precisamente con las rutinas diarias y actividades enraizadas en el tiempo y espacio que se dan en las casas y que terminan por transformarlas en un hogar (Bhatti & Church, 2000). Las marcas del paso del tiempo que se describen en los casos expuestos, con actividades que se repiten día a día, precisamente se pueden considerar como una parte de los procesos de construcción del hogar – que incluyen también otros aspectos que escapan al jardín – siendo así como este lugar, y lo que en él ocurre, tiene importancia en el proceso en donde una vivienda se convierte en hogar, lo que ocurre solo cuando esta es vivida, y donde quienes la habitan participan en su elaboración y le otorgan sentido a la construcción (Salvadó, 2014).

#### *b. Estaciones y ciclos*

Así como el jardín va dando señales del paso del día, ocurre también con otros ciclos temporales, pero de mayor escala temporal. Estas son las distintas periodicidades que se ven en estos lugares, siendo las cuatro estaciones, y en especial los cambios entre una y otra, aquellas más notorias. El paso de una estación a otra se refleja de forma evidente en los jardines. En ambas comunas se realizaron visitas primero en meses cálidos, correspondientes a los comienzos del verano, para luego volver a cada lugar cuando ya estaba avanzado el otoño, lo que permitió evidenciar estos cambios al poder comparar los

jardines en los distintos momentos del año. En las visitas realizadas en los meses más fríos, en ambos sectores los jardines habían cambiado de forma significativa a como los recordaba en la visita anterior.

El jardín de Edelmira (83, el Carmen), por ejemplo, sufre cambios importantes entre una estación y otra. Conocí a Edelmira, a su familia y su jardín por primera vez en verano, cuando desde fuera no se podía ver el interior del lugar por una muralla verde de enredaderas que bloqueaba por completo la vista. Resulta que esa enredadera en otoño bota sus hojas, con lo que este muro verde desaparece por completo. Además, con el cambio de las temperaturas y el ajuste al horario de invierno, las horas en que la familia se sienta en el jardín se ven modificadas.

El cambio llega a ser tal, que la segunda vez que visité El Carmen, en un primer momento no reconocí desde fuera la casa de la familia; siendo que en la visita anterior me detenía todos los días en la casa, por lo que ya me creía familiarizada con el lugar. La razón de no reconocerla fue, precisamente, que en vez de ser un sector cerrado con una muralla verde que diera a la calle, ahora era un jardín abierto completamente, habiendo perdido la muralla verde y el techo de parra que lo ocultaba. Además, cuando me dirigía a visitar a la familia, pasé a la misma hora que acostumbraba a pasar en el verano, y esperaba escuchar o ver a la familia en el jardín; pero al hacer más frío y estar oscuro, a esa hora ya nadie se encontraba afuera, por lo que llegué hasta el final del caserío de El Carmen sin haber encontrado la casa de Edelmira, la que finalmente pude reconocer gracias a un gran cactus que seguía manteniéndose igual que en verano.

En lo visual quizás es lo más notorio, pero también hay otros cambios en estos lugares, así como en las personas que los habitan, que se dan a medida que pasan las estaciones. Cambian, por ejemplo, las actividades que ocurren en el jardín. Por una parte, como en el caso de Edelmira, cambian los horarios de uso del lugar, para adaptarse a las nuevas temperaturas que trae cada estación. Por otra parte, los cuidados que requieren las plantas cambian de forma radical entre una estación y otra.

Por ejemplo, cuando le pregunté Martina sobre qué trabajo le implicaba el jardín, cuando la conocí en período de verano, me comentó que *“en esta época ya no hay mucho que hacer”*, decía Martina (35, El Carmen), pues ya estaban empezando a secarse las flores que abundan en su jardín, casi enteramente dedicado a ellas. Este vacío de tareas se dio solo luego de intensos meses en los que debió podar y preparar el lugar para asegurarse que las flores fueran recibidas de la mejor manera, renovando tierras y asegurando las sombras y luces que cada especie necesita de forma diferenciada. Cuando la visité de nuevo, en tiempos de otoño, la realidad era distinta, pues eran tiempos en que se necesitaba recolectar semillas de gran parte de las plantas del jardín, labor que va aparejada de las tareas de secado y guardado adecuado de cada semilla, y de mantener la organización de estas, pues la cantidad de especies que tiene Martina es tal, que en cada temporada guarda un volumen importante de semillas de distintos tipos que debe mantener ordenadas.

Las huertas son escenarios del jardín donde también las labores de cada estación o período del año son muy diferenciadas. Por ejemplo, la huerta de Gema (49, San

Antonio), que en su mayoría está dedicada a la producción de maíz, requiere de distintos trabajos a medida que avanza el ciclo de esta planta. El verano en que la conocí, los choclos estaban prontos a madurar, por lo que la familia comenzaba a organizarse para ver cómo disponer de tiempo para cosecharlos, debido a que era una cantidad importante de plantas y en años anteriores Gema se ha encargado de esto sola, lo que significaba mucha pérdida de mazorcas pues ella no es capaz de cosechar y almacenar sola toda la producción. En esa época, además, ya empezaban a planificar las visitas que recibirían, teniendo en consideración que por esas fechas había que preparar humitas y pastel de choclo, alimentos esperados por los familiares que van a verlos año a año de forma intencional en los tiempos de cosecha del maíz. Así, en esos momentos se estaban preparando para un período intenso de trabajo, en contraste a la visita en los meses de otoño, en donde el período más intenso del maíz había terminado, y en cambio el trabajo en el huerto se centraba principalmente en mantener las plantas protegidas del frío.

A medida que cambian las estaciones, también cambia la apreciación que tienen los habitantes de sus jardines. A Rita, por ejemplo, al conocer su jardín le comenté lo lindo que pensaba que era. Este es un lugar amplio, en donde hay pequeños senderos entre jardineras para flores y árboles frutales y decorativos, y con una gran enredadera de llamativas flores, que funciona como muralla entre la calle y la vivienda, que es particularmente frondosa gracias a la acequia que pasa junto a ella. En su jardín además hay una pequeña piscina, así como una casa de juegos para los niños que también viven en la casa, y un amplio corredor que rodea la vivienda, equipado con sillas y sillones en donde se puede pasar el día.

Como respuesta a mi comentario, me aseguró que *“ahora ya no hay casi nada, está tan feo el jardín, lo hubiera visto un mes atrás”* (39, *Rinconada de Jáuregui*). Un mes atrás habríamos continuado en plena primavera, lo que habría significado ver todo el lugar completamente florecido. En cambio, en ese momento algunas flores ya empezaban a desaparecer desde el comienzo del verano, así como también algunas plantas perdían un poco de su verdor debido a la falta de agua. Por estas razones Rita consideraba que el jardín comenzaba a decaer, algo que es posible de notar tan solo si es que se conoce el momento previo y a cabalidad, necesario para reconocer las sutilezas de los cambios que vive el jardín con el cambio de las estaciones. En consecuencia, mientras que para mí el jardín se presentaba como un lugar bello, para Rita se configuraba como uno que estaba dando muestras de decaimiento producto de haber pasado la primavera, que representa el mejor momento de este jardín, a juicio de la mujer jardinera.

La misma Rita en invierno decía con tristeza que sus plantas ya no estaban en su mejor momento,

*es normal que en invierno se ponga más feo el jardín y que algunas plantas hasta se mueran con tanto frío, y después yo sé que en primavera todo vuelve a dar, pero me da pena mirar mi jardín así tan triste* (39, *Rinconada de Jáuregui*).

Rita no es la única persona que es consciente de cómo las estaciones van manifestándose en el jardín, ni tampoco es la única que experimenta esta tristeza en invierno por el estado al que entra el lugar. Esta es una tristeza que está asociada con la

llegada del invierno producto del estado en que se encuentra el jardín durante esos meses, así como lo es la alegría que trae consigo la primavera y el refloreamiento del lugar. En esta temporada las plantas vuelven a mostrarse en todo su esplendor, acompañadas de ciclos de animales que llenan de nuevos habitantes a los jardines, cuando por ejemplo en los árboles se advierte la presencia de nuevos pájaros que se instalan para tener sus crías ahí;

*acá en todo el sector se sabe al tiro la primavera, porque se llena de pájaros y de pajaritos nuevos que están todo el día gritando, como que se vuelve a llenar todo, y de a poco como que este pedazo (el jardín) va tomando fuerza de nuevo y dan ganas de pescar una palita y salir a arreglar (el jardín) (Roberta, 42, El Valle).*

Estos cambios de ánimo se vieron en muchas de las familias, siendo una de las formas más comunes en las que la estacionalidad marca tanto a jardines como sus habitantes. Es posible vincular esto con lo que se trataba en la sección anterior, respecto de las relaciones que se forman entre jardineras y sus jardines, y que es la base para que estos sentimientos de tristeza y alegría afloren en estas mujeres, pues lo que le ocurra a una le ocurre al otro y viceversa. Sucede que, en el caso puntual de estas emociones, esto además está inserto dentro de dinámicas temporales cíclicas que se viven en el lugar.

Otras cosas que cambian en las estaciones son los olores presentes en los jardines. Claudia, por ejemplo, tiene en su jardín un espino, árbol que estaba en el terreno baldío antes de que la mujer llegara con su pareja y comenzaran a construir su casa y que en un comienzo decidieron no quitar solo por la sombra que iba a poder dar al lugar, sin valorarlo demasiado durante sus primeros meses en la casa, pensando en removerlo una vez que los árboles que recién plantaron hubiesen crecido lo suficiente como para no necesitar de la sombra del espino.

*Ahora a mí me encanta este espino. Ya por ahí por septiembre, octubre; en la primavera, cuando uno viene por ahí, por la esquina del cruce pa' Teno, ya se siente el olor que botan las flores, y ahí es como que ya, ya sé que llegué a la casa (Claudia, 34, El Carmen).*

En el jardín de María también hay un espino, junto al horno de barro en donde pasa toda la mañana haciendo pan, y sentarse bajo él en primavera es el lugar favorito para estar de toda la familia, nuevamente por la fragancia de sus flores. María también cuenta como en invierno le gusta estar en su corredor junto al brasero o haciendo pan junto al fuego, para así poder estar fuera pero sin pasar frío, y poder disfrutar de “ese como olor que deja el frío; de la lluvia y la tierra, el que sale con el barro y cuando bajan las nubes, esto que cómo le dicen, la neblina” (María, 67, Calle Larga).

Es así como los distintos procesos que tienen lugar en el jardín, los cambios que experimentan sus habitantes; humanos y no humanos, producto de lo que trae consigo cada estación, van haciendo notar el transcurrir del año y marcando los cambios de estaciones. Desde fuera de los jardines es posible notar, al observarlos, en qué estación se está. Es muy distinto observar un caserío en donde todos los antejardines están dominados por los tonos amarillos y cafés de las hojas secas del otoño, que ver verdes frondosos y colores diversos en tiempos de primavera. Estos lugares constituyen parte

importante del paisaje en que están insertos, lo que se hace notorio cuando los cambios que viven contribuyen de forma significativa a cambiar notoriamente el aspecto de las localidades en donde se encuentran.

Pero desde donde más se nota el paso de una estación a otra, es desde el interior de los jardines. Son sus habitantes quienes los viven de forma más evidente. Notar los cambios entre estaciones requiere de conocimientos o saberes vinculados a cada estación. Si bien hay ciertas dinámicas que gran parte de las personas que observen los jardines desde fuera pueden reconocer como propias de determinada ocasión; como la caída de hojas del otoño, muchas otras requieren de saberes más específicos. Saber que en determinados meses es necesario podar y en otros es tiempo de guardar semillas, como lo hace Martina; el relacionar los meses de primavera con el olor particular de algún árbol o los de invierno con la tierra mojada como Claudia y María; el comprender que los sentimientos de tristeza que se sienten son producto de lo que les sucede a las plantas llegado el invierno. Todos estos ejemplos muestran que las personas pueden asociar los eventos de su jardín y aquello que a ellas mismas les sucede en relación con este lugar, con las estaciones del año. Este asociar cambios a cierta estación implica necesariamente el saber sobre el funcionamiento de los ciclos estacionales, y sobre todo requiere conocer el jardín lo suficiente como para poder comprender los fenómenos que ahí ocurren, como parte de los efectos de los cambios estacionales, de manera que el jardín funciona como guía del paso del tiempo, pero tan solo para aquellos habitantes que conocen lo suficiente el lugar como para poder identificar y comprender los cambios que traen las distintas estaciones al jardín.

### c. Sequía<sup>2</sup> y terremoto

La relación que tiene el jardín con las estacionalidades además vincula al jardín con el contexto mayor en el que se inserta, pues no es un lugar ajeno a este y vive los mismos procesos que el territorio en donde se encuentra, como lo son las distintas estaciones del año. Hay otros procesos que se dan a una escala mayor que el jardín, pero que no por eso pasan inadvertidos en este lugar, sino que lo afectan profundamente.

En la comuna de Petorca los jardines, por ejemplo, están impregnados de los ciclos de sequía que se viven en la región, expuestos en los antecedentes. En los meses en que tuvieron lugar las visitas a terreno, se estaba saliendo de uno de los períodos más intensos de sequía que la gente recuerde,

*acá de que soy chica que a veces había años con menos agua, pero nunca como este último tiempo, nunca. Jamás el río estaba así de seco como ahora que es pura tierra, y eso de que faltara el agua pa' la casa, que tuviera que venir el camión, eso antes no pasaba (Catalina, 90, Calle Larga).*

---

<sup>2</sup> Como se expuso en páginas anteriores, el trabajo de campo en la comuna de Petorca se dio en los meses posteriores a una de las peores sequías que las personas con quienes se trabajó recordaran, pero durante el período posterior de redacción de esta memoria, la situación cambió. Actualmente en la comuna, región y en diversos sectores del país se viven situaciones de sequía y falta de agua, y que hacen de las reflexiones en torno al tema presentes en las siguientes páginas aún más pertinentes al contexto actual. Sin embargo, cabe destacar que es una contingencia que no fue incorporada en la presente investigación.

Además de todas las implicancias sociales, económicas y otras complejidades que implica vivir una sequía de tal envergadura como la que atraviesa la comuna, y que significó para muchas familias el deber sacrificar ganado y no poder seguir con la producción agrícola a pequeña escala que se acostumbraba, también implicó en muchos casos la pérdida total de los jardines, que por años estuvieron secos. *“No, si acá (en el jardín) no se podía tener nada, habría que haber estado comprando agua para regar, y no alcanzaba, por mucho que hubiésemos querido” (Isabel, 42, El Valle)*. En otros casos, como en el de Yolanda, les era posible comprar agua para poder dar a las plantas y animales, *“porque me moría de pena que mis plantitas se murieran, pero igual no era lo mismo, era como mantener vivo, pero nada de andar comprando más plantas o agrandando el jardín” (Yolanda, 45, Los Briones)*. Es por esto que varios casos de la comuna recién estaban reverdeciendo los jardines, que durante años estuvieron apenas sobreviviendo, luego de incluso no haber sido una prioridad al momento de decidir en qué se iba a usar el agua, *“acá por mucho tiempo tuve que decidir usar la poca agüita que llegaba pa’ cocinar, pa’ tirar la cadena. Por mucho que yo quería tirarles un poco a mis matas, no me alcanzaba no más” (María, 67, Calle Larga)*.

En la mayoría de los casos los jardines ya están avanzados en su recuperación de estos años de intensa sequía, y es por esto que quizás visualmente hoy no se puede advertir, a ojos de quienes no estuvimos en el lugar en los años secos, que hace poco más de un año apenas era posible mantener vivas unas pocas plantas en cada vivienda. Pero las consecuencias de la sequía están ahí.

*Todas esas rosas que usted ve son nuevas, se murieron todas las viejas con la sequía, y muchas otras plantitas más, si ahora ya no queda casi nada de lo que teníamos antes, de a poco hemos ido poniendo cosas nuevas ahora que tenemos agua,*

cuenta Luisa (65, Los Briones), en cuyo jardín quedan recuerdos del período de sequía en aquellas plantas que ya no están y las que llegaron con su término, pero que son vestigios que solo son reconocibles para quienes conocieron el antes, durante y después de este último proceso de sequía. Otro de los grandes cambios que trajeron estos tiempos secos y que se mantienen es la aparición de una preocupación constante por el agua en las personas de la zona. Esto en la práctica se traduce en un gran cuidado del recurso, en donde se encuentran una serie de acciones, por ejemplo de reutilización del agua de lavados de ropa y de loza para regar el jardín, *“nosotros aprendimos ya, algunos detergentes y cuestiones pa’ lavar la loza le hacen mal a las plantas, así que hemos ido cambiándolos y siempre usado lo que tira la lavadora o lo que queda de la loza pa regar” (Roberta, 42, El Valle)*. Esto viene de la mano de una angustia en la que viven las personas de esta comuna en relación a este recurso, que nace en la duda constante de si va a ser suficiente para mantener el jardín y para satisfacer todas sus otras necesidades, pues *“hay que estar cuidando siempre el agua, y no solo pal jardín, pa’ todo, si acá nunca se sabe cuándo se va a acabar de nuevo y volvemos a no tener ni pal baño” (Roberta, 42, El Valle)*.

En la comuna de Chépica, por su parte, los pueblos y villorrios aún mantienen marcas del terremoto del 27 de febrero de 2010, el último sismo de gran envergadura que afectó la

zona. El recuerdo del terremoto sigue fresco en la memoria de los habitantes del lugar, que en muchos casos les significó la pérdida de familiares, de viviendas, así como la destrucción parcial de espacios públicos como la iglesia de Chépica, o la municipalidad, edificios antiguos que se vieron modificadas después del evento.

Al recorrer los pueblos y caseríos, hasta el día de hoy es común ver entremedio de dos casas habitadas, los restos de alguna antigua vivienda destruida que queda como un recuerdo silencioso. Así mismo, en muchos hogares todavía hay escombros y partes de las casas derrumbadas, así como hogares con algún cuarto que se nota es más nuevo, que debió ser construido tras el terremoto. Aunque hayan pasado años, las viviendas continúan rearmándose después del desastre que fue el sismo, en lo que ha sido un proceso de reconstrucción que ya lleva casi una década.

Por ejemplo, Sandra ya terminó parte importante de la reconstrucción de su casa, que solía ser una parte de la antigua vivienda donde habían vivido sus padres, y antes sus abuelos. El inmueble se derrumbó por completo en el terremoto, debiendo incluso tener que vivir en una carpa por cerca de un mes. Lo primero que hizo la familia fue habilitar de forma precaria espacios para dormir e ir al baño. Una vez pasada la emergencia, la mujer y su pareja construyeron una gran cocina y comedor, que demoró años en estar lista y que

*es como yo siempre quise tener la cocina, grande y bonita, no como la de antes, que era súper vieja. Con esta cocina y el comedor y estar que armamos ya se puede vivir en la casa, no como después del terremoto, que no teníamos donde estar (Sandra, 73, San Francisco).*

Si bien con el término de su construcción Sandra siente que su casa volvió a ser completamente habitable y hasta ha vuelto a recibir visitas – cosa que no había hecho en los cinco años que le tomó construir la cocina – aún considera que necesita terminar de arreglar los cuartos construidos en un primer momento de forma rápida. Estos actualmente están hechos de material ligero, y con una escalera provisoria que obliga a ingresar al cuarto de la pareja para subir a las piezas del segundo piso, donde viven por períodos sus nietos, lo que hace incómodo el uso de estos espacios de la casa, y además espera poder construir un corredor como el que solía tener antes y donde pasaba gran parte de su día.

Es por eso por lo que su jardín estos años ha ido acumulando muchas aves, cosa que no habría hecho tiempo atrás porque *“los pollos se comen todo, y a mí no me gusta tenerlos encerrados, pero ahora como casi no tengo jardín, he podido dedicarme a estos pajaritos”* (Sandra, 73, San Francisco), pues explica que, si bien le gustan, se ha preocupado poco por las plantas, pues

*no quiero poner pasto, poner flores y plantas, porque yo voy a construir mi corredor y todo va a morirse ahí, con el acarreo de materiales y todo lo que va a ser la construcción, sería plantar para que puro se mueran las cosas, y si hago el jardín antes, nunca voy a hacer mi corredor por eso mismo, porque tendría que matar el jardín si lo hiciera antes (Sandra, 73, San Francisco),*

que fue lo que le ocurrió tras el terremoto, que si bien no destruyó directamente el jardín, los trabajos de reconstrucción de los cuartos y la cocina sí lo hicieron.

En otras casas y jardines se adivina el terremoto en algunos escombros apilados en un rincón, en los restos de materiales ya sea de la casa antigua que solía existir o de los procesos de reconstrucción nunca terminados, y sobre todo se adivina en las ausencias que cuentan los habitantes; en los elementos que antes había y que ya no existen. Esto ocurre en el hogar de Gema, donde toda la casa solía estar rodeada de una jardinera en donde su madre, cuando todavía vivía, y posteriormente su hermana mayor, Rosa, cuando aún podía trabajar en el jardín, tenían una gran colección de

*flores, de todos los colores, ya ni me acuerdo todo lo que tenían, y con todos los restos, unos pedazos de techo y pared que cayeron encima, porque todita esta pared que ves acá se fue al suelo, ya no quedó nada de esos, de las flores de mi mamá (Gema, 49, San Antonio).*

En las últimas visitas que realicé a esa casa, más de ocho años después del sismo, la familia había logrado por fin construir una nueva jardinera que ya comenzaban a llenar nuevamente de flores, algo que habían deseado hacer todo este tiempo pero que no habían podido concretar, pues siempre había cosas más apremiantes o importantes de reconstruir o reparar en la casa.

Se puede observar entonces cómo un jardín es capaz de ir guardando así los hitos importantes que ocurren en los territorios en los que se insertan. Si bien fue fortuito que en ambos territorios hubiese habido hitos relativamente recientes y de gran envergadura como la sequía y el terremoto, la evidencia de su paso en los jardines era clara y relevante para la comprensión de cómo son estos lugares.

En los casos descritos queda en evidencia que son distintas las formas en cómo los procesos de sequía y terremotos afectaron los jardines. Ya fuera producto de la falta de agua misma o del movimiento de tierra, o de aquellos efectos posteriores asociados a cada evento, como las prácticas de cuidado y la angustia por el agua, o los distintos procesos de reconstrucción de los hogares que afectan a los jardines, son múltiples las marcas de estos momentos en el jardín. Todas estas se pueden considerar como una de las formas en que se da un entrecruzamiento entre las formas de habitar el lugar con estos elementos externos que lo que lo están tensionando, como lo son los hitos geológicos como terremotos o con procesos que tienen causas bio físicas – sumadas a factores sociales- como la sequía.

Es así como, además de estar almacenando algunos sucesos importantes que ocurren en los territorios, en estos cruces las vivienda; y el jardín en particular en estos ejemplos, se convierten en síntesis de biología e historia de la que emergen sentidos (Skewes, 2016, pág. 137), evidenciando así que son parte del paisaje en que están insertos, que es a la vez el medio físico y la construcción cultural que se entremezclan en las formas de vivir en el espacio (Ingold en Cano, 2012). Así, se puede considerar que el jardín es paisaje, no por la mera ocupación de los espacios construidos, sino que se trata más bien de los procesos de articulación contingente de un reservorio de aprendizajes con las superficies que por la propia acción quienes lo habitan se transforman (Skewes, 2016, pág. 138), que

se puede ver en como estos lugares se modifican por medio de las acciones de sus habitantes en respuesta a los fenómenos que los han afectado, pero que también puede aplicarse a aquello más cotidiano que ocurre en el jardín. Así, el jardín en tanto paisaje engloba las relaciones de las que es parte, desde lo inmediatamente local hasta lo profundamente global (Massey en Skewes 2016), como ocurre en las vivencias de sequía y terremotos que se vinculan con los jardines. Así, si bien se ha hecho énfasis en cómo el jardín se constituye como un lugar para sus habitantes, cabe destacar que también funciona como parte del paisaje habitado de los sujetos, siendo entonces que ambos conceptos pueden verificarse de forma simultánea al jardín.

d. *El jardín y las vidas de sus habitantes*

De la misma forma en que los jardines albergan recuerdos de estos hitos externos, lo hacen con momentos de las vidas de quienes habitan estos lugares. En relación con esto, como uno de los criterios de selección de casos fue el que las familias tuvieran al menos una década de vinculación con la casa que actualmente habitan; ya fuera en una ocupación continua, o en algunos casos el haber retornado a la vivienda luego de algún tiempo fuera, en todos los casos existe una relación con esta que ha estado presente, para al menos un integrante de la familia, durante una porción importante de su vida. Encontrar casos que cumplieran con este perfil fue, en ambas comunas, fácil – siendo muy pocas las veces que me acerqué a alguna vivienda que no cumpliera con este requisito de muestra – pues las ocupaciones de los mismos terrenos y viviendas por muchos años es algo común en los sectores rurales visitados.

Esto significa que fragmentos de las biografías de los habitantes de estos lugares se han desenvuelto en la vivienda y el jardín en que viven actualmente, que se convierten así en escenario y testigo de la existencia de sus moradores, al haber sido el espacio físico en el que el transcurrir de sus vidas han tenido lugar ahí. A continuación, se explora la forma en que el jardín se vincula con esta otra dimensión temporal, que ya no refiere a tiempos externos a sus habitantes, como lo son el paso del día, los ciclos o marcas de hitos que se han descrito hasta ahora; sino que se relaciona con los propios tiempos vitales de los humanos habitantes del lugar.

- Niñez en el jardín

Hay varias casas en donde, como ya se mencionó, habitan niños. Estos son niños que están creciendo en esos lugares, que crecen en los jardines. Por ejemplo, María vive con su marido, su hijo Rodrigo, su hija Patricia y sus dos nietos; Nicolás y Isidora. Durante el día, en la casa solo están María y Isidora, pues Rodrigo y Patricia trabajan en los predios agrícolas del sector, Juan trabaja por turnos en una mina, estando fuera la mayor parte del tiempo, y Nicolás cursa educación media en Petorca, donde vive en una pensión. Así, María se encarga de ir a buscar a Isidora, de siete años, al medio día a la escuela de Calle Larga, y queda a cargo de ella todo el resto del día, hasta que llega su madre.

Como la mujer pasa toda la tarde en el jardín, ya sea haciendo pan, cocinando en el corredor o haciendo algún trabajo manual como tejer o pintar en el mismo lugar, la niña la acompaña. Al entrar a la casa, junto a la reja de calle se puede ver una pequeña bicicleta y algunos juguetes tirados en la tierra, y que también se toman todo el espacio del

corredor, no habiendo alguna silla o mesa libre de las pertenencias de la niña. Muchas de las tardes que pasé con esta familia mi principal actividad consistía en jugar por horas con la pequeña, mientras acompañábamos a María en su labor de hacer pan o de preparar las comidas. Otras veces Isidora se encontraba entretenida jugando con Emily, su vecina que las tardes en que su madre trabaja pasa en la casa de María, jugando juntas en el corredor, siempre en compañía de la abuela de Isidora.

Así como ella, pasan también sus días en el jardín las nietas de Berta (60, San Francisco), que en el período del verano se van junto a su madre a la casa de su abuela pues durante el año viven en Rancagua. Hasta que se pone el sol y las llaman a tomar once y a bañarse, las hermanas juegan afuera, ya sea en la piscina de plástico que desde este año tienen, o moviendo tierra en la carretilla de un lado a otro, jugando a ‘hacer’ jardín, como ven hacer a su abuela, o se entretienen en las tardes con el perro en su hora de juegos.

Un día, luego de haber tomado once, cuando acompañaba a Berta y su hija en la tarea de ir a buscar la bomba y la manguera con la que extraen agua del canal que está al fondo del predio para regar, las niñas también nos acompañaron, dedicándose a jugar todo el trayecto – de aproximadamente 10 minutos – entre ellas y con el perro. Al terminar, se sentaron junto a su abuela a jugar entre las plantaciones de maíz.

*Por eso les gusta tanto pasar acá a las chicas, si puro que mi mamá las regalonea y juega con ellas, se pasan todo el año esperando a que les toque venirse para acá, que además tienen todo el espacio para jugar, si donde vivimos no tenemos nada de patio y puro que pasan encerradas las chicocas (Berta hija, 43, San Francisco).*

Similar a estos momentos, son los recuerdos que tienen las personas adultas sobre cómo ellas jugaban en el jardín cuando en su infancia vivían en el mismo lugar. Por ejemplo, Sandra, quien, si bien actualmente no vive en la misma casa de su infancia – pues esta primero fue remodelada para ser dividida entre sus hermanos, y posteriormente se cayó con el terremoto – construyó su actual casa en el mismo terreno y utilizando los antiguos cimientos, por lo que sigue habitando el mismo jardín de la antigua parcela de sus padres, que fue dividida entre los cuatro hijos, que son sus vecinos. Cuando me mostraba por primera vez el lugar en el recorrido hablado, fue inevitable para ella recordar, al cruzar por un pequeño puente, la vez que

*me caí al canal (San Antonio) cuando chica y mi primo, que tenía mucha fuerza, y como yo era un palo de flaca, me tomó y me sacó. Siempre me acuerdo, si esa vez podría haberme muerto con toda el agua que lleva el canal (Sandra, 73, San Francisco).*

Estos recuerdos aparecen en distintos rincones de su jardín, que la llevan a los momentos en que el lugar era propiedad de sus padres, a veranos en donde sus primos iban de visita y “pasábamos todo el día acá atrás, debajo de esos árboles y recién a la noche mi tía nos venía a buscar para que nos entráramos a bañar” (Sandra, 73, San Francisco).

Similar le ocurre Gema, que vive junto a 5 de sus hermanos en la casa que era de sus padres y donde creció y ha vivido toda su vida. La mujer recuerda como de pequeña paseaba por el jardín, ayudando a su madre a regar las plantas en las tardes junto a sus hermanas, así como también recuerda a los perros que tenían cuando eran niños y que están por ahí, enterrados en algún punto hoy olvidado. Cuando me presentaba su jardín por primera vez, eran constantes las alusiones a sus formas pasadas, *“acá antes mi mamá tenía puras flores, ahora con la Victoria lo tenemos más botado, pero cuando pase el calor vamos a arreglar”* o

*cuando era chica, acá estaba, vacío todo este planterío, y ahí jugábamos con la Gabriela, mi hermana que te decía que viene mañana, y también hacíamos las tareas ahí, en una mesita que mi papa nos había instalado pa que nos ganáramos ahí (Gema, 49, San Antonio).*

Niños y niñas que hoy juegan en sus jardines no son tan distintos a como eran estas dos mujeres cuando ellas eran más jóvenes y pasaban tiempo en sus jardines. Isidora y las nietas de Berta están hoy viviendo momentos que quizás en el futuro se volverán recuerdos importantes que estarán permanentemente vinculados al lugar en que los vivieron, como les ocurre hoy a Sandra y Gema con sus recuerdos de niñez. Estas remembranzas significan para ellas una vinculación con ese lugar especial, en tanto hay en juego recuerdos y sentimientos importantes para ellas que llevan años estando asociadas al jardín.

Se puede pensar entonces que los jardines en los que un sujeto vive su infancia se vuelven lugares especiales, pues adquieren significados y memorias que serán importantes para la vida de estas personas una vez adultas, al haber sido lugares vitales en donde se construyeron parte de sus actitudes hacia el mundo natural y los ambientes habitacionales, (Francis, 1995) que marcan la relación que establecerán con estos jardines a lo largo de su vida, en especial en los casos en que en la vida adulta las personas se mantienen viviendo en las mismas viviendas que habitaron de niños.

- Momentos biográficos en el jardín

No son solo los recuerdos lejanos de la niñez los que quedan anclados en el jardín. También ocurre con historias más recientes que han vivido sus habitantes y que, al estar vinculados de alguna forma con el jardín, este lugar queda marcado por estos momentos, de manera en que se convierte en un lugar importante para la vida de sus habitantes.

Por ejemplo, Yolanda (Los Briones), cuenta como en su jardín ve reflejado todo el esfuerzo que durante años han realizado con su marido por tener un espacio propio y una vida en común. Cuando estaban recién casados, ambos eran jóvenes y tenían pocos ahorros e ingresos, pero aun así decidieron independizarse, sabiendo que sería un proceso difícil. Llegaron a vivir al terreno en que actualmente está su casa, cuando esta era solo de un ambiente y todo el exterior era solo de tierra. Han podido ir ampliando la casa con el tiempo, a medida que fueron teniendo hijos y una mejor situación económica, y ahora que su hijo mayor se dedica a la construcción, tienen planes para seguir agrandándola en el futuro.

El jardín, en cambio, es fruto del trabajo de Yolanda. Ella cuenta que siempre le gustaron las plantas, pero a su madre no le atraían por lo que en su casa de infancia no existían muchas. Así, apenas llegó a vivir a esta casa, fue de a poco construyendo el jardín que siempre había querido tener, teniendo que aprender con amigas y más recientemente con videos de la plataforma de videos online YouTube, hasta ser el espacio invadido de plantas que actualmente es. La mujer se emociona hasta las lágrimas al contar esto mientras contempla su jardín, al recordar cómo este guarda toda esa trayectoria de los últimos 20 años de su vida, del comienzo de su matrimonio y de la creación del hogar en que ha vivido gran parte de su vida y de cómo ha ido creando este lugar que desde pequeña deseó tener, al recordar el haber comenzado *“con un terruño, sin nada, y mire como está ahora con mis plantitas, me emociono hasta de puro verlo a veces”*. (Yolanda, 45, Los Briones).

Para Claudia su jardín también la vincula con procesos importantes de su biografía. La mujer llegó a vivir a su casa actual luego de separarse de su exmarido, lo que fue un proceso muy doloroso para ella. Llegó a su nuevo hogar en donde solo había una casa vieja, un patio que no tenía nada más que un viejo espino y algunos arbustos en pésimo estado, por lo que una de las primeras cosas que comenzó a hacer, junto con reparar la casa, fue dedicarse a mejorar este lugar, tal como le inculcó su madre, de quien aprendió la importancia que tienen las plantas y el jardín para una casa. En esos tiempos, y hasta hoy, que han pasado más de 10 años, muchas veces a Claudia le faltaban los recursos que hubiese querido tener para comprar plantas y herramientas, incluso poder contar con más agua que la que tiene actualmente, para así poder tener un jardín más bello de lo que ella considera que tiene actualmente.

Claudia recuerda que, cuando recién había llegado a su nueva casa y estaba en pleno proceso de finalizar legalmente su primer matrimonio, tenía que ir a Chépica a realizar trámites del divorcio y del cuidado personal de sus hijos prácticamente todos los días. Para ella estos trámites siempre le significaban mucha angustia y tristeza, por lo que algunas veces se devolvía caminando para aprovechar el trayecto e intentar calmar un poco las lágrimas que siempre la acompañaban de regreso a casa y así ningún conocido en el bus ni sus hijos que la esperaban en la casa la vieran llorando.

*Y en lo que me venía caminando por dentro, llorando, iba sacando patitas de árboles que veía en el camino, y llegaba a plantarlas acá, cuando no tenía nada, si imagínate que estaba recién cambiada acá, y ahí me relajaba plantando esas patitas y se me pasaba la pena de los trámites, de la separación, de todo (Claudia, 34, El Carmen).*

Esas primeras 'patitas' terminaron por convertirse en las primeras plantas de ese nuevo jardín que hoy ya tiene varios años de historia, y que pudo comenzar a construir en parte gracias a la estrategia de armar plantas con *patitas*, a falta de recursos para comprar plantas como sí puede hacer ahora de vez en cuando. Así, si bien llegó a su casa y comenzó a hacer su jardín en un momento doloroso para ella, este lugar está asociado más bien al proceso de superación de la pena que sentía más que a todo lo negativo que rodea el momento en que comenzó a trabajar en él.

Roberta es otra mujer que atravesó momentos importantes en compañía de su jardín. La mujer vivió toda su juventud en el Valle de los Olmos en la casa de sus padres, luego se fue a vivir fuera por muchos años, tiempo en el que se casó y tuvo hijos. Hace casi una década su padre, ya viudo, enfermó, lo que le significó una pérdida en su movilidad y en su nivel de autovalencia. Es por esto por lo que Roberta, divorciada y con hijos ya mayores, decidió volver a la casa de su infancia a hacerse cargo de su padre, que ya no podía vivir solo. Al llegar, se dedicó a retomar el jardín que mantenía su madre. Lo primero que hizo fue remodelar una pequeña terraza, que era el principal punto de encuentro familiar cuando en la casa vivía más gente, pero ya no era usada, de forma que su padre pudiera acceder a ella; eliminando los escalones que había para llegar, consiguiendo nuevas sillas más cómodas y cubriendo el sector con una malla de kiwi que protegiera del sol. También se encargó de volver a llenar de plantas todos los rincones en donde se pudiera hacer esto, por lo que actualmente la mayor parte del jardín de Roberta está lleno de flores de distintos tipos, y también de varias hierbas aromáticas y medicinales.

Hace poco tiempo, menos de un año, el hijo mayor de Roberta falleció. Esto ha sido un período muy doloroso para la mujer, pues sigue siendo un acontecimiento reciente que no esperaba, y además no ha podido estar acompañada de sus demás hijas al vivir lejos de ellas, por lo que ha sido un proceso de duelo en que se ha sentido bastante sola. Si bien todavía es una herida que para Roberta está abierta, cuenta que una de las pocas cosas en las que ha logrado encontrar tranquilidad, en especial en los momentos en que la pena es demasiada, es en estar en su jardín y trabajar.

*Si a veces a mí me baja la pena, me pongo a pensar en mi hijo y me da el llanto, y vengo salgo pa' afuera. Ya con solo estar aquí, como que me da una, no sé, como una paz, una serenidad, que hace que me calme y me olvide un poco. Por eso me gusta tener a mí el jardín así como está, lleno de flores, porque con tanto color de solo verlo ya como que alegre (Roberta, 42, Valle de los Olmos).*

En estos casos se muestra la forma en que estas mujeres vinculan su jardín con algún momento importante de sus vidas, de la misma manera en que en el apartado anterior Sandra y Gema rememoraban momentos de su niñez al recorrer el lugar. Así, esta parte de sus hogares las lleva constantemente a momentos pasados de sus vidas, con recuerdos que encuentran en el jardín un soporte físico en donde anclarse. En los casos descritos se puede observar como el jardín está vinculado con las historias biográficas, al almacenar los momentos vividos en el lugar a través del tiempo. Como plantea Gullestad, el solo hecho de hablar con alguien sobre su casa suele involucrar el contar historias de sus vidas, con lo que se ve como el desarrollo de ciclos individuales y familiares está directamente conectado con el proceso de formar y reformar una casa, en la construcción del hogar que es un proyecto que dura la vida entera y que da significado a la vida de sus habitantes (Gullestad, 1992), por lo que el marcar las viviendas con las historias personales ocurridas es también una forma en que se construye hogar. Es así como los jardines tienen la capacidad de reflejar las historias de vidas de sus habitantes (Ingold, 2002), al ser lugares que tuvieron un rol activo en sus vidas y que guardan sus memorias.

El hecho de almacenar estos recuerdos es una de las formas en que los jardines adquieren sentidos especiales para quienes han vivido momentos importantes en ellos, como para Claudia y Roberta; la valoración que tienen de su jardín se vincula a cómo les ayudó a superar procesos dolorosos, lo que lo diferencia de otros espacios que no estuvieron involucrados en procesos críticos. Es así como el jardín termina por convertirse en un lugar; al volverse significativo para quienes han pasado parte de sus vidas ahí.

e. Memorias Familiares

Así como se puede pensar el jardín como un lugar de memorias personales, los tiempos en el que estos han sido habitados muchas veces exceden el tiempo de vida de una persona o una generación. Es así como, en los casos de viviendas habitadas muchos años por la misma familia, quedan en los jardines marcas de las generaciones familiares que anteriormente han ocupado la casa.

En el jardín de Sandra, por ejemplo, justo en el límite donde comienza el terreno de su hermano, hay varios encinos de gran tamaño. La mujer, cuando recorriamos por primera vez su jardín, en el ejercicio de recorrido hablado, se detuvo en estos árboles, recordando que cuando ella era pequeña, *“mi papá me dijo que esos encinos eran igual de grandes cuando él tenía mi edad, y ya no sé si su abuelo o bisabuelo fue el que los plantó”* (Sandra, 73, San Francisco). Estos árboles eran los árboles favoritos de su padre, por lo que con su hermano han decidido no cortarlos, intentando mantener algo de la historia familiar que ha estado vinculada al sector desde hace cuatro o cinco generaciones, y que cada vez se ve más reducida debido a la necesidad que han tenido los miembros de las familias de vender parte de las tierras a terceros.

Dolores (66, El Cuadro) también vive en la misma casa que habitaron sus padres, fallecidos hace ya más de dos décadas. Hoy, Dolores es famosa en el sector donde vive por lo bello de su jardín, cuyos vecinos reconocen como uno de los más bellos de El Cuadro. Entre muchas otras plantas, hay una camelia en el centro del lugar. Dolores recuerda que la plantó ahí su madre hace más de 30 años, y hoy está justo frente al pequeño quiosco que maneja Dolores con su marido en su hogar, por lo que para ella es como tener la compañía constante de su madre mientras trabaja atendiendo el local.

En el Callejón Los Pérez, en la comuna de Petorca, viven Blanca y Alonso, en un callejón donde tradicionalmente ha vivido la familia de la mujer. Blanca vivió ahí hasta los 18, cuando se fue a estudiar a una universidad fuera de la región. Hace unos años volvió a la casa de su infancia junto a su pareja, construyendo una casa nueva que tiene la misma forma de la casa original, que fue habitada por los padres y los abuelos de Blanca antes que ella, pero siendo una construcción más moderna. Si bien cuando llegaron, la pareja remodeló gran parte del jardín, decidieron dejar un pequeño huerto de hierbas medicinales y pequeñas hortalizas en la misma ubicación que la abuela de Blanca tenía uno. Además, junto a la casa hay una parra de varios metros, que han mantenido porque *“antes esta parra llegaba hasta el fondo, era mucho más largo, y debajo era donde nos sentábamos a comer cuando venía toda la familia”* (Blanca, 58, C. Los Pérez) y que tiene más de una generación en el jardín. Actualmente, han armado un pequeño sendero que recorre parte de lo que era la parra original. Hay también un palto muy grande y añoso,

que es de la época en que la abuela de Blanca llevaba la casa, por lo que la mujer recuerda a su antepasada cuando la ve, y es el lugar en donde sus nietos juegan en un columpio que también lleva años ahí.

Berta vive en la casa que fuera de su suegra, y que por varias generaciones había pertenecido a esa familia. Se fue a vivir ahí al poco tiempo de casada. La mujer comenzó el noviazgo con su pareja a los 18, y conocía a la familia desde antes, por lo que tiene un conocimiento muy profundo de la historia familiar de quien fuera su pareja, al haber participado en las dinámicas familiares desde muy joven. Después de más de veinte años de matrimonio, tuvo una separación difícil, en donde su marido se fue de la casa y ella permaneció viviendo ahí. Por distintos motivos ajenos a Berta, su suegra también se fue a vivir a otro lugar años antes de morir. Así, por muchos años Berta vivió junto a sus hijas en esa vivienda, hasta que para luego del terremoto tuvo que ser reconstruida en su mayor parte, y actualmente viven en el mismo terreno, pero en una casa nueva.

Es así como la mujer ha vivido en un lugar donde, si bien la casa misma no le trae tantos recuerdos de la familia de su exmarido, en el jardín reconoce no solo recuerdos de la época en que vivían juntos, sino que ve marcas de la historia de la familia del hombre en varios puntos. *“Esos choclos que tenemos acá, los tenemos porque de siempre que han plantado choclos acá, los abuelos de él (exmarido) empezaron con esto” (Berta, 60, San Francisco)*. O también en el canal que corre al fondo del terreno *“es como el orgullo de la familia (de mi exmarido) porque ellos hicieron todo el trabajo de arreglarlo y ver todo eso de regularlo” (Berta, 60, San Francisco)*. Así, para Berta el lugar está tan lleno de las marcas de una historia familiar ajena, pero que conoce muy bien luego de haber pasado años vinculada a esta familia, que siempre se sintió un poco externa a su propio hogar, *“yo veo tanto de ellos acá, que me cuesta sentirlo como así tan mío” (Berta, 60, San Francisco)*. Frente a esto, cree que lo único que la motivó a no irse a vivir a otro lugar fue que sus hijas y nietas sí son parte de esa familia, por lo que les correspondía a ellas mantenerse viviendo ahí, y Berta no quería privarlas de eso.

María, por su parte, llegó a su casa cuando se casó y dejó el hogar de sus padres. Decidió en ese momento, junto a su esposo, irse a vivir a la casa de al lado de su hermana mayor, con quien siempre tuvo una relación muy cercana. En un comienzo, no le gustaba

*hacer jardín, no me gustaba pa' na'. Pero mi hermana, que era casi como mamá pa' mí, que vivía en la casa de ahí abajo, ella sí que tenía un jardín precioso. Y ella me fue metiendo en lo del jardín, me regalaba plantas, me decía que me dedicara, que me iba a gustar, y así empecé, por puro lo que me decía ella, y después ya cuando empecé a ver que las cosas me salían, que me crecían plantas, flores, que se fue llenando todo... (María, 42, El Valle).*

María, que estaba relatando esa historia para explicarme cómo había comenzado a formar el jardín que actualmente aloja una cantidad importante de plantas, al llegar a ese punto de la historia tuvo que dejar de hablar, pues le es doloroso hablar de su hermana que falleció hace algunos años. Ella había comenzado por influencia de la madre de ambas, primero adquiriendo el gusto de ayudar en el de la casa familiar – algo que a

Isabel nunca le gustó hacer – y luego en su casa propia. Así, cuando Isabel se convirtió en su vecina, su hermana se dedicó a ayudarla a construir un jardín y desarrollar un gusto por él.

La casa en donde vivía la hermana de Isabel actualmente la ocupa su hija, la sobrina de María, que trabaja a tiempo completo como profesora en una localidad cercana, por lo que tiene muy poco tiempo para dedicar a la casa entre el trabajo y cuidado de sus hijas pequeñas, siendo que además su marido temporalmente vive en otra comuna por temas laborales. Es por esto por lo que Isabel la ayuda con el cuidado de los niños, y pese a que entiende su falta de tiempo para dedicarle al jardín, le da pena que el lugar que su hermana cuidaba con tanta dedicación ahora esté tan abandonado, y que su sobrina no pueda dedicarse a una actividad que a su madre le había gustado tanto. Por esto Isabel de todas formas la motiva a que retome con el jardín que tenía su hermana, pues *“ahora está todo feo, es que la chica no tiene tiempo, pero de a poco ha ido empezando, de acá a un tiempo más va a tenerlo más lindo que yo, lo hubiera visto como lo tenía mi hermana”* (María, 42, El Valle). Así, si bien el jardín mismo de Isabel no fue habitado por su madre o su hermana, el lugar está marcado por su presencia. Para María, cada rincón de su jardín le recuerda a su hermana, *“es una forma de acordarme y como estar con ella”* (María, 42, El Valle), y la tradición de ‘hacer jardín’ es una que ya al menos tres generaciones de la familia han mantenido como parte de sus vidas y viviendas.

En estos tres casos, hay elementos del jardín, o el jardín mismo, que conectan con generaciones anteriores, en donde estos lugares quedan vinculados con años pasados y traen al presente ya no solo momentos de las personas que han vivido ahí anteriormente, sino que funcionan como registro de ocupaciones o actividades pasadas. Los jardines entonces funcionan como archivos de memorias familiares para las personas que conocen las historias del lugar y pueden reconocer en él esos sentidos, pues puede haber también elementos vinculados a familias pasadas que no tienen conexión con sus actuales habitantes, por lo que pasan su importancia es desconocida. El poder del jardín para guardar registros del pasado que sean significativos, se vincula entonces también al conocimiento de sus actuales habitantes de la historia del lugar.

Se puede considerar entonces a los jardines como lugares de memoria, tanto para el caso de las historias personales como de generaciones familiares. En relación a la memoria, es necesario tener en consideración la necesidad que esta tiene de estar territorializada, de contar con un marco físico, que permite que el territorio – o en este caso el lugar – se escriba, convirtiéndose así en una superficie marcada y tatuada por las huellas del grupo que lo habita, construyéndose de esta manera puntos de referencia para el recuerdo (Giménez, 2009). Con esto se entiende que los jardines puedan volverse espacios de memoria para las familias que los habitan, al ser el lugar en que más se desenvuelven, y por lo tanto con un gran potencial de almacenar recuerdos. Las marcas que dejan en su habitar el jardín, funcionan como puntos de recuerdo que no dejan que las historias familiares desaparezcan. Los jardines devienen así

el receptáculo de nuestras vivencias más personales y de aquellas experiencias compartidas con los otros en el interior de los distintos grupos sociales en los que nos insertamos. Nosotros, como individuos y grupos, dejamos una huella en los

espacios en los que crecemos, tanto como éstos nos marcan de manera inevitable (Alba, 2010, pág. 41).

Tiene sentido entonces sostener que los espacios domésticos, en particular el jardín en este caso, funcionan como un contenedor en donde se inscriben las memorias de quienes pasan ahí momentos importantes que quedan asociados y marcados en el lugar, como una especie de archivo de las vidas que han pasado por él.

Cabe destacar que, si bien muchas veces los espacios de memoria están concebidos como espacios públicos, con cierta monumentalidad y que apela a grandes hitos que ha vivido algún pueblo, los lugares más íntimos y cotidianos como el jardín también tienen capacidad de almacenar vivencias importantes para quienes viven en ellos. Precisamente este suele ser el tipo de lugares de memorias que queda más relegado, al apelar y guardar las vidas cotidianas y lo efímero de los recuerdos personales que conforman las memorias familiares e individuales (Musset, 2014), pero no por eso son menos relevantes para quienes ven sus recuerdos y los de sus antepasados reflejados en el lugar, y es esto mismo uno de los principales significados que se pueden encontrar en los jardines; el reflejo de una vida y de los antepasados que han compartido el mismo espacio en otros tiempos.

Por medio de este transcurrir biográfico y multigeneracional que se da en el jardín, y que queda almacenado en él, se puede considerar que va desarrollándose el sentido de lugar (Cresswell, 2011), que éste adquiere. El apego y los sentimientos que el jardín despierta se fundan al construir un vínculo con el lugar que se sustenta en el vivir en él y que se desarrolla con el tiempo. Es por esto que este sentido de lugar correspondería al de tipo biográfico de acuerdo a la tipología que propone Cross, quien plantea que esta es la relación más fuerte y duradera que las personas sostienen con los lugares, pues el apego viene de la historia personal que se tiene con el lugar, lo que deriva también en tener una fuerte relación de identificación con él (Cross, 2001).

Ya sea mediante el avance del tiempo, marcado por distintos ciclos, la vinculación con el pasado del lugar y sus habitantes, el jardín, por medio de ser habitado, se convierte en un lugar en el que hay en juego elementos del pasado, presente y futuro de las vidas de sus habitantes. Esto es relevante para la comprensión del jardín como lugar, en donde el sentido de lugar que tiene asociado viene del habitar cotidiano y sostenido en el tiempo. De estas acciones que se repiten día a día, de los fenómenos que ocurren en cada estación, es que desde el jardín se va construyendo el ritmo de la vida cotidiana de sus habitantes, y va marcando también el avance del tiempo. A esto se suma que el lugar se llena de las memorias familiares y personales de quienes han vivido en ellos, por lo que también se inserta y marca líneas temporales propias del lugar y sus habitantes. En consecuencia, los jardines se van construyendo en la medida en que son vividos, formando parte de la existencia de sus habitantes y no pudiendo existir como lugar sin ellos, que con sus historias y acciones lo van constituyendo.

## Conclusiones



Imagen 6: Jardín de Claudia 1

### 1. Las características del jardín

La presente investigación se planteó la interrogante respecto a qué significa el jardín para aquellos/as – humanos/as – que lo habitan, en casos de jardines de contexto de campo en Chile Central. Surgen posibles respuestas al respecto a partir de estudiar al jardín y lo que ahí ocurre, que es lo que se ha expuesto en las páginas anteriores.

La primera idea relevante para poder responder a esta pregunta es que el jardín se constituye como un lugar. Es posible afirmar esto luego de constatar que los jardines son espacios complejos, o al menos más de lo que pueden aparentar en un comienzo. Esta complejidad se trabaja de forma analítica en seis escenarios, elementos característicos de los espacios habitacionales (Coolen & Meesters, 2012), presentes en los casos trabajados. Estos seis *settings* sirven para ordenar aquello que hay y sucede en los jardines y son aquellos escenarios de plantas y animales, de estar, niños y niñas, altares y grutas, huertas, bodegas y acopios.

Producto de ordenar la composición de los jardines por medio de estos *settings*, es posible realizar la lectura teórica del jardín como un lugar, al ser un espacio que posee prácticas, materialidad y significados que se entrecruzan, así como también tienen normas que rigen aquello que puede o no ocurrir en el jardín (Cresswell, 2011) (Cresswell, 2009). A esto se suma que los jardines son espacios habitacionales, al conformar y funcionar como parte de la vivienda, lo que significa que, también, son lugares habitados.

En consecuencia, por medio de observar la composición, prácticas y relatos de sus habitantes asociados al jardín, se puede profundizar en cómo el jardín se constituye y funciona como lugar. Esto hace factible centrarse en las formas en que el jardín es habitado y reconocer sus principales características; desde ese conocimiento es posible ir desentrañando los posibles significados que tiene el lugar para sus habitantes humanos.

Desde ese trabajo se plantea que en los jardines de campo en los que se trabajó existen dos características principales y transversales, comunes a todos los casos. Estas cobran importancia a la hora de comprender estos lugares y cuáles son sus significados. Primero,

el jardín es un lugar donde existen plantas y animales, característica que va de la mano con la interacción interespecies que esto implica. Segundo, los habitantes humanos de los jardines pasan mucho tiempo en ellos, tanto si se habla del tiempo diario que utilizan el jardín, como del total de sus trayectorias biográficas. De cada una de estas características centrales se desprenden los significados más relevantes que se plantea que el jardín tendría para sus habitantes.

## **2. Naturaleza y cultura en el jardín**

Al centrarse en la primera característica, es posible sostener que el jardín genera formas de relacionarse entre las mujeres jardineras y los no humanos del jardín que son de gran relevancia para estas mujeres, y que hacen que este lugar significa la existencia formas particulares de comprender y vincularse con la naturaleza para estas mujeres.

Al analizar el jardín desde las implicancias de un contexto en que conviven humanos con no humanos, puede comprenderse en un primer momento, como un espacio de trabajo doméstico feminizado en lo que respecta al cuidado y mantención que el lugar requiere, formando parte así de una reproducción y producción de los roles de género presentes en la sociedad en la que están insertos los jardines, en donde son las mujeres quienes fundamentalmente se hacen del espacio doméstico (Giglia, 2012).

Esta feminización de las labores pone a los jardines de campo dentro de la discusión sobre los jardines domésticos respecto al ocio y al trabajo, que son dos dimensiones que en estos lugares tienen a fundirse (Bhatti & Church, 2000; Longhurst, 2006). Esta tensión entre ambas esferas está representada en los jardines de campo trabajados por el hecho que las mujeres jardineras efectivamente deben hacerse cargo del jardín como parte del trabajo doméstico asignado a su género, pero al mismo tiempo para ellas este trabajo es algo positivo, que se diferencia del resto de las labores de la casa. Es notorio el contraste que existe entre las actividades domésticas fuera del jardín, que son referidas por las jardineras como labores que no revisten algún aspecto positivo, y el cuidado y mantención del jardín, que se califica como pasatiempo, una entretención e incluso como una terapia por las mujeres con quienes que se trabajó.

¿Por qué ocurre esto en los jardines? ¿A qué se debe esta fusión entre el ocio y el trabajo en los jardines del contexto estudiado? Estas interrogantes pueden tener su explicación debido a que estas tareas implican relacionarse con los otros seres vivos – no humanos – que habitan jardín, y de cuya supervivencia las jardineras están finalmente a cargo. En estas actividades se dan formas particulares de relacionarse con estos seres, de manera tal que con ellos se generan vínculos que hacen que la noción de trabajo doméstico no pueda abordar en su totalidad los trabajos de mantención que el jardín requiere, pues nacen de una convivencia particular que solo tiene lugar en el jardín, entre mujeres jardineras y no humanos.

Estos vínculos no son espontáneos, ni existen de forma indiferenciada con todos los habitantes del jardín. Se generan a lo largo del tiempo y nacen del cohabitar el lugar. Por medio de esto las jardineras comienzan a reconocerles agencia (Bennett, 2010) y biografías (Hermo & Miotti, 2011) a una parte de las plantas y animales que tienen a su cargo. Estos seres, además, tienen la capacidad de movilizar emociones y recuerdos en

las mujeres, los que terminan por generar que algunos de los habitantes no humanos del jardín sean particularmente especiales para las jardineras.

Si bien las jardineras se relacionan con muchos seres vivos en el jardín, solo con algunos habitantes, y con el jardín mismo, se forman relaciones que alcanzan tal intensidad que se puede describir desde ideas como la mutualidad del ser (Sahlins, 2013) y crianza mutua (Lema, 2017). Son relaciones en las que existen continuidades entre jardineras, plantas y animales, tales como sentimientos, enfermedades, y corporalidades que se funden, llegando incluso a no existir un límite claro entre un ser y otro.

Aun cuando estas relaciones se muestran de forma más potente con las mujeres jardineras, también se pueden ver niños que usan alguna sombra de árbol particular para jugar, o la relación que se genera entre familias completas y las mascotas que habitan el lugar. De esto se desprende que el jardín se construye como un lugar que es distinto para los seres humanos que lo habitan; tanto las actividades que en él se realizan, como los lazos que los distintos miembros de las familias establecen con los habitantes no humanos del jardín cambian de forma importante dependiendo de qué persona se trate. Las actividades que realiza una jardinera en el jardín son muy distintas a aquellas que lleva a cabo su marido o sus hijos e hijas; lo que corre también para los vínculos que se generan entre los humanos con el jardín y con sus habitantes no humanos; siendo que las distintas experiencias del jardín están fuertemente influenciadas por distintos factores, especialmente los de género y edad, por lo que se puede afirmar que estos jardines tienen significados múltiples, ambiguos y paradójicos (Longhurst, 2006); en parte, al no ser una experiencia uniforme para sus habitantes. Es este sentido, cabe destacar que la noción de que los jardines se vuelven lugares significativos para sus habitantes debido al cuidado que requieren de estos para subsistir (Kimber, 2004) es algo que en el contexto estudiado al menos, se observa casi exclusivamente en las mujeres jardineras, pues en ellas queda relegado el trabajo de mantención del jardín, siendo esta una de las formas en que los significados del jardín se vuelven diversos de acuerdo a la diversidad que hay en sus propios habitantes.

Se puede sostener que en esta construcción diferenciada del jardín se construye un lugar en donde las fronteras entre lo que es natural y lo que es cultural en ciertos momentos se difuminan o se borran. Con esto, el jardín puede considerarse como un lugar paradójico, como propone Longhurst, en tanto complica el pensamiento binario, que a ratos puede funcionar, pero en momentos no tiene cabida en el jardín, al utilizar de forma simultánea las categorías dualistas que debiesen ser excluyentes (Longhurst, 2006). Longhurst expone que las investigaciones sobre jardines, incluida la suya, suelen llegar a esta conclusión debido a que lo natural se domestica y civiliza y se ordena para el placer humano (Longhurst, 2006).

A diferencia de lo propuesto por Longhurst, en los casos trabajados, si bien se puede pensar en un lugar paradójico, el desarme del binarismo no tiene que ver con un acto de civilización y ordenamiento de lo natural. Este está dado, en cambio, por cohabitar y convivir que se da en el jardín, en tanto es un ambiente en donde el mutuo involucramiento permite reconocer las historias y agencias de todos los organismos que lo habitan, posibilitando así interacciones y vínculos entre ellos. La forma de entender la

naturaleza presente en el jardín para las jardineras, en consecuencia, tiene como base el relacionarse con seres que son claves en sus vidas, y así como ellas son claves en la supervivencia de estos seres. Hay plantas y animales que adquieren el status personas no humanas, en donde dejan de ser seres tan solo naturales. De esta manera, lo natural no aparece como un ente prístino y pasivo opuesto a lo cultural (Ulloa, 2011). Aquí no es posible aplicar ideas basadas en el dualismo clásico de naturaleza y cultura, pues en estas no hay cabida para estas relaciones de continuidad, relacionamiento mutuo, mutualidad del ser, co-crianza que se observan en el jardín, y que se contradicen con las nociones de un mundo cultural que domina al natural, ordenándolo y así integrándolo a lo cultural, como se ha planteado que se dan las relaciones con lo natural en jardines en otros contextos (Longhurst, 2006).

En esto es relevante la idea del jardín como un lugar distinto o diferenciado para sus habitantes, pues son precisamente las mujeres jardineras las que viven una relación con los otros seres que es tal, que permite que en el contexto de esa relación plantas y animales salgan del binarismo que sí se podría encontrar en otros espacios o entre otros sujetos. Pero esto no se da, o al menos no de forma tan clara y evidente, con habitantes del jardín que mantienen menos interacción con los seres no humanos del jardín; y que su vínculo con el lugar viene dado por otros elementos, y no necesariamente por plantas y animales. Al respecto, cabe destacar que esta memoria profundizó más respecto a la experiencia de naturaleza de las mujeres jardineras al participar con ellas en los momentos de mantención del jardín, y podría ser interesante estudiar de forma focalizada cómo ocurre esto en otros sujetos habitantes del jardín.

Tampoco es posible sostener que el jardín se rige en su totalidad por estas relaciones de continuidad entre sus habitantes. Hay muchas plantas y animales que no son sujetos de atención de las jardineras, y que ni siquiera mencionan al describir sus jardines, y no fueron abordados en la presente investigación. Ejemplos de esto son malezas y animales invertebrados (como insectos o gusanos), o animales que no habitan de forma permanente el jardín como ciertas aves silvestres. Podría ser interesante profundizar en cuál es la relación y/o valoración que jardineras y otros humanos del lugar tienen sobre estos, pues sin dudas son habitantes relevantes en el jardín y han de jugar un rol importante en él, y sobre los cuales se ha investigado en otros contextos respecto a la relevancia y vínculos que establecen con ellos personas que tienen a su cargo espacios de huertas y jardines (Lloro-Bidart, 2018), pero que en la presente investigación no figuran como seres con los cuales se producen las relaciones mencionadas anteriormente entre humanos y no humanos.

De esta manera, es importante destacar en la diversidad de habitantes en el jardín y de los vínculos que se generan entre ellos. Los habitantes humanos seguramente no establecen vínculos significativos con muchos de los animales y plantas que pasan por sus jardines. Pero con algunos seres esto sí ocurre, y por medio de la relación que generan con las jardineras, se desprenden de su condición natural, aquella que tendrían fuera del jardín y en relación con otras personas. Estos seres pasan a una existencia donde se definen más por sus acciones y las relaciones que establecen; en donde es útil comprender al jardín como un ambiente que se constituye mutuamente por los

organismos que lo habitan (Ingold, 2002) más que un lugar donde lo natural y lo cultural convivan.

Que esto ocurra está posibilitado por la forma en que se habita el lugar, en donde sus distintos habitantes, humanos y no humanos, tienen una existencia compartida. Los modos de habitar el jardín en los contextos de campo en Chile central que se trabajaron, es lo que posibilita el establecimiento de formas de relacionarse con estos seres naturales. Es por esto mismo también que estos modos de experimentar relaciones con lo natural o con seres no humanos se circunscriben solo al lugar del jardín, no siendo posible asumir que las jardineras se vinculan de la misma forma como lo hacen con las plantas y animales de su jardín, con aquellos que están fuera.

De esta manera, es el habitar de forma conjunta aquello que permite esta concepción, más que la existencia de una forma previa de comprender a los seres naturales presente en las jardineras que se manifieste en el jardín. Más bien, por la forma en que ocurre la convivencia entre los habitantes del jardín, se generan modos de relacionarse entre sí, en donde las mujeres jardineras otorgan un trato y estatus particular a los habitantes no humanos del jardín, que seguramente es distinto al que establecen con plantas y animales externos al jardín, con los que no tienen una existencia conjunta tan intensa o significativa.

### **3. Jardín marcador del tiempo**

Con respecto a la segunda característica, que refiere al jardín como un lugar en donde sus habitantes humanos pasan un tiempo considerable, es posible establecer que otro significado que tiene el jardín es el ser un ordenador del paso del tiempo y del mundo para sus habitantes, siendo también por esto mismo un constructor de su cotidianidad.

Es posible sostener que el jardín va organizando y dando contenido al paso del tiempo para sus habitantes, en relación con distintos ritmos temporales. Primero, es capaz de ordenar y posicionar a los sujetos en determinados momentos del día y del año, de acuerdo con los sucesos que se desarrollan en el lugar. De esta manera el transcurrir del tiempo queda plasmado en un espacio físico, marcando pauta de qué es lo que se debe hacer en determinados momentos del día y año, siendo así incluso un punto de referencia para el devenir temporal.

Pese a que estén ahí, no todos/as pueden reconocer por igual estas señales del paso del tiempo que el jardín entrega. Se necesita un conocimiento del lugar y de sus habitantes para poder reconocer que aquello que ocurre está vinculado a un cambio de estación, y lo que cada ciclo conlleva, y el conocer las dinámicas del lugar con tal detalle viene necesariamente del habitar en él. Cuando se cumple, aparecen los jardines que funcionan como calendario o reloj. De esta forma, el lugar, por medio de habitarlo, se convierte en un ordenador del mundo de sus habitantes (Pérez, 2014), ya que ordena y da sentido al paso del tiempo, ayudando a los habitantes a poder posicionarse en el momento presente y también tener nociones de lo que ocurrirá a futuro. Permite también, darle contenido a lo que significan los distintos momentos de los ciclos anuales a través de los que están viviendo en su jardín, relacionándolos con aquello que ahí ocurre.

El jardín también se vincula con tiempos pasados, pues puede ser o contener lugares de memoria que almacenan distintos hitos que de una u otra manera tuvieron efecto ahí. Los primeros que se pueden ver son las huellas de fenómenos recientes ocurridos en ambas comunas trabajadas. Para Petorca la sequía, y en el caso de Chépica el terremoto de 2010, son dos hitos que dejaron distintas huellas en el jardín, ya sea de forma física como en nuevas prácticas y construcciones que debieron realizar los habitantes como consecuencia de estos. Por medio de estas marcas se puede hacer evidente la comprensión del jardín como parte del paisaje en que se encuentra. En relación con esto, profundizar en el jardín y su comprensión teórica con más énfasis en el paisaje es algo que podría enriquecer el conocimiento a partir de estos espacios habitacionales, y que, pese a que se consideró en el diseño inicial, finalmente en esta investigación se abordó tan solo de forma tangencial, al enfocar la comprensión del jardín como un lugar.

En esta misma línea, es posible encontrar elementos biográficos y familiares que son almacenados en el jardín. Si bien la muestra consideraba seleccionar viviendas habitadas por largo tiempo, se dio que en los contextos visitados esto se daba de forma usual, pues era común que las familias ocupasen las mismas viviendas o terrenos, por largos períodos, incluso por más de una generación familiar. Así, se puede pensar que en los jardines de campo es común que – debido a estas ocupaciones largas y a la gran cantidad de tiempo que pasan en su vida cotidiana en él – existan momentos significativos de sus vidas que queden registrados en ellos. Aquí es posible encontrar aquellos recuerdos de la niñez vivida en el lugar, así como también instancias ocurridas en la adultez, que marcaron la biografía de sus habitantes humanos y que, al haber ocurrido en el jardín, le otorgan una importancia especial a este lugar.

Ocurre de forma similar con memorias familiares, en donde quedan ancladas en el jardín, en su espacialidad, marcas de generaciones familiares anteriores que también habitaron la misma vivienda, y cuyas huellas en el lugar son reconocidas por los habitantes actuales. Se genera con esto una conexión entre habitantes presentes y pasados, por lo que también el lugar está contribuyendo a la formación de memorias familiares (Musset, 2014), lo que es otra de los medios por los cuales estos lugares adquieren significados. De esta manera, el jardín almacena recuerdos y memorias, al ser un lugar en que sus habitantes van dejando huellas en el lugar. El jardín puede ayudar entonces a construir líneas de tiempo personales y familiares al almacenar momentos pasados de sus habitantes, nuevamente contribuyendo a ordenar el tiempo de sus habitantes.

Si bien se han expuesto formas en que el jardín, de una u otra manera va marcando el avance del tiempo y almacenando historias pasadas de sus habitantes, el poder reconocerlas no ocurre de forma homogénea para todos/as. Por ejemplo, para las jardineras, al igual que ocurría respecto al vínculo con los no humanos, el jardín funciona diferenciadamente en el ordenar el paso del tiempo, en comparación al resto de sus habitantes. Ya sea a nivel del día o estaciones; muchos de los indicadores que da el jardín sobre la hora o estación en la que se está tiene que ver con el cuidado de plantas y animales; es decir, precisamente con aquello con lo que las jardineras están más familiarizadas que el resto, por lo que las reconocen y asocian a determinados momentos del día o estaciones del año con mayor facilidad que los/as demás. De la misma manera,

al momento de almacenar recuerdos y memorias, las jardineras tienen una mayor cercanía con los espacios de plantas y animales que el resto de los habitantes humanos, por lo que pueden reconocer en estos escenarios más momentos de sus vidas que pasaron en ellos y junto a los no humanos del jardín.

No obstante, esto no significa que las jardineras sean las únicas quienes se vinculan de esta forma con los jardines. Para sus demás habitantes humanos/as, este lugar también significa un marcador del tiempo, solo que no necesariamente en relación a plantas, animales y sus ritmos temporales. Son otros los elementos del jardín que marcan ritmos temporales para los demás habitantes humanos, como lo es el momento de la tarde en que se puede salir a pasar el tiempo al jardín, y que marca el fin de la jornada laboral.

Del mismo modo, con respecto a las memorias familiares, si bien todos quienes habitan el jardín pueden tener algún conocimiento respecto a sus habitantes pasados, esto tampoco ocurre por igual para todos y todas. Quienes más reconocen estas memorias y se vinculan a ellas son aquellos habitantes que llevan más tiempo en la vivienda, y que suelen ser aquellos de mayor edad, pues son en la mayoría de los casos, quienes conocieron a aquellas personas que están presentes en los recuerdos del jardín, o saben cuáles son sus historias presentes en el lugar. Esto no implica que las generaciones más jóvenes y/o recientes no reconozcan las memorias del lugar, pero su conocimiento está condicionado a algún familiar anterior que pueda hacerlos conocedores de la historia y significados familiares que hay en estos lugares

De esta manera, al poner atención a los distintos ciclos y períodos de tiempo que de una u otra manera aparecen en el jardín, se evidencian distintos niveles temporales que tienen importancia en el jardín, y que apelan a todos los habitantes de este lugar, pero de forma distinta, pues todos los habitantes del jardín pasan tiempo en él, de manera que inevitablemente tienen recuerdos vinculados, pero que dependiendo de quién sea, es con qué escenario del jardín van a generar una mayor vinculación. Desde las marcas de día a día hasta recuerdos que traspasan generaciones quedan de alguna forma en el lugar. Esta es la forma en que, a través del tiempo, el jardín se construye en un lugar, en donde se desarrolla su sentido como tal, por medio de recuerdos y vivencias presentes, así como también imágenes del futuro que se asocian a él (Ramos, 2016).

Así, en las actividades temporales de carácter cíclico, que se repiten día a día, estación tras estación, se ve como

la cotidianidad, entendida como la fijación de las vivencias, es una pieza clave para comprender la permanencia de los intercambios simbólicos, así como los posibles cambios y mutaciones. Al conocer un grupo familiar a partir de su cotidianidad, al igual que por su registro de los dispositivos tradicionales, se están conociendo los soportes culturales y materiales que subyacen en la historia familiar y grupal (Ontiveros, 1998, pág. 3).

Evidenciar estos tiempos presentes en el jardín, permite comprender la relevancia que este tiene para sus habitantes, como un espacio que organiza sus días, que deja claro el paso del tiempo, que guarda memorias de sus vidas y recuerdos familiares importantes, siendo así cómo un lugar para vivir es creado por personas y funciona como un marco de

referencia para sus vidas, por lo que la casa y sus habitantes están, de esta forma, mutuamente constituidos (Gullestad, 1992), al irse construyendo de forma conjunta a lo largo de sus existencias y compartir estos marcos de referencias vitales.

Consecuencia de esto es la capacidad del jardín de ordenar el paso del tiempo, al poder dar una ubicación sobre en qué momento del día o del año se está viviendo, así como también sitúa a sus habitantes en una línea temporal, que puede conectarlos con momentos pasados de sus propias vidas y de generaciones atrás de quienes compartieron el mismo lugar. Así, el jardín se llena de distintas temporalidades que lo van construyendo, y de forma simultánea el lugar va dándole sentido al paso del tiempo para sus habitantes, al hacerlo evidente y comprensible por medio de la espacialidad.

#### **4. Reflexiones finales**

Se ha sostenido que el jardín tiene dos características principales, y de las cuales derivan una serie de significados. Aquello que tienen en común es que estas características y aquello que implican son un resultado de las formas en que se habitan los jardines estudiados. Se puede afirmar que se trata de un habitar intenso, en tanto significa una cantidad importante de tiempo y energías vertidas en el lugar, así como el paso de momentos significativos y el establecimiento de vínculos afectivos relevantes que se dan en el contexto del jardín. Que las jardineras generen los vínculos descritos con plantas y animales se da gracias a su rol de cuidarlas que implica una convivencia especial con ellas. De la misma forma, el vínculo entre el jardín y el paso del tiempo es consecuencia de todo el tiempo que sus habitantes pasan en el jardín, desde el día a día a los períodos de ocupación transgeneracionales que se dan en el lugar

Los significados que puede tener el jardín para sus habitantes están estrechamente ligados a la construcción de lugar que hay en él, que se da mediante estas formas de habitarlo y las características que el adquiere. Si se revisan los significados que tendrían estos mismos lugares, pero en otros contextos, se ha planteado que en los jardines domésticos no existe un solo significado, sino que estos son varios e incluso conflictivos entre sí (Longhurst, 2006). Para el caso de los jardines en el contexto trabajado, también se puede considerar esto, pues los significados del jardín cambian dependiendo de quién se trate, pues hay distintos factores en juego que hacen variar la experiencia vinculada que se tenga. Es distinta la forma que tiene una mujer a cargo del jardín, que aquella que tendrá su hija pequeña o su pareja. En los contextos rurales trabajados, la edad, el género y el rol que se cumple en el núcleo familiar son los principales elementos que definen qué es lo que una persona hace en el jardín, cómo pasa su tiempo en él y, por lo tanto, en los significados que tienen vinculados a sus jardines. Pese a esta diversidad, los principales significados del jardín se mueven, para todos sus habitantes, en torno a las relaciones que se establecen con el jardín como un todo, así como con los no humanos y a cómo se vincula el lugar con el paso del tiempo.

Al momento de formular el proyecto de investigación, no se contaba con la diversidad de significados asociados a los distintos habitantes del jardín, por lo que se planteó una metodología centrada en poder acceder a las distintas actividades que se dan en los jardines, sin diferencias por los habitantes presentes en él. Es por esto que la memoria

termina por indagar de forma más profunda en las jardineras, al ser ellas quienes más actividades tienen a su cargo en el jardín, al estar a cargo de este lugar. Al no haber tenido antecedentes sobre esta diversidad, es que no se produjo una estrategia metodológica diferenciada para poder trabajar por igual con los distintos sujetos presentes en el jardín. Teniendo este hallazgo en consideración, podría ser interesante a futuro profundizar de forma focalizada en otros grupos, como niños/as u hombres adultos, respecto a su relación particular con el jardín, especialmente con los habitantes no humanos, y profundizar así en cómo un mismo lugar puede ser distinto para sus diferentes habitantes.

Como reflexión final respecto a los significados presentes en los jardines de campo, es que estos hablan de un lugar que, pese a ser un espacio habitacional que no satisface ninguna función básica evidente – como sí lo hacen los dormitorios, cocinas o baños – no por esto son menos relevantes para sus habitantes. Por el contrario, parecen ser uno de los lugares que cobran relevancia en las formas de habitar en algunos sectores del campo hoy. El jardín es parte activa de la existencia de ciertos sujetos, almacenador de sus recuerdos y ordenador de mundo de sus habitantes.

Es esta relevancia la que deja en claro que, si bien los jardines se han considerado como muy buenos lentes que hablan de lo que ocurre en las sociedades y grupos en que los que se sitúan (Bhatti & Church, 2000; Longhurst, 2006). En el presente trabajo se han abordado distintos elementos externos al jardín que pueden verse a través de él, pero se hace necesario reconocer que también existe valor y relevancia en considerarlos como lugares de estudio en sí mismos, y no abordándolos como espacios para estudiar algún fenómeno social que se pueda reflejar en ellos. Los resultados de esta investigación muestran cómo los significados que el jardín tiene para sus habitantes – ya sea aquellos que apelan tan solo a las jardineras como los que son válidos para todos sus habitantes– se puede comprender la importancia que tienen los jardines de campo, al menos en los casos observados. De ahí radica la importancia el por qué se configuran como lugares fundamentales para quienes viven en ellos.

Por último, y en relación con lo anterior, en el habitar de los espacios domésticos como los jardines, se da pie para realizar un contrapunto entre las distintas realidades que actualmente marcan la ruralidad en el país, como una reflexión incipiente del trabajo realizado y en la que podría ser interesante indagar a futuro. Se puede sostener que lo rural, atendiendo a las diversas realidades que caben bajo esta categoría, de todas formas, tiene una fuerte vinculación con las actividades primarias, como lo son los trabajos agropecuarios. Si bien actualmente el continuar definiendo a lo rural tan solo por el predominio de este tipo de actividades no logra abarcar la multiplicidad de actividades y la complejidad de la realidad de los contextos rurales (Berdegué, Jara, Modrego, Sanclemente, & Schejtman, 2010) sigue siendo un factor relevante en territorios rurales, y en particular en las comunas visitadas, donde son importantes aquellas actividades de agroindustria de gran escala. En consecuencia, se puede sostener que, hasta cierto punto, lo rural y el campo en Chile, y especialmente los sectores trabajados, tiene que ver con un contexto marcado, asociado e incluso muchas veces ha sido definido por las actividades agrícolas y extractivas que ocurren en ella. Esto lleva a una ruralidad en

donde se han vivido procesos de industrialización (Valdés & Rebolledo, 2015) que habría generado la reducción los modos de vida considerados tradicionales a su mínima expresión (Monllor, 2013; Bengoa, 2017)..

En ese contexto, se puede suponer que priman las actividades de cultivo y producción en donde la regla general son las formas de utilizar los espacios, así como de comprender y tratar lo natural, marcados por procesos de explotación, ordenamiento y dominación del medio y los recursos presentes. Frente a esto los resultados de esta memoria pueden discutir, pues indican que, en algunos lugares, como los jardines, es posible sostener que existen lógicas de ocupación de espacio y de relación con el medio que son distintas y que están conviviendo con otras formas. Si bien puede parecer lógico encontrar diferencias entre espacios tan diferenciados; unos dedicados a la producción y otros para habitar; detrás de estas distancias hay nociones de comprensión del medio y lo natural, así como de establecer vínculos con el espacio, que tal vez responden a más que solo dos usos y fines diferenciados que se le otorgan al espacio. La forma en que se habita el jardín no responde solo a necesidades puntuales ni es aleatoria, sino que está relacionada con significados sobre las formas de ordenar el paso del tiempo y de vincularse y constituir el medio de sus habitantes, que son elementos que salen a la luz al poner la atención en los espacios habitacionales como el jardín, pero que no se quedan solo en ellos, sino que hablan de cómo sus habitantes están viviendo y relacionándose con su entorno.

Los jardines se configuran como lugares vivos, que tienen historias en sus rincones, que albergan relaciones intensas entre sus habitantes y albergan sus vidas, cotidianidades, intimidades y recuerdos. Son espacios habitacionales donde está en juego la creación, ordenamiento y comprensión del mundo de sus habitantes, en lugares que toman formas de plantas, animales, lugares para compartir con seres cercanos. En definitiva, son espacios fundamentales en la vida de quienes los habitan, y de esta relevancia es que se posicionan como espacios relevantes de estudiar, por medio de los cuales se puede comprender cómo los y las sujetos construyen, ocupan y habitan sus espacios y lugares.



Imagen 7: Jardín de Roberta

## Bibliografía

### Bibliografía

- Alba, M. d. (2010). Sentido de lugar y memoria urbana: envejecer en el Centro Histórico de la Ciudad de México. *Alteridades*, 20(39), 41-55.
- Altman, I., & Low, S. (1992). *Place Attachment*. Nueva York: Plenum Press.
- Argemir, D. C.-d. (2017). El don y la reciprocidad tienen género: las bases morales de los cuidados. *Quaderns-E*, 22(2), 17-32.
- Aronson, J. (1995). A pragmatic view of Thematic Analysis. *The Qualitative Report*, 2(1), 1-3. Obtenido de <https://nsuworks.nova.edu/cgi/viewcontent.cgi?referer=https://scholar.google.com/&httpsredir=1&article=2069&context=tqr/>
- Augé, M. (2000). *Los No Lugares. Espacios del Anonimato. Una Antropología de la Sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bengoa, J. (2015). *Historia rural de Chile Central. Tomo I - La construcción del Valle Central de Chile*. Santiago: Lom.
- Bengoa, J. (junio de 2017). La "modernización" de los campos de Chile. La vía chilena al capitalismo agrario. *Le Monde Diplomatique*, 13.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter. A Political Ecology of Things*. Estados Unidos: Duke University Press.
- Berdegúe, J., Jara, E., Modrego, F., Sanclemente, X., & Schejtman, A. (2010). Comunas rurales de Chile. *Comunas Rurales de Chile*. Santiago, Chile: Rimisp.
- Bhatti, M., & Church, A. (2000). 'I never promised you a rose garden': gender, leisure and home-making. *Leisure Studies*, 19(3), 183-197.
- Braun, V., & Clarke, V. (2012). Thematic Analysis. En H. Cooper, P. Camic, D. Long, A. Panter, D. Rindskopf, & K. Sher, *APA handbook of research methods in psychology, Vol 2: Research designs: Quantitative, qualitative, neuropsychological, and biological* (págs. 57-71). Washington, DC: American Psychological Association.
- Campos, L., & Soto-Labbe, P. (2016). Música y sonoridad migrante en el barrio: crear cotidianidad, domesticar el territorio. En M. Reyes, S. Arensburg, & X. Poo, *Vidas cotidianas en emergencia: territorio, habitantes y prácticas* (págs. 21-36). Santiago.
- Cano, N. (2012). Definiendo el paisaje en base a la tensión. *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*(35), 117-138.
- Carrillo, C., & Olave, G. (2011). Desertificación y Vulnerabilidad. Diagnóstico de la comuna de Petorca. Obtenido de [http://www.academia.edu/17410567/Desertificaci%C3%B3n\\_y\\_Vulnerabilidad\\_Diagn%C3%B3stico\\_de\\_la\\_comuna\\_de\\_Petorca](http://www.academia.edu/17410567/Desertificaci%C3%B3n_y_Vulnerabilidad_Diagn%C3%B3stico_de_la_comuna_de_Petorca)

- CEPAL. (2010). *Terremoto en Chile. Una primera mirada al 10 de marzo de 2010*. Santiago: Naciones Unidas.
- Conan, M. (1999). From Vernacular Gardens to a Social Anthropology of Gardening. En M. Conan, *Perspectives on Garden Histories* (págs. 181-204). Washington: Dumbarton oaks.
- Coolen, H., & Meesters, J. (2012). Editorial special issue: house, home and dwelling. *Journal of housing and the Built Environment*, 27(1), 1-10.
- Cresswell, T. (2009). Place. En N. Thrift, & R. Kitchen, *International Encyclopedia of Human Geography* (Vol. 8, págs. 169-177). Oxford: Elsevier.
- Cresswell, T. (2011). Defining Place. En M. Himley, & A. Fitzsimmons, *Critical Encounters with Texts Finding a Place to Stand* (págs. 127-136). Boston: Pearson.
- Cross, J. E. (2001). What is Sense of Place, Research on Place & Space.
- Ferrándiz, F. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Madrid: Anthropos.
- Fox, J. (1989). Perspectivas comparativas en casas austronesias: Un ensayo introductorio. En J. Fox, *Inside austronesian houses: Perspectives on domestic desings for living*.
- Fragoso, J. (2010). Reconstrucción del paisaje agrario, mediante métodos participativos, en áreas agrícolas de la zona de amortiguamiento del Parque Natural de Castril. *Tesis para optar al grado de Magíster en Agroecología*. España: Universidad de Córdoba.
- Francis, M. (1995). Childhood's Garden: Memory and Meaning of Gardens. *Children's environments*, 12(2), 1-16.
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos.
- Giménez, G. (2009). Memorias, relatos e identidades urbanas. *Revista Versión: Estudios de Comunicación y política*, 197-209.
- Gómez, A., González, A., & Doña, H. (2014). La cultura del patio como soporte de agricultura familiar en América tropical. *Ambienta*, 107, 74-85.
- González, D., & Carrasco, A. M. (febrero de 2016). El patio, espacio mediador. Características del habitar tradicional rural aymara, presentes en viviendas sociales de familias residentes en Arica, Chile. *Interciencia*, 41(2), 92-97.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Guber, R. (2013). *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Culturalia.
- Gullestad, M. (1992). *The Art of Social Relations. Essays on Culture, Social Action and Everyday Life in Moder Norway*. Escandinavian University Press.

- Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar*. Alemania.
- Hermo, D., & Miotti, L. (2011). *Biografías de paisajes y seres. Visiones desde la arqueología sudamericana*. Buenos Aires: Encuentro.
- Hernández, M. (2010). *Cambios y continuidades en los solares mayas yucatecos. Un análisis intergeneracional de su configuración espacial en dos comunidades del sur de Yucatán*. Mérida.
- Hernández, R. S., Fernández, C., & Baptista, M. d. (2010). *Metodología de la investigación*. Mexico: Mc Graw Hill.
- Hernández, R., & Pezo, L. (mayo-agosto de 2009). La antropología rural chilena en las dos últimas décadas: Situación y perspectivas. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(2), 204-228.
- Hester, R. T., & Francis, M. (1990). *The Meaning of Gardens. Idea, Place and Action*. London: MIT press.
- Humphrey, C. (1988). No Place Like Home in Anthropology: The Neglect of Architecture. *Anthropology Today*, 4(1), 16-18.
- Ingold, T. (2002). *The Perception of the Environment*. Londres: Routledge.
- Jiménez, O., & Verduzco, G. (julio-diciembre de 2009). La sintaxis espacial de la vida doméstica. Una comparación urbano-rural. *Palapa*, IV(III), 45-52.
- Kimber, C. (2004). Gardens and Dwelling: People in Vernacular Gardens. *Geographical Review*, 94(3).
- King, A. (1984). The Social production of building form: Theory and Research. *Environment and Planning D: Society and Space*, 2(4).
- Larraín, A. A. (2012). Somos en el mundo...Seres, materialidad y paisajes. *La Zaranda de Ideas: Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología*(8), 9-30.
- Lawrence, R. (1993). Análisis antropológico de los interiores de las viviendas. *Temas de Disseny*, 9, 65-84.
- Lefebvre, H. (1991). *The producción of space*. Oxford: Blackwell.
- Lema, V. (2014). Hacia una cartografía de la crianza: domesticidad y domesticación en comunidades andinas. *Espaço Ameríndio*, 59-82.
- Lema, V. (2017). Al toro ¿por las astas? Reflexiones sobre aproximaciones teóricas y metodológicas a la temática de la domesticación en el área andina meridional. En A. Casas, J. Torres-Guevara, & F. Parra, *Domesticación en el continente americano. Volúmen 2. Investigación para el manejo sustentable de recursos genéticos en el Nuevo Mundo* (págs. 151-176). México: Editorial Morevalladolid.
- Lloro-Bidart, T. (2018). Cultivating affects: A feminist posthumanist analysis of invertebrate and human performativity in an urban community garden. *Emotion, Space and Society*, 23-30.

- Longhurst, R. (2006). Plots, plants and paradoxes: contemporary domestic gardens in Aotearoa/New Zealand. *Social & Cultural Geography*, 7(4), 581-593.
- Low, S. (1992). Symbolic Ties that Bind: Place Attachment in the Plaza. En I. Altman, & S. Low, *Place Attachment* (págs. 165-186). Nueva York: Plenum press.
- Malinowski, B. (1997). *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las islas Trobriand. Los jardines de coral y su magia. Primera parte*. Barcelona, España: Labor, S.A.
- Moctezuma, S. (2010). Una aproximación al estudio del sistema agrícola de huertos desde la antropología. *Ciencia y Sociedad*, XXXV(1), 47-69.
- Monllor, N. (2013). El nuevo paradigma agrosocial, futuro del nuevo campesinado emergente. *Polis*. Obtenido de URL : <http://journals.openedition.org/polis/8831>
- Musset, A. (2014). Memorias íntimas y espacio social: el pueblo de Payrus (Francia) a mediados del siglo XX. *EEMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*(27), 137-156.
- Núñez, D. (2014). *Malen Ka Anümkanwe. Las mujeres pewenche y sus huertas*. Santiago.
- Ontiveros, T. (1998). Vivienda popular y vida cotidiana. *Congreso Nacional de Antropología: Hacia la Antropología del Siglo XXI*. Mérida, México.
- Panez-Pinto, A., Faúndez-Vergara, R., & Mansilla-Quiñones, C. (2017). Politización de la crisis hídrica en Chile: Análisis del conflicto por el agua en la provincia de Petorca. *Agua y Territorio*(10), 131-148.
- Pérez, M. (2014). Reseña: El habitar y la cultura: perspectivas teóricas y de investigación, de Ángela Giglia. *Alteridades*, 24(47), 123-125.
- Ramos, S. (2016). La noción de sentido de lugar: una aproximación por medio de textos narrativos y fotografías. *Innovación Educativa*, 16(71), 83-110.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Sahlins, M. (2013). *What Kinship Is - And Is Not*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Salazar, B. (1999). Evaluación de la cuenca del Río Pedernal en función de su utilización agrícola sustentable, en base a parámetros geográfico - físicos, en la comuna de Petorca, Quinta Región (tesis de pregrado). Valparaíso: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- Salvadó, N. (2014). Habitar el límite: la vida en tres espacios intermedios entre la casa y la ciudad. *I Congreso Internacional de Vivienda Colectiva Sostenible* (págs. 168-173). Barcelona: Máster Laboratorio de la Vivienda Sostenible del Siglo XXI.
- Sánchez, T. (enero-abril de 2009). Reseña de "The Perception of the Environment: Essays in livelihood, dwelling and skill" de Tim Ingold. *AIRB. Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(1), 142-158.

- Sañudo, L. (2013). La casa como territorio. Una nueva epistemología sobre el hábitat humano y su lugar doméstico. *IconoFacto*, 9(12), 214-231.
- Silva, C., & Burgos, C. (2011). Tiempo mínimo - conocimiento suficiente: La cuasi-etnografía sociotécnica en psicología social. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 10(2), 87-108.
- Skewes, J. C. (2016). Residencias en la cordillera. La lógica del habitar en los territorios mapuche del bosque templado lluvioso en Chile. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*(26), 133-154.
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and Place. The Perspective of Experience*. Minnesota: U of Minnesota Press.
- Ulloa, A. (2011). Concepciones de la naturaleza en la antropología actual. En L. Montenegro, *Cultura y Naturaleza. Aproximaciones a propósito del bicentenario de la independencia de Colombia*. Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá.
- Urrutia, V. (septiembre de 2014). Hábitat residencial rural. El concepto de habitabilidad en territorios rurales vulnerables. Comuna de Paredones. Región de O'Higgins. *Tesis Magister en Habitat Residencial, Universidad de Chile*. Santiago, Chile.
- Valdés, X., & Rebolledo, L. (2015). Géneros, generaciones y lugares: cambios en el medio rural de Chile Central. *Polis*. Recuperado el 24 de mayo de 2019, de <http://journals.openedition.org/polis/11459>
- Van den Berg, A., Van Winsum-Westra, M., De Vries, S., & Van Dillen, S. (2010). Allotment gardening and health: a comparative survey among allotment gardeners and their neighbors without an allotment. *Environmental Health*, 74-86.